

Manuel Muñoz Barberán

Habladurías



LORCA 2012

Habladurías



R. 1322



PRÓLOGO

Habladorías

Habladorías, el texto de Manuel Muñoz Barberón que reúne estas palabras es, precisamente, un libro de memorias. El autor se sitúa en un lugar situado en el corazón de la ciudad de Oaxaca, la calle de la Cava. A lo largo de veinte capítulos, los recuerdos en su mayoría por una breve escena dialogada con la realidad y gracia, que sirve de pórtico al relato de varias vicisitudes de su vida de niño, el autor va desgranando experiencias que los hechos inolvidables vividos por aquellos años.

De igual modo que con el poeta León Felipe, que a lo largo de la vida pasó / por esta cristal de mi ventana, por el cristal del recuerdo para la niñez de Manuel, la palabra es la familia -padres, hermanos, tíos-, sus vecinos, también una parte muy significativa de la pequeña historia de nuestra ciudad por infancia en los años veinte del pasado siglo.



© EDICIÓN:
Asociación Amigos de la Cultura

COLECCIÓN:
Hojas de la Quimera

DIRIGE LA COLECCIÓN:
Pedro Felipe Sánchez Granados

© TEXTOS:
Manuel Muñoz Barberán

PRÓLOGO:
Pedro Felipe Granados

PORTADA:
Manuel Muñoz Clares

IMPRIME:
Cayetano Méndez. Álamo, 3. Lorca.

ISBN: 13978-84615-7451-3

D. Legal: Mu. 321-2012.

P R Ó L O G O

Los olvidos en los que incurre la investigación histórica por interés, obediencias debidas o por simple imposibilidad de llenar todas las casillas de la peripecia humana, se reparan, afortunadamente, con la aportación efectiva de artes como la pintura y el cine, y de géneros escritos como el periodismo y la literatura. Dentro de ésta, el de las memorias suele aportar informaciones muy consistentes sobre el devenir de los pueblos, sus usos y costumbres y sobre ese río de vida subterránea que corre impetuoso por debajo del acontecer histórico que reflejan los libros.

Habladurías, el texto de Manuel Muñoz Barberán que sigue a estas palabras es, precisamente, un libro de memorias referido a la infancia del autor en un lugar situado en el corazón de la ciudad de Lorca: la calle de la Cava. A lo largo de veinte *habladurías*, capítulos compuestos en su mayoría por una breve escena dialogada llena de agilidad y gracia, que sirve de pórtico al relato de variadas vicisitudes en su vida de niño, el autor va desgranando experiencias que recogen los hechos inolvidables vividos por aquellos años.

De igual modo que con el poeta León Felipe, quien dijera *todo el ritmo de la vida pasa / por este cristal de mi ventana*, por el cristal del recuerdo pasa la niñez de Manuel, la extensa genealogía de su familia —padres, hermanos, tías—, sus vecinos, jóvenes y adultos, y también una parte muy significativa de la pequeña historia de nuestra ciudad provinciana en los años veinte del pasado siglo.

Luce en estas páginas el retrato de una sociedad recién salida de un conflictivo siglo XIX -en algunas casas aún cuelgan ilustraciones de próceres y militares de las guerras carlistas- que se encamina con titubeos hacia la modernidad, encarnada en la presencia de los primeros automóviles y en las proyecciones del recién inventado cinematógrafo.

La calle de la Cava, microcosmos de mundos más amplios, es un reflejo especular de la Lorca de antaño. Convertido en paraíso particular por los imperativos emocionales de la memoria, a sus habitantes les atribuye gentilicio, el de *caveros* o *caveños*, que es como sentar plaza de singularidad e independencia frente a los de otras calles de la ciudad que no lo poseen. En este lugar -un *piccolo mondo* que nos evoca el otro de Guareschi-, que discurre desde el Anchurón, junto al porche de San Antonio, hasta el arco que sostiene las Salas Capitulares, conviven, en compartimentos estancos a pesar de la vecindad, diferentes clases y tipos sociales: la de los pudientes, la de los venidos a menos desde pasadas glorias, la clase media y los menestrales, los asalariados, los pobres de solemnidad y los demediados del espíritu... Fuera de él, alientan los lugares lejanos y *prohibidos* que, a los ojos del niño, se visten con la magia del sueño y la aventura: la iglesia de San Juan, la cuesta de la Velica, la Ribera del río, lugar de paseos familiares, el ramblar, cerca de Santa Quiteria, donde acaban de instalar el circo Krone, una efemérides que permanecerá fijada por lustros en la memoria colectiva.

En algunos de ellos, el niño que apenas se asoma a la vida experimentará sucesos tristes como el del robo, por parte de un *lancero*, a su hermana y él que se han adentrado por las calles aledañas a la iglesia de San Juan, de las espadas de madera preparadas para la fiesta infantil del día de las Cruces. Parecida angustia lo invade con ocasión de verse perdido entre las jaulas de animales, las carpas y los centenares de vehículos del circo Krone estacionados, como una nueva ciudad desmontable en pocas horas, en el cauce seco del río. Un niño aventurero que vuelve siempre al cálido refugio de su casa en la Cava, frente por frente de una hornacina rococó con la efigie de San Liborio, obispo y santo, iluminado por una bombilla polvorienta, imagen de tierna complicidad y testigo involuntario de sus cavilaciones e inquietudes.

Páginas donde se hacen presentes las diarias lecciones de la vida y la muerte, aprendizaje necesario para el ingreso en la madurez, traducidas al recuerdo por un narrador maduro y melancólico. Un sutil uso de la ironía -el arma poderosa de las mentes lúcidas e inteligentes- planea por esta apelación a la nostalgia, por el "largo rosario de recuerdos" que es este libro. Nostalgia que cubre con un piadoso velo de distancia algunos durísimos momentos, como el relato de su doble encuentro con la muerte, otra intensa pincelada en este dibujo de la niñez. En una ocasión, el fallecimiento de una vecina que vive en los altos de la casa le dejará grabada durante largo tiempo la imagen cerúlea del rostro de la joven tendida en la caja. En otra, la *Morena* acude con él al barrio de San Cristóbal porque ha muerto un sobrino de corta edad. Vestido para la ocasión con un traje de marinero, vemos al niño Manolo, asombrado ante la magnitud del acontecimiento, formando parte obligada del cortejo fúnebre como portador del ataúd ("Yo me cansaba", recuerda. "Sentía el tambaleo del pequeño cadáver"), junto a otros niños de su edad.

Las clases populares adquieren protagonismo en la figura central de la *Morena*, criada de la casa, sin duda el mejor retrato literario del libro, convertida en ángel custodio del niño desde su nacimiento hasta que el autor deja la narración a la entrada de la adolescencia.

Del gracejo de las palabras que chispean en los diálogos de cada *habladuría*, de la reproducción acertadísima de giros populares, de la mención suavemente humorística de sobrenombres y apodos (el *Pijorro*, la *Chirina*, el *Perrero*, las *Canichas...*), del uso literario de palabras propias del acervo local (*lancero*, *trasponer...*), de la rica y extensa nómina de oficios y ocupaciones (herrereros, talabarteros, hiladores, trabajadores del tinte, aguadores...) juzgarán los lectores que se adentren en el libro.

Especial viveza alcanza la narración de las previsiones con que la madre, Bibiana, y algunos parientes cercanos, se adelantan al futuro de la criatura, una cariñosa intromisión de la que el autor se queja: "Aún no ha despertado un niño al mundo de los razonamientos cuando todos los que le rodean se dan a la adivinanza o previsión de su porvenir". Reflexión motivada por el hecho de que a su hipotético

futuro le adjudican sucesivamente la profesión de músico (interesantes las aportaciones sobre la figura de Bartolomé Pérez Casas), y después la de sacerdote o cura, lo que da lugar a curiosas disquisiciones sobre la diferencia entre ambos nombres.

Mientras que sus allegados sueñan para él un porvenir de prosperidad y fama, el niño, por el contrario, se ve en su fuero interno como un tenorio capaz de enamorarse de casi todas las niñas de la calle y de las forasteras que a ella llegan, como ladrón de dulces y herraduras, y sobre todo como pintor, a raíz de presenciar los bosquejos de cierto inglés arribado a la Alberca con útiles de acuarelista, imagen que recordará para siempre y que sin duda influirá en su futura dedicación profesional a la pintura, a lo que se sumará la admiración que le provoca la contemplación de don Francisco Cayuela pintando en un balcón de su casa en la plaza del Ibreño.

Con un estilo literario cercano, el autor busca la complicidad de los lectores en la frecuente apelación a una segunda persona y en un ritmo que no desmaya, gracias a la riqueza de personajes y situaciones. *Habladurías* nos deja una entrañable estampa ciudadana que, sin duda, contribuirá, tanto o más que sesudos tratados de investigación, al conocimiento vital de la historia interna de Lorca, esta ciudad hermosa y antigua que más adelante quedará reflejada en las escenas y paisajes que este niño, convertido al paso de los años en el pintor Manuel Muñoz Barberán, dejará para el gozo de la contemplación y la memoria.

Pedro Felipe Granados

Manuel Muñoz Barberán

Habladurías

LORCA 2012

HABLADURÍA I

Lorca, 1921. Dos días después del Corpus. Una mujer de treinta y tantos a cuarenta años, morena y pequeña, va calle de la Cava adelante con un hato de cristianar, a que lo almidonen las monjas "de Abajo". Algunas vecinas le preguntan:

- Morena, ¿otra vez con el hato? Es un nene, ¿verdad?
- Sí. Muy bonico.
- ¿A quién se parece?
- A mí. (Se retuerce con los dedos pulgar e índice el labio inferior).
- A mí. ¿Qué pasa?
- ¡Uy, qué hermoso! ¡Anda con Dios, hija!
- Morena: el parto iría bien. Para eso la señora Teresa tiene su Virgen de la Cueva.
- Pues no estuvo la Virgen porque la tenía dada al barrio de San José, mira tú. A no sé quién. Pero trajeron al San Ramón. Además que los que nacen en ese día tienen gracia.
- Anda, pues es verdad: que fue el mismo Corpus.
- Para que veas. (Otra vez se retuerce el labio.)
- Morena: qué poco descansa tu señorito Alejandro. No se quedará solo.
- ¿Les vas a dar tú de comer? Que vengan los que quieran. ¿Me oyes?
- Se va a acabar el mundo... dicen.
- Que se acabe. Si todas tuvieran los que tú vas a tener...
- O los que tú.

- Eso no lo sabes, si soy para casada o para soltera.
- ¡Morena! chiss, chiss, ¡Morena! ¿Es que ha dado a luz tu niña Bibiana?
- Sí señora. Un nene.
- Pues ¿cuándo?
- La tarde del Corpus. Aquí llevo el hato para que lo planchen.
- Diles que me alegro. ¿Están buenos todos?
- ¡Morena! ¿Otra vez bautizo? Anda, anda, lo que a ti te gusta.
- ¡Mucho me gusta! Más jaleo.
- ¡Morena...

Me llaman Manuel Muñoz Barberán. Nací en Lorca, de la provincia de Murcia, el año 1921. Para ser más preciso diré que el 26 de Mayo. Era día del Corpus. En mi ciudad natal, la procesión del Cuerpo de Cristo, por privilegio especial, se hace por la tarde. Mi madre, a la vuelta de esa procesión, me dio a luz sin gran trabajo, según dicen; con la mayor prudencia. Tanto mi hermana mayor, Carmen, como su novio y mi tía Vicenta, repararon en mi llegada al mundo oyendo mis llantos. Mi tía, la señora Teresa, ayudó a la partera cumplidamente. Llegaba yo a una familia de seis hermanos vivos; cinco de ellos hijos de un primer matrimonio de mi padre. Éste, que se llamaba Alejandro, era un modesto empleado del Ayuntamiento y cobraba su pequeño sueldo cuando las arcas municipales lo permitían, que era muy de tarde en tarde. No obstante, después que yo vinieron al matrimonio otros dos hijos. Así pues, de haber vivido todos los de mi padre, con los que antes murieron niños, hubiéramos sido once.

Ustedes habrán observado -y me dirijo a unos posibles lectores porque todo cuanto se escribe es para leído y busca lector- habrán notado, digo, que comienzo diciendo "me llaman"; esto es para huir de la censura de los amigos de buscar cien pies a todo. En cambio, al llegar a mi padre dejo escrito que se llamaba y lo dejo así expresado porque como era notabilísimamente sordo, pocos le llamaban; antes bien, él, cuando le tocaban en un hombro o le hacían una seña, se diría: "- Alejandro: es a ti." Así él se llamaba a sí mismo, creo yo.

También quiero dejar escrito que nací a mitad de la calle de la Cava. Dicha calle es llamada así, de la Cava, por ocupar exactamente las inmediaciones de la antigua muralla de la ciudad; y ya sabemos todos que las antiguas murallas solían tener delante una zanja o foso a todo lo largo para hacer más difícil el asalto enemigo a los reductos que defendían.

Dejando para después detalles importantes de familia que aparecerán necesariamente en mi narración, entro en una, por ahora ligerísima, reseña de todas las circunstancias de calle y ciudad puesto que me son tan queridas. No creo que haya cosas que se graben más en el recuerdo que los muros, caminos, calles y lugares que se vieron en la primera niñez. Ellos son partes importantes de una vida, y les suelo dedicar mis mejores recuerdos, la mayoría de mis ratos de añoranzas.

La calle de la Cava había sido, no muchos años atrás, principal vía de la ciudad. Calle de plateros y sombrereros, entre mis antepasados se contaban algunos de ellos. En mi infancia sobrevivían aún dos sombrererías y un platero de no muchas pretensiones. El progreso se había llevado consigo, hasta calles menos añosas y más bajas, los mejores comercios. En cambio, otras calles menos afortunadas, por más altas, nos habían enviado a su vez algunos zapateros y maestros torneadores, tenderos modestos de ultramarinos y costureras de poca alzada.

Comenzaba y comienza la Cava en un arco doble, soporte de las salas capitulares de la antigua Colegiata de San Patricio para acabar, luego de unos trescientos metros, poco más o menos, en la ancha escalinata que va hasta la Alberca, lugar donde hay altos árboles que llaman plátanos y ninguna balsa, a pesar del nombre. Un convento, un antiguo colegio anejo a San Patricio, caserones viejos y empedrado irregular, formaban la calle que no pasaba, en ninguno de sus puntos, de los seis metros de anchura si no es al final donde había una hornacina con una figura del San Liborio; allí la calle daba vuelta, para mirar hacia la fuente del Ibreño y se espaciaba unos metros justificando, en

cierto modo, que la gente llamase a aquel relativamente desahogado final "el Anchurón de la Cava".

Era mi calle una de las más tranquilas de la ciudad y estaba poblada por gente de condición media. Gente tan alegre como pacífica, amante de su calle que por ninguna otra del mundo habría cambiado. Por Santiago, titular de la parroquia a que pertenece, todos se afanaban en adornarla y nadie les hubiera convencido a que así adornada no era la calle más bonita del mundo. Como nadie hará creer jamás a ningún vecino de la Cava, y creo que a ningún lorquino, que San Patricio -antigua Colegiata, habrá que añadir siempre- no es superior a muchas de las catedrales españolas de cierta categoría. "- Ese San Patricio... -dirán con los ojos desorbitados cuando lejos de él lo recuerden- . Si es una catedral! Más que una catedral!"

Toda la Cava regía sus movimientos por la pauta y canon de las campanadas, graves o alegres, de la Colegiata cuya torre, rematada de mala arquitectura, se veía desde la calle entera, bien que hubiera que subir a balcones o terrazas en algunos casos. Diré, por ejemplo, que una pequeña campana llamada la Tercerica y que convocaba a coro a los beneficiados, sacaba también de sus casas a tenderos, oficinistas y niños de colegio para mandarles, a las tres de la tarde, a sus respectivos destinos. Asimismo esta campana recordaba cada día a los lorquinos la hora justa de la rendición de Granada a los Reyes Católicos.

También será difícil hacer entender a un vecino de la Cava que el aire fresco que corre en los días del verano bajo el arco que antes he nombrado, puede ser inferior al que corra en otros determinados lugares. Ni hay salchicha mejor que aquella que se hace en cierta tienda de una esquina frente a las monjas, ni muchacha más guapa que la muchacha de ojos grandes que nació en el mismísimo cogollo de la Cava y que ya quisieran para sí todas las demás calles de la ciudad.

Queda claro que el "caveño" es muy amante de lo suyo y que para amarlo no duda en ponerse ante los ojos la venda que le haga ignorar



todo aquello que pueda empequeñecer las cosas propias. Y el "cavero" o "caveño" es así porque toda Lorca es también disparatada en su pasión por lo lorquino y a mí me parece esta exaltación muy buena y disculpable porque nada hay mejor que morir satisfecho por no haber salido jamás del mejor rincón del mundo. Y si se ha salido, por tener la dicha de volver a él luego de comprobar que estábamos en lo cierto ya que, por ejemplo, Florencia no será tan excelente cuando sus estructuras arquitectónicas no se parecen en nada a las de nuestra ciudad natal.

¿Que cómo es Lorca? Poco más o menos, así: grande, más que muchas capitales de provincia; puesta a la falda de un monte largo que por tener castillo encima ha perdido su nombre; poblada de torres y cúpulas de sus veintitantas iglesias; llena de casas señoriales; dorada, ruínosa, destartada; seca, fértil, rica venida a menos; desafiante y pretenciosa, llena de orgullo; noble... más de dos centenares de escudos habría sobre las puertas de sus casas. Casi otras tantas hornacinas con imágenes piadosas en sus paredes oscuras. Cruces y exvotos en muchas esquinas. Era Lorca así, y aún lo es, quizá, aunque sus calles sigan huyendo hacia el llano, aunque alguna industria próspera nos la haga parecer a la vista con aspecto nuevo. Ahondando un poco en los pueblos, acabamos por encontrarlos tal como han sido siempre. Vista muy por encima, Lorca tiene dos partes: el núcleo principal o ciudad, bajo el castillo, y el barrio de San Cristóbal que está al otro lado del río, un poco al nordeste. La que llaman ciudad, aunque no materialmente, está separada por ciertos sutiles distingos de otro barrio que le crece a su parte sur. Este barrio es el de San José, antiguamente llamado de Gracia.

Mientras San Cristóbal tiene bajo su santa jurisdicción a curtidores y talabarteros principalmente, San José protege con bendición a una serie anodina de familias humildes que, en sus oficios, van desde los carpinteros a los transportistas por una escala bastante amplia de ocupaciones. Hasta principios de siglo este barrio del lado sur fue punto de arranque de varios servicios de cosarios, diligencias, galeras

y carros; del último dueño de diligencias aún recuerdan muchos sin necesidad de ser muy viejos. San Cristóbal y San José no son barrios modernos, ni mucho menos.

La solera de Lorca estuvo un tiempo en su parte alta donde están enclavadas... donde estaban enclavadas sus tres iglesias más viejas, las primeras que tuvo la ciudad: San Pedro, San Juan y Santa María. Tres iglesias de color de oro. No diré que eran maravillas del Arte pero sí que, destruidas, la ciudad ha perdido unos engarces de piedra que parecían colgar de su castillo como de las coronas góticas pendían las perlas. Sin ellas, la ciudad parece haber roto unas cuerdas fuertes que la sujetaban al puerto de sus murallas y torres medievales o árabes. Los lorquinos podríamos enseñar, con sobrada experiencia, el arte de destruir una ciudad.

Desde esas iglesias bajaban a la población llana multitud de calles retorcidas, estrechas, fieramente empedradas, laberínticas. De mucho en mucho, alguna fuente de aguas escasas con filas interminables de cántaros a uno y otro lado de sus chorros y, con los cántaros, sus dueños y dueñas, aguadores vociferantes y nada académicos en sus insultos.

Porque Lorca es una ciudad seca hasta la angustia y cuando de sus entrañas brota el agua con abundancia, ese agua es un tanto salada; en su parte más baja tiene la ciudad dieciocho hermosos chorros transparentes, limpios, como una insultante ironía parida por las tierras violetas o rojas que la circundan. Esa abundante fuente es llamada del Oro, riqueza inútil, por desgracia.

Se cuenta de antiguas rivalidades entre barrios y ciudad; cruentas pedreas, salvajes luchas a navaja. Cuando yo era un niño todo esto eran ya historias para oír contar a los viejos.

Cuántos conventos tuvo Lorca en su época de esplendor, yo no lo sabría decir. Aquí cerca tengo un infolio grueso, obra literaria de un fraile del dieciocho que nos aclararía este punto, pero ¿a qué la molestia? Baste decir que donde hubo vestiduras blancas y negras de

dominicos, fueron después las esparteñas de los arrieros; las amplias estancias del recogimiento, los libros, el estudio, se tornaron, divididas, en sucios dormitorios de soldados o de tratantes y quincalleros. Alguna vez el nombre de una posada decía su origen; así, la posada de la Merced, en la Alberca, ruina ahumada y triste de un antiguo convento mercedario.

La mayor parte de su riqueza, Lorca la espera del cielo. Sus huertas malamente regadas, sus secanos amarillos, extensos, parecen mirar hacia arriba tendidos los brazos retorcidos, corpulentos, de sus árboles oscuros.

Dentro de la ciudad, las familias viven con mayor o menor estrechez, unas de industrias, otras con riquezas heredadas y custodiadas celosamente; las más, guardando un decoro parecido al de la abundancia y sostenido Dios sabe con cuántos esfuerzos y penas. De estas últimas, como ya he dejado escrito, era la familia de mis padres.

HABLADURÍA II

Lorca. Año de 1895.

Plaza del Ibreño. Los aguadores llenan sus cantaros en la fuente. Dos mujeres, en una ventana baja y detrás de la celosía oscura, de madera, miran y comentan a los que pasan.

- Mira, Teresa, míralo el pitiflor.
- Sí que viene hecho un pastelito.
- ¿Cuántas veces habrá comenzado a vestirse?
- Pues ¿a las cuántas habrá salido a la calle?
- Tiene los ojos de loco, ¿no lo ves?
- Pues de lo que es. Y es muy listo, dicen. Como todos los locos: que se vuelven locos de listos que son.
- Ahora le ha dado por pretender a la novia de su sobrino, a la Vicenta; se planta en la casa y no sale de allí; venga a hacerle cumplidos. Y no lo echan porque como es tío del novio. Y el novio, Manuel Gimeno, lo sabe y se ríe.
- Veremos si ese se casa con esa.
- Pues no creas que esa no va apañada, con lo marrano que es el tío aunque sea muy señorito y tenga mucho Don. Din le va quedando poco, me parece a mí.
- Esos, tienen. Esos, tienen.
- Esos tenían.
- Mira, mira qué sombrero le da a doña Paca, ¡Uy! Eso sí: cumplido sí que lo es. Mira, mira cómo dobla el espinazo. Maldita sea su estampa. No reíros tan fuerte que lo van a oír.

- Pobretico. Y a mí que me da lástima. Es un desgraciado. Mira los hijos que le han salido... los que le viven, los que no se le murieron, que eran los mejores. Y su hija, más desgraciada. Y su nieta la pequeñita...

- ¿Quién la tiene?

- Los Castillo que también estarán locos pero tienen un corazón así de grande.

- Míralo: ya ha echado su rato de conversación con doña Paca y hala, tieso que tieso, para adelante a darle un borneo al gabán. Anda con Dios, hijo, Carlos Barberán.

Mi primer recuerdo está compuesto por los brazos de mi hermana Alegría, una ventana y el sonido de una corneta militar. Tal escenario de esta impronta ligerísima en mi memoria debe pertenecer a la cocina de la casa en que nací. Después, está el recuerdo del banquete del Rey Bebé, de Jordaens, reproducido en una estampa de mucho colorín, propaganda de algunos vinos. También mi hermana Alegría me tiene en sus brazos y me explica: "- Este es el rey de los borrachos que levanta su vaso para que le caiga vino del cielo."

Alegría era una de las hermanas mayores hijas del primer matrimonio de mi padre. Alta, excesivamente alta, corpulenta y bondadosa es, tanto como mi madre, el más constante recuerdo de mi infancia. El resto de los hermanos mayores había salido ya de casa cuando yo empecé a tener uso de razón o, al menos, uso de memoria. Carmen para casarse con Pedro; Alejandro, Joaquín y Julián para ganar la vida de la mejor manera posible. De estos tres hermanos siempre tuve en mi infancia una idea lejana y fantástica. Supongo que habían salido al mundo a buscar porvenir y dinero antes de cumplir yo mis dos años y también mis padres habían buscado nueva casa precisamente en aquél anchurón de la Cava, soleado y espacioso.

Debía su sol la nueva casa, -digámoslo todo- a la desgracia de la familia de mi madre ya que frente por frente teníamos la ruina total del caserón que fue de mi bisabuelo, don Carlos María, el abogado romántico y loco.

Alguna vez, un borracho tenaz en el afecto se detenía a llorar ante el paredón ruinoso las pasadas glorias familiares de los Barberanes. El borracho, cuyo nombre no recuerdo, gritaba con hipo de vino: -¡Casa de los Barberanes! ¡Lástima de Barberanes! ¡Don Carlos María... hip, señorito Ramón! ¡Señorito Vicente y Manuel, el señorito más listo y simpático de toda Lorca! ¡El más! ¡Señorito Carlos! ¡Señorito Lorenzo! ¡Lástima de Barberanes!

Así, de vez en cuando, solía llorar el borracho la desaparición de la casa que, de haberse mantenido, hubiera privado de sol a la que por entonces habitábamos.

Eran tiempos en que hallar un piso desalquilado no requería otra cosa que ponerse a buscar, teniendo la seguridad de no emplear en la búsqueda más de media hora. Una vez hallada la casa el dueño se sentía contento sabiendo que en su bolsa entrarían todos los meses, probablemente, tres buenos duros en plata. Su satisfacción le llevaba a regalar, de vez en vez, una torta de frutas al inquilino. Al menos esto sucedía en Lorca por entonces.

Esta casa que encontraron mis padres en el anchurón es mi casa para siempre. La recuerdo entera en sus más escondidos rincones; sus catorce habitaciones puestas a nuestra disposición todas, salvo cortas temporadas durante las cuales el piso superior se alquilaba. Como esto era muy esporádico y breve, se podría decir que el edificio entero, desde la habitación oscurísima de los enredos hasta la torreta sin palomas, era nuestro; mío diré.

Mis primeros sueños nacen del espanto ante aquella puerta dotada de gruesa llave imposible de manejar, que daba entrada a las falsas o desvanes junto al tejado, en que se guardan muebles y trastos viejos. Mis primeras ilusiones de aquel mundo adivinado desde la ventana alta, espaciosa, del palomar vacío. Mis primeros miedos reales, no soñados, de aquellas repugnantes y blancas salamanquesas que brotaban del muro del patio recorriéndolo inquietas. Ese muro era parte de las antiguas defensas de la ciudad, a que antes aludí, y la carbonera de la casa era un agujero oscuro profundo que, de creer las consejas

de vecinos viejos, llevaba, tras de muchos rodeos y pasos, a la altura de la mismísima torre Alfonsina. Conducto árabe, según ellos, poblado de fantásticas sorpresas inimaginables. Junto a esta maravillosa carbonera, las tinajas enormes enterradas en el suelo servían para que nos escondiésemos hasta media docena de niños en los juegos inacabables del patio alto, estrecho y angustioso como el lugar de esparcimiento de cualquier cárcel romancesca.

En las casas de entonces solía haber criada antigua y habitaciones cerradas, intocables. En mi casa había ambas cosas. Como habitaciones intocables estaban el cuarto bajo, con dos ventanas a la calle, y la sala de las cómodas, en el principal, con balcón, retratos, fanales, sillones y butacas de varios estilos. En el cuarto bajo comía mi padre, solo, en la amplia mesa de mármol con patas de madera oscura torneada. En la sala alta estaba el retrato de la primera mujer de mi padre y la habitación era como suya. Cuando se abrían sus puertas era para recibir a visitas de confianza que, cómo no, habían conocido a la retratada y parecían, a veces, hablar con ella.

Si en mi casa había muebles lujosos y pequeñas porcelanas con flores de cera, si había libros, todo esto venía de la viudedad de mi tía Vicenta, hermana de mi padre, que luego de muchos años de noviazgo con un Gimeno (de los Gimeno...) casó con él y enviudó rápidamente al intentar por tres veces consecutivas lavar a su noble pero descuidado esposo. Esto si lo sé es por el cuento repetido, tradición hasta no hace mucho, entre los desocupados lorquinos; que yo no lo vi pero si me llaman Manuel es por aquella víctima del afán limpiador de la buena esposa. A nuestras habitaciones amplias fue a parar lo heredado por mi tía Vicenta como resto brillante, triste, de un naufragio sentimental.

A ese naufragio debo la posibilidad de abrir tempranamente ante mis ojos la fantasía desatada de los grabados ilustrativos de la Divina Comedia, de Doré; los perfiles de Savonarola y Fra Filippo Lippi que me fueron familiares; las guerras y arquitecturas del Imperio Otomano; los descocos de las primeras canzonetistas de nuestro siglo; Ribera, Velázquez y la Chelito en confusión con don Emilio Castelar y Farinata

que se levanta de su tumba. "Mira a Farinata que se levanta de su tumba" es una de las primeras frases completas que aprendí. Y Filippo que rapta a su amada.

Por las paredes del cuarto bajo, *La Vicaría* de Fortuny. Encima de una consola tallada con flores, un *Noli me tangere* de porcelana, no sé si mala o buena, azul y rosado como el alba de Resurrección. Allá, en la cocina, oscura, un latón grande, coloreado con el *Ángelus* de Millet, anuncio de unos abonos por lo que el saco que aparece en el cuadro, junto a los devotos labradores, era ni más ni menos de los abonos anunciados. Sobre la pared a que arrimaba la mesa grande, ovalada y tambaleante, un lienzo antiguo pintado por un Barberán con un lobo entre cañaverales. Arriba, en un cuarto de costura, entre dos armarios murales, el retrato romántico de una señora enlutada, con un medallón al pecho. La mirada fija de esta dama que puedo ver ahora con sólo levantar los ojos del papel, me une, al tanto tiempo, con aquellos días y lugares. También, algunos tomos de pastas verdosas, venidos conmigo hasta mi librería como perros fieles, agradecidos a un gesto de amor, después de un largo camino.

Con todo esto, el recuerdo de los primeros cuentos escuchados a mi madre. Historias de fantasmas enamorados, con devanadera, sábana y linterna, cuando la Cava no tenía luz en las noches y los hombres celaban sus aventuras con el miedo. O acaso querían dar a su amor una luz de eternidad adoptando las apariencias de visiones indestructibles. Puntas de aquellos estafermos pulsando las cuerdas de hierro de los balcones. Calambres vertebrales al son de aquella música ruidosa. Cuentos viejos de brujas saltarinas en torno al trasnochador pálido. " - Solustiano, ¿Quieres bailar? Solustiano, ¿Quieres bailar?" Y el pistolete del Solustiano, por fin, poniendo en fuga a la menuda aparición.

Recuerdos de una Cava con plateros agitando sus martillitos sobre los yunques y láminas al paso de un cortejo nupcial campesino, calle adelante, en busca de las amplias naves de la Colegiata, parroquia entonces del campo y la huerta lorquinos. Cuentos de maestros jauleros

o criadores de pájaros; de tontos lorquinos más célebres y abundantes que sabios y eruditos.

Desde mis balcones oí muchas veces, yo mismo, la relación de Pascual, el que sabía el santoral completo. Las mujeres le decían: "Pascual, hijo: ¿qué santo es hoy?" Y él, con voz gangosa y monótona, largaba su rollo acaso por centésima vez: "Hoy, diez de mayo, San Antonino, obispo de Florencia, confesor, y Santos Mártires Gordiano y Epímaco." Luego enumeraba todo lo referente a la misa, ornamentos y oraciones propias del culto y se despedía, serio como ajo porro, aceptando limosna si se la daban y no variando el semblante si no la había. Este mismo tonto, puesto de peluca y dalmática, hacía el oficio de pertiguero o espantaperros durante las más solemnes ceremonias en San Patricio o llevaba el estandarte de ánimas en los más distinguidos cortejos fúnebres.

Otro tonto famoso de Lorca que recuerdo era Joaquinito, gordo y moreno, sentimental, que andaba de corro en corro relatando sus visiones espirituales. Decía que iba a pintar su retrato con una calavera en la mano, para regalarlo después de su muerte a la parroquia de San Juan donde se le veneraría como a santo.

Por la Cava venía una mujeruca que decía ser la Emperatriz Eugenia, cosa que algunas vecinas romanceras no dejaban de tomar en serio o al menos le achacaban una ascendencia ilustre. Enumeraba sus hijos imaginarios y hablaba de tesoros escondidos.

Más locos y tontos tenía la ciudad pero algunos, pertenecientes a familias acomodadas, eran celosamente guardados por sus parientes. No eran públicos como estos desheredados de la fortuna, adscritos a la protección de clérigos o monjas compasivos.

Al dejar escrito esto último no puedo menos que enternecerme al recuerdo de la hija mayor de mi madre. Esta niña, atacada por una enfermedad terrible cuando sólo contaba unos meses, quedó privada totalmente de sus facultades mentales. Como todos los seres tarados, recogía la compasión y el cariño de toda la familia. Era como una incomprensida prueba impuesta por Dios a mi madre.

Me he detenido largo rato sin saber cómo seguir escribiendo. Mi pobre hermana es ya tan sólo un recuerdo doloroso. Pascual, Joaquín y tantos otros, recuerdos cómicos, divertidos. ¿Por qué? Porque sí. Porque yo no he visto el dolor de las otras madres y sí el de la mía. Porque quizá era distinto. Porque... somos así y engrandecemos lo nuestro para minimizar lo ajeno.

Y ahora... no, no quiero ser hipócrita volviendo sobre lo escrito para tachar aquello de los tontos privados y públicos.

Además, Lorca, como todas las ciudades, tenía también tontos ilustres que, por su nacimiento y por ciertas apariencias, estaban en lugares que no les pertenecían, esto es, lugares de responsabilidad. Y existe una gran diferencia entre este tipo de tonto y el gracioso ambulante y pobre. Caso aparte son las pobres criaturas privadas de razón que alcanzan categoría humana y trágica superior.

HABLADURÍA III

Lorca, 1915. En la calle de la Cava. La señora Teresa Castillo sale de su casa a buscar las Píldoras Circasianas para remedio de ciertas deficiencias que nota en una de sus hijas. Llama en la casa de la Merina que asoma al balcón no sin precauciones.

- Pepa: ¿me has escrito a lo de esas píldoras?
- Como me llamo Merina que te escribí.
- Pues no las he recibido y me han dicho que han traído unas muy buenas a la farmacia de Palicas.
- Espera unos días. Ya verás como llegan. Oye, Teresa: ¿es verdad que se ha arreglado tu sobrina Bibiana con el sordo Carreta?
- ¡Yo no sé nada! Ella que haga lo que quiera. Si viviera mi Joaquín no se arreglaría con él.
- Me lo ha dicho quien lo sabe.
- Te lo habrá dicho mi cuñada que no vive pensando que sea verdad.
- ¿Ella quiere que se case?
- ¿Qué ha de querer?
- Me lo ha dicho quien ha oído a las Carretas, que no quieren tampoco que se case su hermano.
- ¿Pues y a ellas qué? A nosotros sí que nos pesa, que vemos lo desgraciada que va a ser la Bibianica si se arregla con él.
- Pero él es bueno.
- Para padre de la Bibianica, que podría serlo. Un hijo tiene de su edad.

- Como que han jugado juntos Bibianica y los hijos del sordo.
- ¿Sabes lo que te digo? Que muy buena persona pero se pudo arreglar con una de las Canichas que bien que le hacían la rosca para cogerlo.
- Pues si fueron diciendo por ahí que una de ellas se casaba con Alejandro.
- Podía haber sido verdad. Mi Bibianica, en mi casa está bien, que ya sabéis que la queremos como una hija y mis hijas como a una hermana. Pero ella que haga lo que quiera. Ya se lo encontrará con las cuñadas.

Parece ser que la segunda boda de mi padre no fue del agrado de dos hermanas que vivían con él, solteronas, altaneras y no muy agraciadas; destacando en estas características mi tía Dolores de la cual guardo un retrato fotográfico suficientemente aclaratorio de su humor y atractivos. Luego de alguna escena violenta, fueronse de casa y yo sólo las conocí en visita, por fortuna. Pero si llegué a oír contar cómo la antipática cuñada del retrato gritó a mi madre en cierta ocasión que "algo malo habría hecho cuando Dios le había mandado tal castigo". El castigo, naturalmente, era mi pobre hermana Vicenta.

Así como a las cuñadas, disgustó la boda a una tía de mi madre que, luego de esperar tenerla a su lado siempre para que la cuidase, vio primero un noviazgo disparatado de su sobrina con un viudo mayor que ella veintitantos años y después la consumación de ese noviazgo. Tampoco dejaría de emitir esta señora algunos lúgubres vaticinios sobre la unión desigual e impensada, con lo cual fue mi madre a la boda enamorada pero entristecida por todos.

No menos que tía y cuñadas demostró su desagrado la antigua criada, seca y oscura, que tantas veces había echado de su portal a la niñota de mi madre cuando ésta jugaba con los primeros hijos de mi padre, casi de su misma edad. Ahora, aquella zangolotina entraba a ser dueña de la casa y a mandarle a ella. Jamás acabó esta antipatía de criada y ama aunque no fue obstáculo para que la Morena fuese la celosa guardadora de los nuevos hijos y, lo que la disculpa de todo, custodio fiel e inseparable de Vicenta, la pobre niña.

Únanse a estas hadas malélicas varias solteronas que habían visto, en el viudanco bigotudo que era mi padre, seguro remedio a su soltería. Destacaban entre éstas dos pelirrojas de alzada a quienes el pueblo llamaba las Canichas y que, desde el fallecimiento de la pobre madre de mis hermanos, frecuentaban la casa con ánimos bien significados de prodigar consuelos al arrogante Alejandro, que arrogante lo era de veras.

Mi tía Vicenta me contaba, años después, cómo sorprendió un día a una de estas Canichas excediéndose en el cumplimiento de sus piadosos cuidados, sentada en las mismísimas rodillas de mi padre mientras la otra hacía la descuidada mirando por el balcón no sé qué cosas. ¡Ay, Señor, y cómo debió ser mi padre!

Si se atiende a lo que mi madre suele decir, hasta el mundo de las almas se opuso al matrimonio. Una noche, mientras mi padre hablaba con ella en cierta reja no muy ostensible sino recatada y de callejón, una mano misteriosa se posó fuertemente en la espalda del novio. Mano de ningún ser viviente puesto que a nadie vieron en torno los enamorados por más que buscaron asustados. Aquella noche no hablaron más.

Cuñadas, tía, Canichas, criada, agoreros y fantasmas, ¿Qué fueron frente al amor de viudo y muchacha? Nada. Y gracias a eso y pese a todo estoy en el mundo y ahora mismo escribiendo estas inútiles memorias un tanto prematuras, creo.

Figurémonos la alegría malsana de algunos de esos tiros torcidos -los de fuera de la familia, diré- cuando vieran a mi padre casado y a poco sin empleo por la quiebra de una fábrica de harinas en la que era factotum más que contable y encargado de pagos. Carguemos la cosa viendo el primer fruto del matrimonio atacado por una cruel enfermedad que le dejó tarado hasta el fin de sus días y, luego, para alegrar el aquelarre de los avechuchos, si es que los hubo, veamos muerto por asfixia otro pequeño sin que jamás se llegase a saber qué exceso de cuidado, qué enfermedad rara le dejó en la cuna sin vida.

Después llegué yo. Según dicen, un niño hermoso, de ojos azules. Y llegó un alivio en la situación: mi padre consigue, por medio de una señora influyente amiga de mi madre, su colocación en las oficinas del Ayuntamiento.

El día de mi bautizo un pobre gatito maullaba en un portal de la Cava. Fue recogido por quienes me llevaban a la iglesia y creció, hasta cierto punto, al mismo tiempo que yo aunque nunca lo consideré como cosa mía.

Mis hermanos mayores salieron a poco de la casa por las razones que he dicho. Uno de ellos no había podido hacer su primera comunión porque faltaba dinero para vestirlo de blanco y celebrar el acto debidamente, según las entendederas de la gente. Mis tías le llevan, antes de ponerlo en el tren, a que comulgue, muy temprano, en un amanecer de lluvia torrencial, a la iglesia de Santiago, nuestra parroquial.

Hay entre las hermanas de mi padre una mujer espléndida: Pilar. Está casada con un gran tipo que se apellida Carrillo y tienen dos hijas ya mayorcitas cuando yo vengo al mundo. El tío Paco ha sido fotógrafo en su juventud y por entonces ya ha cambiado, con mejor fortuna, los clichés de cristal por las pólizas de seguros. Le va bien en la vida y gasta con rumbo. El tío Paco Carrillo y la tía Pilar toman cariño a los nuevos hijos de Alejandro y hasta pretenden tenerme para siempre en su casa. Mi padre se enfurruña y dice que sus hijos no son perrillos. (Ay, si hubiera aceptado las carantoñas de aquellas...!) El tío Paco tiene un genio fuerte y nunca se ha llevado bien con sus cuñados, pero todo es apariencia y jactancia vana. La realidad es que mi padre sale de muchos apurillos gracias a la generosidad de este matrimonio que cuida de que no falte cosa alguna en la casa del hermano poco afortunado: desde el juguete de Reyes hasta la caja de botes de leche.

También la fantasía iba buena en esta casa, Dios mío! Cuánta historia he oído contar de cuando el tío Paco vivía en la Alberca. ¿Había noche en que las teclas de un piano que había por allí, no tocasen solas? Pues, ¿y las luces y las sombras aquellas misteriosas, y los golpes nocturnos en las puertas? Aquella vajilla derribada... Nada

de ratones, fantasmas, visiones, avisos. A veces añoro un poco este mundo divertido, irreal, cargado de sorpresas. El mundo de las alucinaciones de poca altura, para andar por casa.

Mi madre había quedado sin la suya a los trece meses de nacida. Entonces, a tan corta edad, pasó a manos de tías muy distintas. Veamos: su tía Teresa, mujer de un don Joaquín, platero de la Cava, tío de mi madre, esto es, hermano de la joven madre fallecida. Otra tía Teresa, hermana del platero, soltera y principal cuidadora de mi madre. Esta tía, enemiga, como cuñada, de la mujer del platero. Y la tía Ramona, hermana del padre de mi madre, señorona respetable, con educación esmerada, fea atractiva, discreta, amargada por la ruina.

Mi abuelo Vicente había casado con Huertas, la hermana del platero acomodado, a regañadientes de todos. Parece ser que mi abuelo era una cabeza disparada, sin oficio ni beneficio, señorito sin dinero. Al quedar viudo vivió un ritmo propio basado en las amistades y el desenfado. De su hija única cuidó bien poco, según se dice; Dios se lo perdone.

Doña Ramona Barberán, hermana de este abuelo mío, viuda del "último Fajardo", vivía un poco de su trabajo primoroso y otro tanto de la protección de amigas ricas. Su único hijo había muerto, niño, dicen que impresionado por el cortejo fúnebre, terrible, de un hombre a quien llevaban al garrote vil. Aquí tengo el retrato del pobre niño y, encima de mi librería, un Jesusito cuyas potencias y mundo se fundieron con el cubierto de plata del sensible pequeño.

Don Joaquín el platero vivía en la Cava, gozaba fama de rico, tenía costumbres tranquilas y burguesas, muchas hijas y un solo hijo varón. Sostenía casa de mucha gente ya que su buen sentimiento le hacía recoger en ella a sobrinos huérfanos y parientes desvalidos. Cuando yo vine al mundo ya él se había ido al otro pero muy cerca de nuestra casa vivía su viuda, que había conseguido con raro arte echar en tierra la saneada fortuna de don Joaquín convirtiendo a sus hijos de acomodados herederos en pobres huérfanos.

Mi madre había tenido, pues, de un lado la abundancia de una casa rica en la que no faltaban rivalidades femeninas; de otro, pobreza y recuerdos de tiempos mejores. Pero una pobreza cargada de dignidad elegante, diría, y de refinamientos. También la casa de su abuelo don Carlos María, ya en sus últimos años, con poco dinero; capaz de adiestrar a la niña si no en cómo trinchar un faisán, sí en el modo de recogerse la falda para sentarse en el taburete ante el piano.

Me gustaría extenderme en el relato de algunas peripecias de todas estas familias pero ¿a qué? Sólo quise con estas notas dar una idea de las gentes que nos rodeaban, entonces, esto es, cuando yo empezaba a mirar al mundo y aún algunos años antes.

Quizá no haya ocasión de sacar otra vez en mi historia estos personajes. Veamos un momento sus retratos que están cerca de mí, recogidos cariñosamente en un álbum. Mi bisabuelo Carlos está aquí, con ojos de exaltado, romántico, un tanto epígono de Zorrilla, vivaz, loco, carlista. Larga melena, bigote y perilla. Soñó con ser un buen poeta. Allí está con chalina, tiesa, anudada al desgaire; en aquel otro cartón con toga, viejo, un tanto vencido ya. Su esposa es ésta, anodina, de semblante bondadoso. La quiso a ella porque murió otra hermana más bella; y murió, cómo no, con muerte romántica: ofreció su vida por la de su madre y Dios la aceptó. Aquí mi abuela María de las Huertas, dulce, bella, increíblemente niña aun después de casada. Este es el pequeño Fajardo, de cara redondita, apoyado en un mueble de marquetería complicado e inútil. Y ésta su madre, cuando joven, con un perrito faldero y la criada humilde. La tía Ramona en este retrato muestra la moda más atrevida de entonces. Amplia falda, gran escote, sombrerito, medallón, guantes... Al fondo, columnas y cortinajes. No lo he pretendido, pero veo ahora que cuando cierro las hojas del álbum, los rostros en el papel amarillento de madre e hijo quedan juntos. Teresa Castillo, la soltera: se apoya en una silla de columnitas salomónicas. Lleva vestido de tela escocesa. Cinturón ancho del que pende quién sabe si un relojito o un guardapelo. Rostro sencillo que denota, no sé por qué, el origen humilde. Peinado alto al uso de

entonces. Retrato al que se ha sometido con desgana. Las manos, al coger el abanico o al apoyarse, no tienen elegancia. Mi abuelo Vicente: altivo, ojos muy abiertos, pelo encrespado; desafiante. Rostro simpático y, en esta otra fotografía, cierto acento donjuanesco. Volvamos el cartón y aquí, encima de donde se lee, impreso pomposamente, "Rodrigo, fotógrafo", aguzando la vista vemos escrito con lápiz, fuertemente, con letra firme, segura, de grabador en metales, esto: "Murió de hambre el año 1915." Luego, otra mano piadosa, la de mi madre quizá, quiso, un poco inútilmente, borrar lo escrito. Y aquí, el tío Joaquín, el platero. Una fotografía muy oscurecida por el tiempo y acaso por la mala calidad del papel. Se balancea el retratado en una mecedora burguesa de rejillas. No mira al fotógrafo, pero se ha atusado los bigotes enhiestos. Tiene el ceño fruncido.

HABLADURÍA IV

Lorca. Víspera del Corpus de 1926.

Hablan las mujeres, después de una tormenta.

- ¿Dónde te ha cogido, Morena?
- A mí en la Plaza de la Constitución, en la tienda de López.
- Pues en tu patio el granizo estaba a la altura de una vara. El teniente y su asistente, sacándolo a cubos.
- Pues mejor: eso que me quitan. Mira cómo viene de asustado mi Manolico. Un rayo ha caído.
- Eso tenemos en Lorca: menos agua, de todo. Cuando cae algo, míralo, granizo. Cuando no, sol que te crió. Así, la gente se va.
- Dicen que ha matado a un hombre.
- No lo he oído. Pero puede.
- Caía para matar a cualquier cristiano. Como risco, Morena.
- ¿Es que no lo he visto? Aunque han tenido que cerrar la tienda.
- Y no se ha ido el tiempo. Cualquiera va ahora a ver la Gloria.
- Sí que estamos para glorias. Esta noche no habrá.
- Pues me he asomado al arco y el Caparrós está poniendo las mesas para el helado.
- Que las ponga. Se lo tomará él. Gente va a ir muy poca. Los que estén locos irán.
- Mira: dos reales tenía guardados para limón pero los dejaré para mañana. No se lo tomarán todo esta noche, digo yo.
- ¿Qué se han de tomar?
- Está la noche para ir y coger un torzón. Se ha movido frío.
- Cuatro "lanceros" irán.

- Esos no faltan. En mi casa todavía no han apagado la vela del Santísimo, Teníamos un susto... Todos rezando trisagios. A mí, estas cosas me dan mucho miedo.

- A cualquiera, mira tú.

¿Cómo ordenar los recuerdos? Ahora estoy como el mal jugador, que teniendo en sus manos muchas cartas cuyo valor, por otro lado, ignora, no sabe cuál echará primero a la mesa. A la buena de Dios irán y salga el juego como saliere.

Seguramente entre mis más viejas memorias está la de una tormenta espantosa, con granizos grandes como huevos. La Morena, esa mujer sirvienta de mi casa, me lleva de la mano a comprar unos botones, hasta la plaza de San Patricio que llamaban de la Constitución, donde también por entonces quedaban comercios. Antes de llegar a la tienda empieza una lluvia gruesa y ya dentro del establecimiento, al que llego cubierto con el delantal de la criada, la tormenta se desata fieramente.

Estoy, lo recuerdo bien, sentado en el mostrador, cerca de una vara de medir cinta, junto a un buen montón de botones de nácar, grandes y pequeños. Parece que, de pronto, se ha hecho la noche en la plaza. La lluvia es torrencial; se suceden los relámpagos; truenos descompasados y comienza a caer el granizo, la piedra que dice la gente por allí.

- Una nube de piedra! -recuerdo la cara del dependiente pequeño con batín amarillo-. Es piedra.

El granizo redondo, blanquísimo, salta furiosamente dentro de la tienda como si se hubiesen escapado todas las perlas falsas de los collares y las baratijas. Dentro hay muchos cristales que pueden romperse. Con unos palos ganchudos, los muchachos corren de un lado a otro cerrando las puertas metálicas que bajan con estruendo, también, de fenómeno atmosférico.

Suena como un gran palmetazo sobre la ciudad. Un palmetazo de todos los demonios como para hundir las casas o quebrarlas.

Quedamos a oscuras. Las mujeres gritan trisagios y otras oraciones. Alguna chillá:

- ¡Un rayo en San Patricio! ¡Un rayo! ¡Dios mío, piedad de nosotros!

La Morena me tiene apretado por la cintura y yo hundo mi cabeza cerca del moño untado de brillantinas de la criada. Huelo a gas del que se pone en el pelo y me cosquillean los rizos en la nariz. Rompo a llorar a gritos. Siguen los gruesos tablonazos descargados desde el cielo contra la tierra. Vuelven a parpadear débilmente las bombillas eléctricas.

- Va pasando.

Quizá todo ha sido breve; un cuarto de hora. Acaso menos. Cuando se alzan las puertas, el suelo de la plaza está cubierto de agua y nieve redonda. De los altos árboles ennegrecidos por la lluvia, se han desprendido algunas ramas. La gente asoma a sus puertas temerosamente. En el balcón larguísimo del ayuntamiento hay unos señores que miran los cristales rotos y señalan hacia la torre de la iglesia.

-Se ha torcido la veleta -dice alguien-.

La Morena se encuentra ahora con la dificultad de explicarme qué cosa es un rayo. Cruza conmigo la plaza y me sube por el carrerón de la Colegiata, hasta cerca de la misma torre. El empedrado está limpio por la lluvia. Sobre las piedras hay una caña grande, rota. No sé si me dijo algo la Morena o lo imaginé yo, pero en adelante mi idea del rayo será una veleta torcida y una caña mojada y rota.

Era la víspera del Corpus. El Ayuntamiento hacía una especie de montaje escenográfico, alegoría del Sacramento, en un espacioso balcón central. La figuración plástica se cubría con un gran telón de lonas, viejo ya y remendado con aspilleras que caía entre músicas, en una fiesta nocturna. La tormenta había descolgado un tanto el telón y un pedazo de "gloria" pintada se veía. El granizo, desatado al atardecer, había dejado una anochecida fría y desapacible. Y -esto lo he sabido después- Caparrós, el horchatero, tenía sus sillas traídas de alquiler, las mesas dispuestas y el limón helado en las garrafas.



Dicen que la gente, asustada por el frío, no acudió en gran número al festejo pero el modesto hombre de los refrigerios, por no perder su dinero, corría de un lado a otro de la plaza, en mangas de camisa, disponiéndolo todo. Era una especie de alarde un "aquí no ha pasado nada" que animase a los padres de familia a llenar el estómago de sus hijos con limón riquísimo del Caparrós. El pobre acabó con esto sus días. Se retiró a su casa con una pulmonía que le condujo al sepulcro no más de veinticuatro horas después.

No sé si me llevaron a la fiesta aquella tarde, pero sí recuerdo perfectamente la ceremonia de años posteriores. Se desarrollaba, poco más o menos, así: la mañana de la víspera del Corpus, el Ayuntamiento, a cosa de las once, salía acompañado de sus maceros -que los tiene-, cruzaba parte de la plaza y, carrerón arriba, se dirigía a la puerta más usualmente abierta de San Patricio y que hace las veces de principal. Una vez allí, dos trompeteros del Concejo sonaban bravamente sus instrumentos plateados con un toque aproximado a ésto: pa pa rí, para pa pó -pa para pa para pa pa pa -pa para pa para pa pa páaa. A la cual llamada viril y casi guerrera, respondía el cabildo colegial por medio de sus ministriles -flauta, violines y algo más- con un son melifluo y celeste, especie de aria eclesial entre haydiniana y mozartiana, tocata que escuchaban atentamente concejales y alcalde con acompañamiento de curiosos grandes y chicos. Esto, en definitiva, quería expresar que el Ayuntamiento comunicaba al cabildo su decisión de colaborar al esplendor del Corpus y que el cabildo aceptaba complacidísimo.

Por la tarde, cerca de la noche, salían por tres veces los mismos trompeteros al balcón municipal, ante aquel astroso telonazo, y repetían su bravata a la que los ministriles respondían adecuadamente en una como conversación mundana y espiritual.

Por fin, entre la algazara de todos, caía el telón y se dejaba ver un modesto trasunto de la Gloria eterna, hecho de bambalinas arreboladas, querubes y bombillas eléctricas. Los asistentes, muy numerosos, tomaban asiento ante mesas de mármol, oían algunas piezas musicales



de distinto gusto a la banda municipal y, sorbido algún vaso de horchata o limón, volvían a sus casas frescos y regocijados. Así desde que el Ayuntamiento inventara esta recreación -fecha que ignoro- hasta que Dios quiera pues aún siguen haciendo el festejo con más o menos variantes.

La tormenta de aquella víspera del Corpus debió hacer mucha mella en mí, niño impresionable y excesivamente sensible. Quizá la fuerte descarga eléctrica sobre la torre, con el torcimiento consiguiente de veleta, me haría ver lo poca cosa que somos frente a las fuerzas naturales desatadas. El caso es que esta impresión se unió en mi imaginación vivaz a una palabra incomprensible y fuerte que por aquellos días sonaba en mis oídos: Jubileo.

Dios mío ¿qué era esto? No de otra manera que en los brazos de la Morena un día fui a cierta iglesia, que no podré precisar, donde luego de larga procesión con cánticos y cera en abundancia, un predicador subió al púlpito y habló de la brevedad de las cosas, de la proximidad posible de un cataclismo, de la necesidad de penitencia y de tantas cosas tan incomprensibles para mí, entonces, como la palabra Jubileo.

No sabría decir qué cosa fue mas fuerte, si la tormenta de los huevos de hielo o las palabras encendidas del predicador que caían sobre mí desde lo alto de un púlpito oscuro dentro de un templo temeroso. Sí es cierto que volví a casa en brazos o medio arrastrado por la Morena sintiendo que las calles oscuras se cerraban ante nosotros o que todo el firmamento se desplomaba para chafarnos fieramente.

Muy niño sería cuando todo esto, pues me recuerdo sentado en un jarrillo de porcelana, en medio de la cocina, llorando desconsolado y preguntando a mi madre si era verdad que venía el fin del mundo.

A esta fácil sensibilidad y débil espíritu añadiremos el constante cuidado y empeño de la criada seca y renegrida en no dejarnos salir a la calle ni a mis hermanas ni a mí. La vida nuestra había de transcurrir forzosamente en el arriba y abajo de las escaleras o, lo que era peor,

en el encierro interminable del patio alto y estrecho de cuyo muro de piedra salían las repugnantes salamanquesas blanquecinas.

No obstante, algo apetecible tendría aquel patio cuando todos los vecinos, de acuerdo con las ideas de la Morena, enviaban a guardar allí sus niños. Con esto el encierro era más llevadero y el griterío llegaba a la enormidad.

Acaso para moderar el levantisco espíritu de los encarcelados, la misma Morena creó, o sacó de sus propios recuerdos infantiles, a un cierto Martinico el duende que hacía aparecer hoy en este balcón del patio, mañana en aquella ventana baja o alta. Podría jurar que los pequeños jamás sabíamos si aquel Martinico existía o no ni si las artes de la Morena llegaban más allá del poder de convocatoria con respecto al duende. Lo cierto es que jamás podíamos acercarnos a una de las ventanas bajas del patio sin que sintiésemos a nuestro lado la voz ronca de Martín que nos hacía dar un tremendo salto.

La fantasía de la mucama no quedaba en eso, sino que en un alarde extremado nos hizo tragar que el mismo Martinico sonaba un clarinete desde una de las ventanas más altas del muro. Y era cierto; por aquel ventanuco desde donde en remotos años otearía el cristiano la llegada del moro berberisco, un son de clarinete se dejaba oír de vez en cuando. Era, nada más, un buen carpintero perteneciente a la banda municipal y parte integrante del cuerpo de ministriles de la colegiata, que hacía sus ensayos allá en lo alto.

- Martín, toca el clarinete -gritábamos-. ¡Toca el clarinete!

No sé si las voces llegarían hasta el honrado carpintero. Él repetía sus escalas o dejaba de tocar sin acuerdo alguno con nuestras peticiones, como correspondía a un duende dueño perfecto de sus actos.

Refugio contra Martín eran las enormes tinajas polvorientas y con olor a humedad. Desde allí, alzando de vez en vez las tapaderas, proferíamos los gritos que animaban a Martín a tocar el instrumento. Un día el duende huyó de sus aficiones musicales pero sólo, seguramente, porque el carpintero, espantado del griterío, decidiría cambiar su lugar de estudio por otro.

HABLADURÍA V

Año 1915.

Dos atildados señores hablan sentados cómodamente en una de las salas del Casino de Lorca.

- Y ya sabes, Paco, necesitamos que tu bien cortada pluma no descanse. Nuestro Almanaque ha de honrarse, siempre que salga, con un artículo tuyo. No importa el tema: histórico, legendario, de pura imaginación, esto es, literario... o como quieras llamarlo y hacerlo. Eres el primero entre todos nosotros.

- Por favor, Paco. Voy muy por detrás de cuantos aquí escribís. Ocurre que la maldita afición esta que se nos mete en el alma...

- Bendita, Paco, bendita afición!

- O bendita. Como tú quieras. Nos arrastra. No. No podemos abandonar lo emprendido, máxime cuando tantos ponen sus manos pecadoras en los temas de nuestra ciudad, tergiversándolos y dando explicación de los hechos por demás caprichosa, querido Paco.

- En confianza, preparo una serie de artículos que harán pupa. Deshago, con el fruto de mis investigaciones últimas, Paco, casi todo lo que hasta ahora se escribió acerca de nuestro gran pintor Camacho. Y es lo que yo digo: ¿No están los archivos ahí en las mismas barbas de todos? Pues bien: por no abrir un libro, prefieren inventar mil estupideces. Mil estupideces, Paco. Tú lo sabes. Y no digamos de los que, alegre e irresponsablemente, escriben de nuestras cosas desde su casita de Murcia. Moléstense,

señores, y vengan a indagar aquí. Moléstense. Pues no. Ellos, no. Adelante; así se escribe la historia. Ah, y lo cortés no quita lo valiente: a los amigos también les doy su palito. No hay más remedio.

- Verás: yo escribí algo acerca de Camacho pero no tenía pretensiones de... A ver, Paco, lo que haces conmigo.

- Estáte tranquilo, amigo Paco. Tú eres nuestro maestro. Si bien rectifico las fechas que tú das y te retiro algunas de las obras que le atribuyes, no sales mal parado, no. En honor a la verdad, hay que darte a ti también algún rento pero, Paco, con el mayor cuidado y con el cariño que tú sabes. No porque te hayas hecho cortesano...

- Así que... el Almanaque...

Como me impresionó la palabra Jubileo, llamaron mi atención otras no menos extrañas; entre ellas, la palabra "objeto". No sé a quién la oí, pero se me quedó tan grabada, me gustó tanto, que la repetía mentalmente, sin cesar.

Un día fueron a mi casa, en visita de medio cumplido, una señora alta, huesuda, agradable y dicharachera, con otra joven, rubia, de voz chillona y con la cara llena de pecas.

Mientras hablaban mi madre y ellas yo, sentado en una sillita baja y puesto ante otra grande de maderas curvadas, jugaba con unas tijeras, goma, papeles y algo más. De pronto las visitantes se dirigieron a mí:

- ¿Qué haces, Manolico?

- Un objeto. -contesté con rapidez, seriamente-.

¡Dios mío, qué voces dieron tan regocijadas!

- ¡Un objeto dice, Bibiana! ¡Bibiana, un objeto! ¡Qué gracioso!

Reía mi madre, reía la vieja y reía la de las pecas a gritos.

- Pero si es mi objeto... -repetí-.

Rieron tanto que no he vuelto a repetir esa palabra y aún me parece que ahora escribiéndola cometo un atrevimiento porque los

lectores también se caerán de risa. Fue aquella mi primera sensación de ridículo.

¡Quién sabe! La palabra objeto pude oírla a un gentilhombre de su Majestad. Sí, como digo: un gentilhombre auténtico. Un día, andando yo por el patio, las falsas o quién sabe ahora... no voy a decir que me encontré un gentilhombre, no, sino que me llamó mi madre, me pasó un cepillo por la ropa, me alisó el poco pelo que me dejaban, quizá por economía, me quitó no sé qué de la cara y cogiéndome por la mano, me entró en la sala de los fanales con flores de cera y el armarito filipino.

Allí, sentado en un sofá, bajo el espejo grande, estaba un señor atildado, bajito, con bigote blanco. Vestía un traje correctísimo de color tabaco tal como yo recordaba haber visto en las revistas ilustradas. Claro que mi padre vestía de forma parecida pero... no sé. Los ojillos del visitante me miraban, sonrientes, muy vivos.

- Muy guapo el niño, muy guapo.

Creo que me dio alguna moneda y un beso y aun me acarició. Era don Francisco Cáceres Plá, escritor de pasadas glorias lorquinas, investigador, erudito, tío de mi madre y gentilhombre de Su Majestad don Alfonso XIII. Me senté en una de aquellas sillas altas y allí me estuve, como encantado, mirando al personaje.

He de confesar que mi admiración por don Francisco Cáceres Plá se apoyaba, principalmente, en aquellos fantásticos lentes con montura de oro milagrosamente quietos sobre su nariz. Los cristales apenas se sostenían por un puentecillo inverosímil y una cinta de seda los ataba discretamente a la solapa de la chaqueta.

En cualquier momento de contemplación mía el gentilhombre debió decir la palabra "objeto".

Cuando se iba, yo metí la cabeza entre los hierros de la baranda para contemplar por última vez su bastón de puño de plata, el sombrero elegantísimo, los zapatos de botín y, sobre todo, los maravillosos lentes

que se quitó un momento. Mientras los limpiaba con un gran pañuelo, levantó la mirada miope hacia mi madre.

- Adiós, Bibiana. Adiós, niño.

Mi madre, luego, me hablaría con entusiasmo del oficio de gentilhombre, de las casacas bordadas en oro, del calzón corto, de su visita a Palacio acompañada del tío Paco, cuando hizo ella un viaje a la capital.

Días después, íbamos a devolver la visita a las mujeres aquellas de la risa. Se habían venido a vivir a la Cava desde no sé dónde. La vieja, o que a mí se me antojaba vieja entonces, era Huertas Mota, hermana del flautín primero, o único, de los ministriles de la Colegiata. La de las pecas se llamaba Encarnación y era hijastra y sobrina de la Mota que, además, tenía un hijo fraile mercedario y otro mancebo en una farmacia en la calle de Santa Rita.

La casa de las Mota, Monteverde por parte del padre fallecido, era un tanto oscura y estaba junto a la de Pedro José el zapatero en un piso principal y no sé si único, pues aunque la casa era más alta, bien serían las ventanas de encima de los balcones ventanas de falsas. De esta visita saqué otra palabra rara: cantarano. Encarnación la dijo muchas veces refiriéndose a un mueble, joya familiar honorabilísima.

Lo que más me impresionó de esta visita fue la descripción, por Huertas Mota, de las noches en aquella casa. Los ratones corrían de un lado a otro como por terreno propio. Arriba, los ruidos eran tan grandes como si un ejército hiciera allí sus maniobras. Casi no dormían espantando a los roedores que se reían de ellas a gusto. El realismo de la Mota me aterrizó. Las veía a las pobrecillas, cercadas por ratas enormes, comidas por ellas, destruidas al final de una lucha tremenda.

Yo había visto un ratoncillo en lo alto de un armario de pared, en la parte deshabitada de mi casa. Pero aquel ratoncito había estado paseando por la leja de madera pintada de azul, nos había mirado quietamente y luego había desaparecido quién sabe por dónde, misteriosamente. No parecía un animal tan terrible y, desde luego, yo prefería una docena de ellos a una salamanquesa.

Aquella noche estuve desvelado. Miraba los listones de luz que a nuestro dormitorio lanzaba la modesta bombilla eléctrica de junto a San Liborio, a través de la persiana del balcón. Cualquier ruido se me antojaba el anuncio de un ataque de todas las ratas de la casa de los Monteverde. Y ya muchas noches me dormiría tarde recordando el relato de Huertas. En esos desvelos me acompañaría la misma luz mortecina. Cuando, por descuido, se quedaba un poco alta la persiana, yo veía al santo de piedra, coloreado, a san Liborio obispo, en su nichito rococó. A su lado, un farol de hojalata, ya negruzco, viejísimo, pendiente de una mensulita de hierro afiligranado. Más acá, el brazo de hierro, feísimo, que sostenía la bombilla municipal. Alrededor, en verano, las obsesionantes salamanquesas girando inquietas en el campo iluminado de la pared blanca.

Llegué a encapricharme del farol sin luz y de su cadenita oscura. Cuando, al verano, por Santiago, iban de un lado a otro los muchachos colgando tiras de papelillos de colores y cadenetas, rodeaban al santo con banderitas y farolillos, con lo cual el obispo casi olvidado se beneficiaba de los festejos al Santiago, patrón de nuestra calle, y jefe de parroquia, por decirlo de algún modo. San Liborio -capa rosadita, ojillos brocheados de negro y florecillas de trapo desmayadas- parecía alegrarse con el homenaje. Y yo deseaba tener una larga escalera, como aquellos muchachos, para alcanzar el farol del santo, compañero de mis horas de miedo. Vean Uds. cómo era desagradecido con el pobre San Liborio.

Algunas noches llegaban por la Cava algunos cantores nocturnos acompañados de guitarras para dar serenatas, o bien los que cantaban la Aurora. Estos últimos eran grupos que acompañándose de campanillas, entonaban letrillas religiosas y populares. En contra de su nombre, salían a las siete de la tarde y se recogían a las nueve o las diez. Quizá eran restos de antiguas cofradías del Rosario y de la Virgen de la Aurora, de la iglesia de San Juan, que con el tiempo habían cambiado las horas tempranas de la madrugada por las vesperales.

Me gustaba mucho oírles y hasta alguna vez me arrojaba de la cama para verles, bien a regañadientes de la Morena que se tendía

junto a mí para que me durmiera sin miedo. Recuerdo algunas letrillas de los cantores de la Aurora.

Zapatero que estás trabajando
de noche y de día a la luz del candil,
en oyendo la campanillica
del Santo Rosario te echas a dormir.

En la cueva de la penitencia
Santa Rosalía su pelo cortó,
y con él hizo una cadena
tan larga la hizo que al cielo llegó.

Un devoto por ir al rosario
por una ventana se quiso tirar,
y la virgen María le dijo:
Detente devoto, por la puerta sal.

Los niños hacíamos faroles con sandías pequeñas que vaciábamos agujereándolas luego con diversos dibujos. Las ventanitas las cubríamos con papeles de colores y colocábamos dentro de aquél farolito una vela; lo suspendíamos de cuatro hilos y con ellos encendidos formábamos procesión cantando las mismas canciones que los muchachos de la Aurora. Así, corríamos la Cava y algunas calles más, cercanas, en pintorescos grupos.

Ahora, mientras recuerdo estas cosas, me parece sentir el olor de las cáscaras vacías quemadas por los cabos de velas y el chisporroteo de las gotas de cera sobre el improvisado y húmedo farol.

Se quebraban los hilos tal vez y un niño quedaba atrás ocupado en mantener viva la luz mientras arreglaba el desperfecto. A las manos subía el calorcillo de la llama y a los ojos el humo negruzco.

Volviendo a los cantantes de la noche, yo prefería escuchar a los serenateros, bien porque llegaban en momentos más oportunos y convenientes a mi fantasía, bien porque los motivos que cantaban

eran más variados y alegres. Lo que más cantaban y mejor sabían era la Paloma, pero también otras habaneras y canciones de melodía blanda y pegadiza.

Daríá mucho tono a mi relato contar que alcancé a oír a los serenos gritar las horas y diciendo si llovía o no pero, la verdad es que sólo me parece haberles oído porque la Morena, para entretenerme y dormirme, imitaba sus voces con la mayor propiedad que podía.

HABLADURÍA VI

Poco a poco, debió despertarse en mí una gran afición por las pequeñas cosas, quién sabe si por el sólo placer de llamarlas objetos. Una de las más lejanas que recuerdo, aparte bolas, hilos y trompos, es cierta romana o peso sencillo consistente en dos ganchos unidos por un fuerte muelle con una agujita que marcaba los kilos en una banda graduada, de hojalata.

Ni sé cómo vino a mis manos. En una caja de cartón yo la guardaba celosamente junto con alguna estampa del chocolate y baratijas de allá y de acá logradas.

Un día fui al mercado con la Morena, no hay que decirlo, llevando la romana bien apretada contra mí. A la salida de la calle me esperaba algo muy desagradable: el encuentro con el tío Enrique el Romanones, platero de pequeñas cosas, casado con la tía Pepa, señora imponente, de moño alto, que siempre estaba sentada donde mismo, haciendo primores. Estas ocupaciones que podríamos llamar artísticas, eran muy variadas pues ahora hacía un pegado de sellos de correos usados sobre alguna vasija ridícula, luego otra encoladura de fajas o vitolas de puro sobre cualquier fuente; o bien sacando cientos de tiras de puntillas antiguas las unía para Dios sabe qué combinaciones de mantillas enrevesadas o cubrecamas espantosos. También con retales de diversos colores, hacía unas colchas y alfombras para el mismísimo diablo. Con esto y con llamar a todo el cristiano que pasaba ante ella para interrogarle e informarse de todo, llevaba su vida de enferma gruesa y atrabiliaria.

Conste que el llamar yo a este matrimonio con los nombres de tío y tía se debe a que la buena señora era hermana de la madre de mis hermanos y, por tanto, cuñada de mi padre. La costumbre, pues, hacía que les dijésemos tíos. Que de no ser así cualquiera hubiese osado decirle otra cosa que Doña Pepa y nada más que Doña Pepa. Distinto era el marido, que con llamarle "el señor Enrique" se iba bien despachado.

El tal matrimonio gozaba fama de adinerado y su casa, que estaba hacia el centro de la Cava y no donde tenían el taller de platería, relojería y diversos, que era al principio de la calle, o sea, cerca del arco de la Colegiata; su casa, digo, era como un gran almacén de cosas jamás usadas y adquiridas a bajo precio de todas las familias venidas a menos y necesitadas de dinero. Había allí, casi tapadas por el polvo, vajillas "muy fabridas" que diría Manrique, metidas en grandes armarios; jarrones, fuentes antiguas, cristalerías; almohadas, colchones y sábanas; en profusión, vasos con letreros dorados en los que se leía. "Recuerdo de Caravaca", "Santo Niño del Balate de Mula", "Recuerdo de Torrevieja"... Muebles, muy distintos en estilo, viejos y nuevos y quién podrá recordar cuánta cosa.

"Todo estaba allí por el gusto de almacenar y creo que no para revenderlo. En el taller de platero para poco, había un mostrador con útiles de relojería, sopletes, infiernillos, relojes de pared viejos andando o quietas sus agujas, una figura portalámpara de escayola dada con purpurina de bronce, tinajas y todo cuanto se pueda imaginar de servible, inservible y raro.

No acudía pocas veces mi madre a este matrimonio en demanda de dinero para resolver algún aprieto económico y así, a los cajones oscuros de la tía Pepa habían ido a parar, poco a poco, los cubiertos de plata que mi madre llevara en su ajuar, algún mantón de seda y aquél Niño Jesús de talla valenciana al que hago referencia ya antes y que, por raro azar, recuperaré no hace mucho. Todo adquirido por bien poco dinero pues queda escrito que no abría con facilidad la bolsa aquella buena señora, del moño alto, dueña absoluta de las

voluntades del esposo, de los hijos y de todos cuantos caían cerca de ella.

El día que yo salí cogido a la mano de la Morena y apretando contra mi pecho la famosa romana, caímos bajo el poder de la tía Pepa, cosa que a mi criada, habladora de más, no le venía muy ancho como se suele decir. Habría piropos para el niño que se criaba tan hermoso y habría preguntas sobre interioridades de la casa pero, ¡ay!, también hubo curiosidad del tío Enrique el Romanones por mi preciado pesito. (No he dicho, y ahora lo digo, que el apodo de Romanones le venía al señor Enrique de seguir un hijo suyo los caminos marcados por el célebre político. Esto es, pertenecía a su partido.)

- Oye, oye, Morena: ¿qué lleva ahí el niño? ¿Una romana?

- Sí. Una romana vieja.

- ¿Vieja? Pues parece muy útil. A ver, a ver, nene.

Así, más ó menos, sería la conversación.

- ¿Le das la romana al tío Enrique? Te la cambia por un reloj. Allí el niño receloso apretando más y más la romana contra su pecho.

- Déjame que la vea. Trae, niño.

Allí el llanto escandaloso y allí la tía Pepa.

- Pero qué niño. Éste le ha salido a los Castillos. Castillo, Castillo, míralo: como ellos. Dale eso ahora mismo al tío Enrique.

Ante la mirada brillante de la señora, ante sus movimientos airados de cabeza y moño, ¿quién resistiría? Di, con lágrimas, mi romana querida que ya perdí para siempre. El tío Enrique no consintió que tan rico objeto fuese juego de niños aunque éstos descendieran de Muñoces y Barberanes y allí acabó mi propiedad con la aquiescencia de la Morena y satisfacción de la tía Pepa. El cuarto en discordia era yo que, ya perdido todo respeto, armé un gran estruendo de gritos y lamentos. Mas ¿qué sirvieron? Con gran afán buscaban mis ojos dónde pararía la romana cuyo rastro ya estaba para mí del todo perdido. Ante mis ojos, el perverso tío Enrique agitaba un relojito de hojalata y pasta, absurdo y ridículo que yo rechazaba a manotazos.

- Miren el niño. Pero si es insoportable y muy Castillo. Con el genio de ellos, míralo.

¿Qué Castillo? Yo quería mi romana, mi romana, ¡mi romana!!!

- El relojito, mira, el relojito. Pero si anda y todo. Un relojito que anda cuando tú andas. Morena, ponle el relojito al nene. Pónselo.

Y nos echaba del taller-museo con empujones suaves. Le recuerdo odioso, mirándome por encima de sus gafas con los ojillos grises, burlones. Por la Cava adelante, hacia el mercado, iba conmigo el escándalo, la grita.

- ¡Mi romana, mi romana!

No me calmé tan pronto. La Morena me compró en el mercado una Santa Verónica de barro cocido, un Niñito Jesús desnudo, de cuna, y un San José con su varita de alambre; todo lo cual, tomado de una mesita, cubierta con sábana, y expedido por una mujeruca de ojos enrojecidos, sucia y vestida de negro, vendría a costar a la Morena algo así como un real pues entonces eran, no hay que dudarlo, muy otros los tiempos.

Con éstas y muchas más figurillas de barro, nos entreteníamos mis amigos y yo largas horas en aquél tremendo patio, ordenándolas en un hueco de la pared que parecía nicho de santo y que se nos antojaba lo más semejante a un altar. Jugábamos a remedar misas y aún procesiones de bien corto recorrido.

De no sé dónde vino a mi casa una pequeña montaña de tela encolada y pintada de oscuro no muy acertadamente; había contenido en otro tiempo, dentro de sus grutas ingenuas, una Virgen de Lourdes con su Bernardita. Las grutas llegaron a nosotros bien vacías y desprovistas de todo encanto. El modesto artista que las hiciera no había copiado con mucha fidelidad no ya la gruta francesa, pero ni siquiera cualquier otro pedazo de naturaleza.

De todas formas, aquella maravillosa montaña de puntas de palo atravesadas a un lado y a otro, nos hacía tanta ilusión como una verdadera y la poblábamos a nuestro gusto de santitos, haciendo por

ejemplo que San Antonio de Padua se apareciera al Patriarca San José al tiempo de hacer éste su paseo de la tarde por las afueras de Nazaret.

Pero ni siquiera la gran admiración que yo sentía por las terracotas de mis paisanos, los humildes artistas del barrio de San Cristóbal, fue bastante a consolarme de la pérdida de mi preciosa romana que jamás me habría servido para algo, pero... que tenía misterio.

Mi antipatía hacia el Romanones fue desde entonces tal que cuando alguna vez mi hermana y yo íbamos cogidos de la mano a comprar algún trompo al taller del maestro tornero, muy cercano, casi contiguo al del tío Enrique, hacía todo lo posible por no saludar a la tía Pepa ni a su marido, pero sobre todo a ella que nos miraba furibunda desde su sillón de morera y anea.

El tornero de los trompos sí que nos parecía persona buena y agradable. Dejaba que todos los chiquillos nos pasásemos horas largas viéndole trabajar. Y había que ver lo difícil que era hacer aquello que el maestro tornero hacía. Estaba sentado ante su torno, puestos en el suelo ambos, torno y tornero. Aprisionaba la madera redonda con dos fuertes puntas de hierro y a un extremo de la madera enrollaba el cordón de una especie de arco de violín que manejaba con una de sus manos. Cogía las gubias o formones con la otra mano libre y con un pié desnudo se ayudaba en el manejo de la herramienta cortante. Así, hecho él mismo otro arco, trabajaba el día entero, incansablemente.

Era el tornero ya viejo, alto y poseía un más que regular bigote blanco. Tenía el taller, por el invierno, bien calentito con las virutas y a la puerta de la calle muchas jaulas con pajarillos y hasta en la pared de enfrente, la de las monjas, también colgaba sus jaulas.

Cierto que una de las cosas más bonitas que yo recuerdo es el espectáculo de ver nacer un trompo de entre sus manos ágiles. Manos y pies, habría de decir. Cuando ya estaba a punto de quebrar los dos vástagos que unían al trompo recién nacido con la madera madre, el señor Juan el tornero sacaba sus tintas y pincelitos y adornaba el juguete con cinco o seis rayitas de colores vivos.

- Maestro -decíamos- la corona del mío azul.

- Verde, a mí verde, maestro.

Y él daba gusto a todos. Nos cobraba luego su perra gorda o tres perrillas y aún nos dejaba estar allí, como dije, mientras hacía otros dos o tres trompos. (Ruego a los posibles lectores que no se asombren por los precios que digo de los trompos. No me cansaré de advertir que eran otros tiempos. Ahora, Dios sabrá qué cobrarán por uno y si los hacen siquiera.)

HABLADURÍA VII

Era la Morena muy aficionada a vestirse de algo raro y también a vestir a los demás. Así, por ejemplo, si un día de feria y de toros no disponía de un trajecito de manola o maja para mi hermana y otro de torerillo para mí, lo pasaba, la pobre, muy mal. Y aún creo que coincidiendo con alguna corrida de Belmonte, yo fui llevado de un lugar a otro de la ciudad, y de los más animados, vestido de curita, que al caso hacía lo mismo.

Los carnavales eran la fiesta preferida de nuestra morenísima criada que no vivía, desde un mes antes de esas fechas, urdiendo disfraces a cual más disparatado. La recuerdo vestida de noche nevada, toda de negro con motas de algodón y estrellas de plata de bisutería, hábito largo, capa no menos luenga, capirote altísimo, guantes y unos zapatos de gran alzada con lazos de una cinta tiesa graciosísima; todo lo cual componía una figura como bien se pueden imaginar. Y si no lo imaginan, les invito a ver en mi álbum cierta fotografía.

En el patio se vestían ella y otras mozas de parecida edad -esto es, ya cuarentonas- y allí armaban el trajín del siglo con el cóseme la capa, tira de la media, aprieta el corsé, dame el capirote. Se azotaban la cara con la borla de la polvera hasta ponerse blancas -esto aunque no fuese Carnaval-, así como también con unas grandísimas tenacillas, de las que había sencillas y dobles, se rizaban el pelo unas a otras levantando un espantoso olor a quemaduras de todas clases. Estas tenacillas las ponían al fuego en una hornilla de carbón y, cuando ya las tenían al rojo, las retiraban dándoles vueltas como a hélices para

enfriarlas algo; luego las aplicaban a trozos de papeles de periódico o de estraza que reducían a cenizas y, por fin, iban al pelo que indefectiblemente se chamuscaba o en el mejor de los casos quedaba con unas marcas espantosas que jamás nadie llegó a confundir con una cabellera ondulada.

Luego de tantos trabajos, de cosidos, encintados, apreturas de corsé y rizos, salían todas aquellas locas a la gran diversión de la calle, al embromado, a la copa de anís y al desorden inmoderado. No volvían a casa sin antes pasar por la galería fotográfica y gracias a ese cuidado puedo hacerles el ofrecimiento que saben. Les repito que dispongo a mi placer de un buen montón de cartoncillos amarillentos donde la Morena y compinches aparecen ora como gitanas vendiendo telas, ora como pierrotos absurdos y disfraces por el estilo. Confieso que la fotografía preferida por mí es y será siempre la que se hicieron como noches nevadas.

También mi hermana Alegría, sus primas y sus amigas tenían calentamientos de cabeza en llegando el Carnaval. Sólo que a mi buena hermana le servía de bien poco su habilidad para encontrar buen disfraz, ya que siendo la mujer más alta de Lorca, según creo, ya la tenían conocida desde que salía de casa a no ser que alguno creyera que era máscara de aumento, quiero decir con zancos.

De aquel carnaval lejano, aparte estas primeras cosas, apenas si recuerdo algo importante. A no ser un grupo de jóvenes que vestidos con mayor o menor propiedad, de Duques de Guisa o cosa parecida, cantaban lánguidamente:

Carnaval seductor
es la fiesta que alegra al amor.
Carnaval, carnaval seductor,
es la fiesta que alegra al amor.

De lo que deduzco que el carnaval debía ser muy seductor y que el amor se sentiría alegre cuando llegaba el Carnaval.

Ocasiones para vestir a los niños de cosa rara siempre se ofrecen en todo lugar y momento que se quiera. Una muy indicada era en

Lorca el día dos de mayo. Ese día, fiesta nacional, todos los niños se encrestaban y emperejilaban con multitud de papelines de colores que simulaban atuendos guerreros.

No sé a qué vendrían estas manifestaciones belicosas, pero así era costumbre y nuestro buen maestro tornero, en acercándose mayo, dejaba el torno y preparaba multitud de sables de madera con mayor o menor adorno; sables que colgaba a su puerta de una larga cuerda adosada a la pared, debajo de los pájaros enjaulados. (Por no hacerme pesado no quiero insistir en la gran baratura de aquellos inofensivos sables.)

En la Cava sobresalían, lo diré de paso, los niños de Pedro José el zapatero, Perico y Anica, que eran adornados con todo primor por su madre, muy artista. Confieso que nunca podré olvidar a la Anica llena de papeles y hecha una Minerva.

Una de estas fiestas, nos adornó la Morena muy cumplidamente a mi hermana Huertas, a mí y también a mi pobre hermana Vicenta. Creo que le quedaron ganas de vestirse ella misma. Plumas, petos, morriones, faldas, espadones... este era nuestro atuendo y así nos cogió para llevarnos al barrio de San Cristóbal a que nos vieran sus hermanas y sobrinas. Antes, claro está que fuimos paseados por la Cava donde la chiquillería no iba peor adornada que nosotros luciendo más, como ya dije, aquellos niños cuyos padres habían recibido mayores dones de las musas y gozaban de mejores conocimientos históricos.

Fuimos, pues, escalinatas abajo a la Alberca y desde allí, por el puente, a coger el camino del barrio; pero aquella tarde hacía un viento espantoso y ya, en lo alto del puente, fuimos destruidos como la Invencible pero sólo por un elemento. Plumas, petos, faldones y todo nuestro coloreado y vistoso aunque débil atuendo voló ante las vastas riberas del Guadalentín escaso, entre la desesperación de la Morena y los llantos nuestros. Llegamos a los dominios de San Cristóbal como dicen que andaban los soldados de los Tercios Rotos. Los pocos restos de papeles que nos quedaron colgando servirían de triste base a los

elogios de la familia Morales que nos dio merienda de pan moreno con tocino, cosas estas que por no ser de casa nos encantaban como suele ocurrir a todos los niños.

A pesar del desastre de los trajecitos rotos, el viaje al barrio se daba siempre por bueno puesto que la Morena aprovechaba estas visitas para dar "una vuelta" a los cofres que tenía en casa de su hermana Isabel. Subíamos a una habitación alta o cámara donde estaban dichos cofres y la Morena, sacándose de por el sostén un imperdible tremendo del que colgaban llaves y medallas, procedía a la apertura y revisión de sus arcas repletas.

Al levantar las curvas tapaderas, lo primero que se notaba era un fuerte olor mezcla de alcanfor y polvos de echarse en la cara. Pegadas por dentro a las tapas, aparecían estampas de Nuestra Señora de la Amargura, Cristos crucificados y la fotografía de un soldado de la guerra de África con un corazón encima de su cabeza en el cual aparecía el busto de la Morena muy joven. Todo lo preguntábamos.

- Morena ¿quién es este soldado?
- Mi novio, que lo mataron en África.
- ¿Qué es ésto?
- Un membrillo seco, ¿no lo estáis viendo, preguntones?

Del fondo de los baúles iban brotando faldas antiguas, mantones, un retrato casi esfumado de un hombre rudo, sin afeitar, con blusa amplia de percal negro.

- ¿Quién es, Morena?
- Mi padre que en paz descanse.
- ¿Por qué en paz descanse?
- Porque lo mataron en la rinconada de San Diego.
- ¿Quién lo mató?
- Un borracho que le siguió desde la taberna. Ya le han echado de la cárcel y cada vez que lo veo se me retuercen las tripas. Canalla. Así muera rabiando.
- ¿Cómo lo mató?
- Con una faca, coña. No me preguntéis más, hala.

Montones de fotografías de su hermana, de su sobrino el bizco de cuando hizo el servicio con una corneta; de ella, de su madre (que en paz descanse también); de mi padre con su primera mujer... Dos tortas de Pascua, duras como piedras...

- ¿Por qué guardas las tortas, Morena?
- Para que os las comáis, tontos.
- Ya están muy duras.
- Pues mételas ahí que dan olor. Mi sobrina no me ha devuelto la falda que le dejé para el Carnaval. Si no las dejara, no pasaría eso.

Guardaba todo otra vez, cerraba, enganchaba las llaves al imperdible de plata que volvía, con medallas y dijes, al calor del sostén y, hala, a ver la Santa Cruz de Mayo que estaba preparando su sobrina en la calle del Beato Soler.

Qué despilfarro alrededor de la cruz de flores y yerbas! Colchas, maceteros, guirnaldas de papel, muñecas, guitarras, más macetas, otra colcha...y las vecinas yendo y viniendo a traer nuevos ornatos. Otra muñeca, grande, que le tocó a la Juana en la rifa de la feria pasada. Al otro día correrían allí las avellanas, los garbanzos torraos, el vino y las coplas.

- Que traigas a los nenes mañana.
- ¡Sí! Tira otra vez p'acá con ellos. Sola vendré.

La Morena se retorció con el pulgar y el índice el labio inferior y miraba con malicia a su sobrina. Nos desconsolábamos.

- Sí, Morena; nos traes. Queremos ver el baile.
- A callar. A callarse he dicho. Os traeré o no os traeré. De aquí a mañana... Otra vez tire usted con los críos. Mira cómo se han puesto de bonicos.

Y la sobrina:

- No me hagas, tía! Pos si el aire les ha quitao los papeles a los angelicos... ¿Qué quieres? Mira la Vicentina, qué lástima. ¡No sé el Señor cómo hace estas cosas!

Un día -no tendría yo los seis años- se le murió un sobrinito a la Morena. A ella se le plantó una idea en la cabeza.

- Sita Bibiana. Vista usted al Manolo con ese traje nuevo de marinero, que se venga conmigo al barrio, al entierro del nene.

Se me vistió de marinero y fui con la Morena al barrio. El niño muerto estaba en su cajita blanca y los chiquillos de la calle hacían, con florecillas violadas, una corona para la cabeza. En el mismo cuarto donde se hizo la Cruz de Mayo estaba el cadáver del pequeño.

Llegó la hora del entierro y la Morena me llevó hasta el féretro haciéndome agarrar una de las asas plateadas con polvillo de aluminio. Entre cuatro niños llevábamos la caja calle mayor adelante. Yo me cansaba. Sentía el tambaleo del pequeño cadáver. Otros niños, ante el ataúd, llevaban una corona con cintas.

El cementerio, como un corralón grande, estaba en lo alto de una loma, frente a la Ribera. Cuando le echaban la tierra al niño yo me miraba las manos llenas de polvillo planteado.

- Morena: quítame ésto.

- No es nada, nene. -Y con el pañuelo de las lágrimas me frotaba.

A la vuelta, junto a la fuente de la Estrella me compró un helado barato que no quise coger con las manos de muerto.

- Maniático, maniático. Si no es ná.

Estuve muchos días sin querer comer y lo que comía me lo daban a la boca, sin tocarlo yo. Por las noches, el recuerdo del cementerio no me dejaba dormir. San Liborio me acompañaba desde su hornacina con vidriera polvorienta.

HABLADURÍA VIII

Un día se acabó el subir y bajar como dueños absolutos por todas las habitaciones de la casa. El piso alto se había alquilado a la familia de un militar. Bien es verdad que duraron poco allí pues, a los dos o tres meses, encontraron casa que les acomodase más. El teniente Bolín y su esposa, con dos hijos, eran los nuevos inquilinos.

Vimos llegar muebles y muebles. En un pasillo quedaron por unas cuantas horas cuadros y entre ellos un medio relieve de plata de imitación con la Virgen de las Angustias, patrona de Granada. Quedé pasmado de la suntuosidad gastada por los militares.

Cuando todo estuvo dispuesto llegaron los dueños de aquello: un señor bajito, algo cómico, afectuoso; su esposa, más alta e imperiosa que él, de ojos vivos, y los dos hijos: una niña, de cara redondita y ojos oscuros, y un niño aún muy pequeño, chatillo. Al verlos por primera vez corrí a esconderme creo que por la vergüenza de mirar a una niña tan bonita como no había otra por los alrededores.

No lamenté mucho lo de no poder subir a las habitaciones altas con la libertad de antes por una razón: no mucho tiempo atrás, pero sí antes de la muerte del sobrinito de la Morena, había vivido en ese mismo piso una familia de la que no recuerdo cosa alguna si no es que murió una joven y yo fui hasta el piso alto a ver qué cosa era la muerte. Me encontré con un ataúd blanco y unas mujeres enlutadas que lloraban alrededor de él, sentadas en sillas muy bajas. Dentro de aquella caja brillante, odiosa, con grandes asas doradas, había un cuerpo como hecho de cera, con sombras violadas.

Yo, hasta entonces, ni había visto una persona muerta ni sabía que, de pronto, podíamos quedar así, inmovilizados, lívidos, soportando que aquellas moscas nos paseasen la cara acercándose a los ojos. Estuve quieto ante el cadáver un largo rato hasta que alguien, y cómo no había de ser la Morena, me arrancó de allí cogiéndome por el brazo. Y, aunque pueda parecer una salida poética, acaso ridícula, diré que durante toda mi vida siempre me han aturrido, inmovilizándome, el amor y la muerte, al menos en los primeros momentos del encuentro.

A partir de la vista de aquél cuerpo muerto en las habitaciones altas de la casa, ya me sentí incapaz de aventurarme escaleras arriba y, también, cogí aborrecimiento a la leche que no hubo medio de hacerme tomar en muchísimo tiempo. Aquella familia huyó de la casa pronto. Si alguna vez yo, olvidado de todo, me escapaba hacia la torreta, o las falsas, al llegar frente a la puerta de la habitación "aquella", retrocedía espantado, atropelladamente.

La falsa, tan atractiva otras veces, ahora no la visitaba ya. Aquella falsa repleta de cachivaches olvidados: devanaderas, unos maniqués de trapo, sin cabeza, con formas de mujer; arcones y juguetes rotos de no sé qué niños antiguos; unas pequeñas sillitas talladas y tapizadas; muñecas feas y desgrefñadas; cuadros con oro viejo desconchado y láminas de la historia de don Pedro el Cruel, carcomidas; haces de cañas; muebles desvencijados... Ya no era posible hacer que la Morena diera la vuelta a la llave pesada y quedar allí entre rincones oscuros que parecían ocultar algo vivo y temible.

Junto al patio quedaba el misterio del cuarto trastero donde había aquel piano antiguo, de mesa, que sonaba tan mal. El piano que un día se llevó Juan José el Perrero porque "estorbaba tanto y ni para leña servía." Pero a ese cuarto casi no entrábamos. Allí ¿quién veía algo? Ahora, recordando, quiero meterme en la oscuridad de la memoria de aquellas paredes y no consigo ver. Apenas columbro parte del piano y algo como morteros de mármol, hierros y acetres de cobre.

Durante muchos días no me atrevía a subir hasta el piso de los vecinos nuevos ni me acercaba a ellos cuando les veía pasar. La niña

de Bolín, tan bonita, -el niño no contaba apenas, si asomaba por la escalera-. Alguna vez, pasadas lo menos dos semanas, me iba escaleras arriba, me sentaba en un escalón y miraba la puerta cerrada. Más adelante, perdí el miedo un poquito más. Un día la niña salió a la escalera, se agarró al barandal y puso la cara entre los hierros. Esto bastó para que corriera yo escaleras abajo, hasta el patio, como asustado o asustado verdaderamente.

Alguna vez han de acabar las cosas y la situación rara terminó una tarde cuando la señora de Bolín, mi madre, el teniente y mi padre con algunos vecinos más, decidieron ir a dar un paseo a la Ribera. Un sueño mío carísimo era conocer esa Ribera que sólo había visto desde el puente. Me parecía un lugar maravilloso, con todos aquellos árboles gigantes que, en realidad, son unos eucaliptos nada extraordinarios, pero todos sabemos qué cosas hace la imaginación de los niños. Y aquella peña con su ermita encima! Casi nos escapábamos, cuesta de San Ginés abajo, de las nerviosas manos de la Morena y del cuidado de un asistente joven del teniente Bolín.

Pasamos la antigua y ruinosa iglesia de la Merced, la calle ancha de los Pozos, que es calle de curtidores con olor muy fuerte a pieles puestas a secar, un camino polvoriento y, por fin, la Ribera, ancha, con un riachuelo agonizante.

¡Qué hermosa la tarde! Bolín y mi padre iban lejos. Doña Angustias y mi madre se habían sentado en unas piedras blancas cerca de donde los hombres de una tejera ponían ladrillo a secar y otros muchachos hilaban. Los niños corrían. Yo me fui a un montón de arena en el que descubrí un escarabajo negrísimo al que enterré bajo una lluvia de arena dorada.

Entonces María Bolín, la niña del teniente, se vino cerca de mí a ver mis manejos que no le parecieron bien. Yo disimulaba mirando de reojo su gesto y ladeando tierra para ver dónde andaba el escarabajo. El animalucho sale, inopinadamente, por allá. ¿O es otro? Más tierra encima del pobre bicho. La niña ya me ayuda. Reímos. El escarabajo nos cansa y María no quiere echarle tierra porque, además, le da

lástima y no puede soportar que se le acerque. Entonces, el agua casi quieta del riachuelo está allí, bien próxima. Salta alguna rana.

Volveríamos a casa ya oscuro, seguramente; todos los niños gritando o cantando, corriendo unos tras otros, cogidos por las manos... No recuerdo.

Los niños de Bolín pasaron alguna vez a la prisión del patio, pero no mucho. Tenían un asistente que los llevaba, delante de sus padres, a las alamedas, al paseo bonito de la ciudad. Muchas veces, desde el balcón de la alcoba, yo les miraba ir con tristeza.

Uno de mis refugios favoritos era la habitación de junto al cuarto bajo donde, adosada a una pared, había una estantería grande con libros que dejó a mi tía Vicenta su esposo fallecido. Nadie coartaba mi libertad para entrar en esa habitación y coger de la biblioteca el libro que me gustase. Sabía leer apenas pero veía las estampas o pasaba las hojas tratando de adivinar, con el débil recurso de lo aprendido en el colegio de monjas, el significado de todas aquellas columnas de apretadas letras.

A veces mi padre se sentaba ante el mármol que a mí se me antojaba grandísimo de la mesa del cuarto bajo y allí extendía montones de tabaco de todas clases que limpiaba y mezclaba cuidadosamente. Yo, a otro extremo de la mesa, alzándome de la silla con una almohada, hojeaba libros y aún intentaba copiar sus ilustraciones.

Cierta vez, de una historia de España copié el perfil de un rey con casco guerrero. El teniente Bolín que había entrado a saludar a mi padre, miró mi dibujo.

- Don Alejandro! Este niño es un artista! Digo que un artista! -
- Hubo de gritar más- ¡Artista, digo!
- Ah, sí, sí. Muy bonito.
- Mira, Marujita, lo que hace tu amigo.

Me arrebolé mientras la niña miraba mi dibujo. Pero la gloria suele ser efímera. A cortar las admiraciones llegó mi tía Dolores que,

luego de besar a su hermano y decirme a mí "hermoso", cogió el dibujo que le daba Bolín para la admiración y mirándome, más chata que nunca, me espetó:

- Esto lo has calcado. O no lo has hecho tú.

El dibujo debía estar muy bien hecho. Al teniente Bolín le gustó y a su hija María también. A María, además, le gustaron los libroles aquellos.

- ¿Quieres verlos?

- Tengo que subirme a casa, con mamá.

- Yo los subo a tu casa.

Y cargado con un tomazo de aquellas revistas me fui escaleras arriba, más contento que unas pascuas y olvidando jóvenes muertas.

- ¿Sabes? Mi tía se cree que lo he calcado, pero no; lo he hecho yo a pulso. Tómallo, te lo regalo.

Nos sentamos en el suelo y pusimos el libraco entre nuestras piernas. Íbamos pasando hojas y viendo las novedades de hacía veintitantos años. De vez en cuando y en un color llamativo, iban apareciendo pinturas célebres o el retrato, a plana entera, de una señora cargada de dijes que no dejaban ver la ropa. Canzonetistas de la época. Escenas de comedias estrenadas...

Uno a uno, fuimos viendo, en días sucesivos, casi todos los libros que había en casa pues yo estaba deseando que la niña me dijese algo para correr a la librería y cargar con cualquier tomo de aquellos.

Ustedes que son cultos, recordarán a Paolo y a Francesca, pero atenuados, empuñados, claro está. Pues yo, siempre que recuerdo estas escenas inocentes, me acuerdo también de aquellos enamorados no tan inocentes, y también recuerdo -perdonen la pedantería- los cuadros de pintores de cierta mediana talla, que en sus obras han pintado escenas de grandes personajes remedadas por niños. Fue una costumbre muy francesa. Recuerdo un lienzo de Coypel en que pequeñuelos sonrosados fingen el tocador de la Pompadour, que ya

es atreverse. Pero, en fin, todo esto es salirse de cauce y pedantear, como digo.

Poco duró el ver los libros en la dulce compañía de la niña vecina, porque pocos eran los libros y porque poco duraron en el piso de arriba el teniente Bolín y su familia. Ahora bien, no se despidan ustedes de ellos: capítulos más adelante, y cuando yo cumpla los nueve, la señora Bolín dará a su hija Marujita un zapatillazo porque la niña le confesará con gran descaro que me quiere y que cuando sea mayor se casará conmigo. Y puestos a adelantar cosas... No, se equivocan! Hoy no es mi esposa Marujita Bolín.



HABLADURÍA IX

Mi primer colegio fue de monjas. Con mi hermana era llevado todos los días hasta el ancho portalón de las mercedarias, en la misma calle de la Cava y aún en la propia acera de mi casa, unos cien pasos más hacia el arco de la Colegiata.

Estas monjas mercedarias se habían dedicado no diré a enseñar, pero sí a tener niños recogidos en su conventazo grandísimo, como todos los antiguos. Quiero decir que lo más importante que hacían era esto último, porque no he de negar que las primeras letras las aprendí allí; sería injusto decir otra cosa. Pero lo cierto es que se trataba de mujeres que se habían retirado al convento para orar solamente y, de pronto, se habían visto en la necesidad de improvisarse maestras de niños; los buenos tiempos para las religiosas contemplativas habían pasado.

En un espacioso zaguán con bancos, esperaba la turbamulta de críos y criadas hasta el momento en que unas puertas grandes, oscuras, se entreabrían y una monja de hábito blanquísimo dejaba pasar, uno a uno, a los niños contándolos con golpecitos en la cabeza.

Lo primero que veían nuestros ojos en aquel interior desmedido, ya que no descomunal, era un cuadro antiguo de como cuatro o seis varas de altura con Nuestra Señora de la Merced dando escapularios a San Raimundo y San Pedro Nolasco, quienes a su vez le ofrecían grillos y cadenas de cristianos liberados de su cautiverio. Luego había una escalera empinadísima, interminable, que llevaba hasta la planta

principal del convento: éste tenía su iglesia y puerta más noble hacia la calle, mucho más alta, de la Zapatería.

Una vez arriba, los niños, separados de las niñas, quedábamos en un salón cuyas medidas no me atrevo a dar por no equivocarme o exagerar demasiado; es que a mí se me antojaba lo más grande en salón que pudiera existir en todo el ancho mundo.

Tenía esta sala, además de algunos cuadros pintados de la vida de San Pedro Nolasco, pareja del de la escalera, una gran ventana abierta al país azulenco de arboledas lejanas. Otra ventana algo más pequeña que daba a patios profundos que jamás acabábamos de ver los niños y varias puertas, una de ellas con salida a la terracilla donde jugábamos algunos ratos.

Adosados a las dos paredes más largas de la habitación había unos tablados parecidos a los que se suelen armar para la contemplación de ciertos desfiles y fiestas. Muy semejantes a aquel en que, pintado en una tabla antigua, aparece Santo Domingo viendo quemar libros heréticos o algo así. Cuatro o cinco gradas, en fin, con un barandal delante y una especie de puerta que parecía hecha para colgar niños malos, pues era talmente como un trío cualquiera de palos dispuesto para ahorcar en cualquier lugar del Far West. Claro que todo esto lo cuento con una poquita de carga para que ustedes se hagan idea. La realidad es que no parecía tan tétrico aquello y menos a nosotros, carentes de prejuicio alguno y que armábamos la barahúnda de la marimorena cuando empezábamos a patear y a arrancar polvo de aquellas tablas.

Por todo el ancho corredor que dejaban los malditos casi inmuebles en el centro de la estancia, iba y venía la madre Josefina leyendo con voz gangosa algo de que sólo resta en mi memoria el nombre de los montes Pirineos. Para mí, ya siempre Pirineos será una monja paseándose.

Junto a la puerta de la terracilla y ante una mesa oscura, bajo una estampa del Sagrado Corazón en llamas, pegada a la pared, tomaba

asiento la señorita Fe, que no era una alegoría sino una solterona flaca y avinagrada muy ayudanta de las monjas y rectora nuestra durante las horas que pasábamos en el colegio. Llevaba siempre un hábito oscuro con cinturón de charol que no sé de qué devoción será pero que quizá pertenezca a la de Santa Rita.

Esta señorita Fe nos dominaba como podía, haciendo méritos para ganar el cielo, sin duda alguna; a mí, cientos de veces me arrodillaba junto a la puerta de la terraza y allí todos los castigados, por lo bajo y disimuladamente, nos entreteníamos en averiguar si cabrían en la sala todas las perras chicas contenidas en un duro en plata -¡qué inocencia tan hermosa!- y en escupir al rayo de sol que entraba para ver cómo las chispitas de saliva se convertían en fuego al atravesarlo.

Tenían nuestras mercedarias una imagen antigua, muy linda, de madera policromada, que representaba a la Virgen niña. La llamábamos la Niña María y dicho así parecía como si todos los pequeños fuésemos sus servidores o al menos me lo parecía a mí. Será porque yo oía a la Morena decirles a mis tías, aunque eran muy viejas ya, la Niña Vicenta y la Niña Dolores. Por el día de la Presentación nos ponían la imagen pequeña en unas anditas doradas y todos los niños, en fila, puestas las manos en los hombros del que iba delante, hacíamos una procesión que, bajando por las altas escaleras que ya dije, salía a la Cava y desde allí, por la empinada calle de las monjas, subíamos a la Zapatería para entrar en la iglesia de las Mercedes y dejar allí el precioso simulacro. Por cierto, que yo me calentaba la cabeza tratando de descubrir quién bajaba después a la Niña María hasta el convento.

En la procesión ésta íbamos cantando un largo himno del que sólo recuerdo unos versos:

....vamos niños
subamos al templo
a ver el ejemplo
que nos da María.

Por en medio de la procesión iban la señorita Fe y otras devotas poniéndonos en orden y entonando los cánticos para llevar algo de

unión a todas las voces chillonas de niños y niñas que íbamos al templo a ver el ejemplo. Yo por lo que a mí toca, tardé mucho en saber lo que era ejemplo, palabra que si la consideran ustedes un poco, resulta altisonante y hasta misteriosa, como "Pirineos" y "objeto".

Ya dije que Lorca está esperando siempre el agua del cielo. Por esta razón, cuando por la ventana grande que daba a los árboles lejanos las monjas veían acercarse un nublado perdido, o cuando el sol era ocultado por algún nubarrón amenazante, nuestras buenas madres se apresuraban a chascar con una a modo de postiza o crótalo que nos ponía en pie y de procesión por el interior del convento pidiendo que la nube descargara en nuestros secos campos. Para esto nos hacían repetir, a voz en grito, una oración sencilla que semitonábamos:

Beata Mariana
se te pide que llueva.
Beata Mariana....

La beata Mariana era una mercedaria antigua muerta en loor de santidad y declarada beata por no sé qué pontífice de feliz memoria, pero a mí se me antojaba que la beata Mariana estaba por allí y que si quería podía venir a sustituir a la madre Josefina; tanto nos habíamos familiarizado con ella. Las monjas le acudían con frecuencia en sus apuros, que debían ser muchos, y también en las necesidades de la ciudad, como hemos visto.

Si se conseguía la lluvia, en las oscurecidas salas nos entregábamos a gritos y cantos de júbilo. Las monjas nos animaban pareciendo como si las nubes, jaleadas por nuestros gritos, enviasen chorros más fuertes de agua contra los cristales del convento.

Ya está lloviendo
los pájaros cayendo
la calle "bote en bote
y Perico sin capote.
Que llueva, que llueva
la Virgen de la Cueva

que caiga un chaparrón
que rompa los cristales
de la estación
y los míos no.

Todo esto con gritos y palmas que era un gusto.

Cuando nuestras cabezas estaban cansadas por el estudio, esto es, cansadas de rezar y oír aquello de los Pirineos, se nos sacaba al sol de la terraza, al sol implacable de una ciudad que se llama, precisamente, del Sol. Allí jugábamos a diversas cosas.

Alirón, alirón,
que se vuelva de portón.

Las monjas atenuaban las indiscretas letrillas de los juegos. O nos hacían cantar estas coplillas muy pías, por cierto:

El convento es un rosal
las monjitas son las rosas
y Jesús es jardinero
que las quiere por esposas
que las quiere por esposas
que las quiere por esposas.
Corazón
de mi Jesús
dame valor
para llevar la Cruz.
Gloria a Cristo cantaremos,
gloria a Cristo redentor
y a las madres mercedarias
que nos dan la educación.
Y nosotros picarones
no la queremos tomar,
merecemos cuatro palos
y a la cama sin cenar.

Verdaderamente no queríamos tomar la educación que nos daban las buenas madres. ¡Ay, si ellas hubiesen podido oír las cosas que aquellos niños inocentes hacían decir a un chiquillo de las calles más altas, hijo, según las señales, de alguna de aquellas mujeres que fumaban por allí! Parece inconcebible que aquellas monstruosidades resbalaran por encima de nuestra inocencia, como, efectivamente, resbalaban. ¡Y cómo había de ser! Pero no, no eran para escuchadas por la madre Josefina.

Un día murió esta buena monja y los niños no tuvimos colegio. Fuimos hasta la iglesia para ver por el coro bajo, tras de las rejas, el cadáver de la madre que estaba con corona de rosas blancas y palma. Arrodilladas, las mercedarias rezaban monótonamente en torno a las angarillas. A la tarde, por una ventanuca que daba al sótano donde tenían su cementerio, algunos niños más osados vimos algo de la ceremonia del sepelio.

Cuando me quitaron de aquel colegio ya sabía leer algo. Uno de mis mejores recuerdos es el de aquellos días en que yo iba penetrando en el significado de las palabras. El gran placer que cierto librito de sílabas separadas me hacía sentir al comprender yo que toda una página hablaba de cosas de la calle y que las calles, realmente, eran así tal como decía el libro: La tien- da. La a- ce- ra. El por- tal. En las ca- lles hay tien- das. En las tien- das se com- pra. La fuen- te es- tá en la ca- lle.

Dije antes que las buenas monjas enseñaban poco: sólo a leer. Bueno: pues digo ahora que enseñaban mucho. Yo no he aprendido apenas otra cosa que a leer. No sé si exagero diciendo que, después de que aquel libro me abrió el camino de la lectura, no he querido saber algo más. En adelante, leer fue la única cosa que me apasionó. Leer cosas útiles e inútiles, leer, leer.

Con la madre Josefina y con la señorita Fe, colaboró en este duro empeño de abrir mi pequeña inteligencia al mundo de la lectura mi hermana Alegría, a la que debo un grandísimo agradecimiento por los muchos ratos que robó a sus labores de aguja para dedicarlos a

este menester. Gracias a todas. Por las cosas que verán después, si quieren verlas, comprenderán que todo cuanto hicieron luego otros maestros para conseguir adornar mi inteligencia, fue totalmente inútil.

HABLADURÍA X

Por los años del 26 al 29. Debajo del Carrerón de San Patricio, en una de las covachuelas que se abren allí. Sobre la puerta, un letrero: "Sociedad el Relámpago". Unos desocupados hablan.

- Está nuestro Ayuntamiento para que le peguen fuego. A éste sí que no hay quien lo arregle. Ni un santo que metieran ahí. Tanto tiempo sin pagarle a la gente... ¿Hay derecho? Pero es que el de Murcia y el de Totana y todos andan lo mismo, que, según, tampoco le pagan a nadie.

- Pero lo que pasa aquí, en ningún sitio del mundo. Están algunos empleados que ya no saben por dónde tirar. Ni en las tiendas les fían más, que ya tienen buenas porras hechas.

- ¿Y cómo les han de fiar, si los pobres tenderos tampoco son ricos, ni tienen culpa de que el Ayuntamiento no pague?

- ¿Y el cuento de las aguas? Mucho prometer. Todos prometen. En lo que tengo de vida he visto las aguas aquí más de treinta veces. Y esto viene de antiguo, porque ya van siglos de traernos las aguas. Los campos secos... La gente pobre ya no sabe por dónde tirar y toman caminos: unos a Francia, otros a Barcelona... Pero si está, según, el mundo lleno de lorquinos!

- Como que ya hace años, cuando fue Joaquín Castillo, el platero, a Marsella, que tuvo que ir a sus negocios, vino pasmado, que el que le llevó la maleta desde la estación al hotel era de aquí, de la Virgen de las Huertas. No digo más.

- Y algunos que hacen fortuna en saliendo de Lorca.

- Sí, pero a lo que íbamos: que le digas tú al Carreta, al sordo, que se vaya de aquí. Con la edad y los críos, a buscar mundo. Tendrá que estar amarrado a que le paguen lo que le deben. Y ese menos mal que tiene hijos mayores y hermanos que le ayudan, pero otros...

- Todos están pasando las suyas. Y la gente, a pesar de eso, queriendo meterse ahí del modo que sea. Que se creen que atan los perros con longanizas.

- No creen nada. Por tener algo seguro... que siempre da gusto. Alguna vez pagarán... digo yo. Aunque sea para el entierro.

Mi padre trabajaba, como ya dije, en el Ayuntamiento. Era uno de los escribientes y no sé hasta dónde llegaría su sueldo, pero temo que no sería muy allá. Además, pasaba años enteros sin percibir su paga y él, naturalmente, había de vivir de fiado. Así que después, recordando yo que, en puesto de venir a la hora de la comida por la calle de la Cava, bajaba por el porche de San Antonio a la calle del Gigante para salir a nuestra casa, no me lo explicaba sino pensando que era su gusto pasear por la típica calle de la Zapatería. Y no era así, ni mucho menos; era que en la calle de la Cava había algunos tenderos a los que se adeudaba mucho y mi padre huía de verles viniendo, para ello, por una calle mal empedrada y gustosa, quizá, para un artista pintor de rincones típicos pero no para el buen Alejandro.

Tenía mi padre muy buena mano para trazar letras de todos estilos y en el Ayuntamiento acabó siendo muy útil en los menesteres de copiar actas, dibujar letreros y otras cosas así.

En una ventana baja del edificio porticado y antiguo me paraba yo a verle algunas veces cuando la criada me llevaba de compras. Nos hacía entrar a la Morena y a mí y me daba un beso y diez céntimos. Supongo que algunos trabajillos haría extraordinarios que le permitiesen tener dinero para tabaco y para darnos diez céntimos de vez en cuando. Aparte lo que le ayudasen mis hermanos que estaban fuera y aún su hermana Pilar, que bastante sería.

Si alguna vez iba yo a comprar algunos útiles de caligrafía para el colegio a la papelería de don Jesús, en la calle del Álamo, este buen viejo me preguntaba:

- Tú, nene, ¿de quién eres?
- Yo, de Alejandro Muñoz.
- ¿De Alejandro Muñoz el viejo? ¿Del sordo? ¡Ah! Pues tu padre es el que mejor letra tiene en Lorca entera, ¿sabes? A ver si tú llegas a hacerla como él.

Me liaba mi libretilla en un papel de seda, me cobraba y hasta otra vez que me volvía a preguntar y hacerme idénticos elogios. Yo no he llegado a tener la misma habilidad de mi padre, lo confieso. A él ya le venía de casta. Por ahí tengo un anuario de 18.., de la Sociedad Económica de Amigos del País, donde aparecen, entre otros premios concedidos en cierta exposición, los siguientes:

"A Don Julián Muñoz, premio de veinte reales por una lámina caligráfica."

Pero algo más arriba o más abajo, dice el mismo anuario:

"A Don Manuel Barberán, premio de cuarenta reales por su cuadrito "Un rapto"

Yo me he quedado con los Barberanes. Aquel Julián Muñoz era un tío de mi padre que se fue a París cuando joven y allí dibujaba figurines para las revistas de modas y hasta algún retrato de Víctor Hugo. El Manuel Barberán de los cuarenta reales era a su vez tío de mi madre y todos los tíos de mi madre fueron artistas ya de los pinceles, ya de la flauta y el piano. Hasta alguno escribió cositas en los periódicos locales y alcanzó algún accésit en juegos florales de Valencia. No podía yo, honradamente, traicionar toda esta ascendencia y, así, pinto, canto algunas arias de ópera mientras me afeito y, de vez en vez, pulo unos versitos para juegos florales. Además, escribo estas inútiles memorias que mucho sentiré no sean leídas jamás por alguien más que mi mujer. Está empeñadísima en que le diga qué cosa es la que escribo tan afanosamente.

De mi padre conservo muchos recuerdos breves, sin importancia, pero no tantos como yo quisiera, es la verdad. Aunque tan sordo, debió ser un hombre alegre, amante de la vida e incapaz de viudedad, eso está claro. La suerte le acompañó más en tener numerosa descendencia que en otras cosas. Voy a algunos de estos recuerdos que tengo de él.

Un año que los cronistas de la ciudad pueden señalar y señalan con piedra blanca, nevó en Lorca copiosamente y esto es lo de señalar, porque no es cosa corriente que nieve en Lorca. La gran nevada coincidió con el nacimiento de otra hermanita mía, Pilar, última de los hermanos que fuimos. Recuerdo el espectáculo sorprendente de aquella capa blanca, helada, sobre los tejados de la ciudad. Una mañana estaba yo con mi padre en una de las ventanas del cuarto "respetable". Como estas ventanas eran de las que bajan hasta el suelo y avanzan cosa de un palmo sobre la acera, estábamos los dos allí metidos como si estuviéramos en la calle, de pie, viendo la nieve. El farol de San Liborio estaba gracioso con su copete blanco y el Santo, como nosotros, tras de su cristalera, viendo la nieve. Ya quería el sol derretirla, aunque era tanta que creíamos que no podría. Por enfrente de nosotros vino a pasar una buena mujer del campo cargada con dos enormes cestos de quién sabe qué cosas para el señorito. Fue a resbalar la pobre exactamente bajo el nicho de san Liborio al cual, seguramente, había pasado sin saludar. Rodaron los cestos y la buena campesina quedó patas arriba muy graciosamente.

Recuerdo a mi padre, atacado de risa, señalándome con el índice estirado a la cuitada mujer que se levantó como una centella y, cogiendo los cestos como pudo, salió corriendo Cava adelante con las piernas abiertas, como si fuese a caballo, toda corrida y arrebolada. Ya sé que es muy poco caritativo reírse de una mujer que resbala en la nieve, pero es lo que suele hacer todo el mundo. Además, confío en que, antes de morir, mi padre se arrepentiría de este mal hecho.

Otra vez el recuerdo de mi padre es también junto a una ventana desde la que mirábamos fuegos de artificio. Fue en una finca de la madre de mi cuñado Pedro: la Toma del Agua, cerca del pantano de

Puentes. Mi hermana Carmen estaba recién casada y su marido, por el día de su onomástica, organizó una fiesta allá en la finca, fiesta a la que invitó a parientes y amigos, casi todos vecinos de la Cava. Allí estaban los Romanones, o sea, los hijos de la tía Pepa y el tío Enrique el de la romana, alguna hija de la tía Teresa Castillo y muchos más.

Apenas recuerdo de aquella fiesta algo más que las antiguas bromas, conocidísimas, que se suelen hacer a los que no van con mucha frecuencia al campo, como aquella de los buscadores de nidos para patear las espaldas de los ingenuos. Recuerdo muy bien, eso sí, los fuegos artificiales. Al caer la noche mi cuñado hizo arder unas ruedas y cohetes que había montado en artulugios de tablones y rollizos y cuerdas. Cuando empezó a quemarse aquello con gran estruendo, colas amenazadoras y chisporroteos luminosos, yo me agarré a las piernas de mi padre llorándole asustadísimo. Le hice que me entrase en la casa, a una sala baja de grandes ventanas y en cuya pared frontal había una estampa gigante de hojalata del Gaitero de la sidra. Allí, bajo la protección del asturiano, pegados a los cristales, nos estuvimos viendo la quema, yo encaramado en las piernas de mi padre y sin dejar del todo el miedo.

Otra vez me pegó duramente porque yo había mordido a mi hermana, y le recuerdo indignado, dándome azotes mientras me escapaba a las faldas de mi madre.

Y el recuerdo más vivo: una noche que me quiso llevar a un circo que habían plantado en la plaza de Colón, la misma donde suelen hacer las ferias de la ciudad. Que en Lorca hay dos ferias: la de las Huertas, frente al convento de franciscanos, allá en los extramuros, y la de la ciudad, días más tarde, en la plaza que digo, y con corridas de toros.

Digo que me quiso llevar al circo porque al circo íbamos, yo todo emperejilado y nuevo y él contento y estirado, pero al llegar al lugar nos hallamos con el circo a oscuras y un gran letrado pintado a mano con letras rojas donde la dirección se excusaba del incumplimiento de la función prometida por falta de luz y no sé qué más cosas.

Anduvimos mi padre y yo en torno a las maderas y lonas mirando por los resquicios y cariacontecidos. Nos volvíamos ya a la casa cuando salió a nuestro paso un cartelón de cine llevado por dos muchachos y que anunciaba una película de Charlot en el Salón de Actualidades. Allí fuimos a parar. Me reí cuanto pude y mi padre también. Pero ya al otro día no volvimos al circo.

Sí me llevó por aquél tiempo a una fiesta de toros en la que unos mejicanos saltaban en medio de cuerdas hábilmente manejadas y derribaban al toro cogiéndolo por los cuernos.

No creo, a pesar de todos estos signos, que mi padre tuviera entonces mucho dinero. Lo digo porque también recuerdo cómo fui con la Morena de mis culpas a llevar una carta al alcalde. Esa carta yo no sabré decir si era de mi madre o de mi padre, pero sí, no sé por qué, que en ella se rogaba al personaje que dispusiera pagar a mi padre algo de lo atrasado. Para enternecerle, acaso se contase en ella algún apurillo de casa. Quizá no se diría que mi padre tenía que rodear mucho para volver de su trabajo.

Fuimos, pues, Morena y Manolo al Ayuntamiento en busca del alcalde y nos lo tropezamos al llegar cerca de la puerta principal, justamente al lado de la ventana de la habitación en que trabajaba mi padre. No había visto yo nunca, ni volveré a ver, cara tan de vinagre como la de nuestro capitoste municipal. Leyó la carta, comenzó a darle a la cabeza de un lado a otro y la devolvió a la Morena con un "no puede ser" de todos los diablos. Volvió a su boca el puro y, tieso como un conde antiguo, siguió su camino.

Con lo cual los viajes de mi padre de ida y vuelta por la calle de la Zapatería no se alteraban. Con lo cual, el bautizo de mi hermanita Pilar se celebraría en seco y con sólo bromas de las amigas y primas reunidas, como muy bien recuerdo, en la salita del espejo con las cómodas, el armarito filipino y las fotografías en círculo. Por aquella salita alta corrían de mano en mano unas bandejas de madera con pájaros pintados y las muchachas repetían: "-Tomad más dulces. Tomad, tomad. Hay que celebrar este bautizo."

Yo, infeliz, creía que era sólo una broma y que los dulces verdaderos saldrían de un momento a otro, pero no; aquella broma iba completamente en serio y bastante triste me fui a la cama, en brazos de la Morena que me prometió comprarme algo en la confitería de Meléndez a otro día, cuando me llevase con ella a la plaza.

HABLADURÍA XI

Lorca, cualquier fecha. Hablan en la calle de la Cava algunas mujeres sentadas a la puerta.

- Yo lo que sé es que todo esto, todo lo que es la calle esta, era en la antigüedad un hondilón y todo eso de enfrente era un muro de los moros. Y desde aquí al castillo hay, lo menos, veinte o treinta túneles que van directamente a la Torre Alfonsina. Pues pocas veces que se lo oí decir yo a mi abuela y ella lo sabía de oírsele a la suya y así. Conque échele usted hilo a la cometa. A la abuela de la abuela de mi abuela... No digo nada.

- Pero vamos, que lo que yo digo tampoco es una tontería; que no va a ser verdad que esté encantada en la balsa la reina mora, digo yo. Esperando que llegue quien se coma una granada tirando los granos uno a uno por lo alto y cogiéndolos con la boca. Digo yo que eso será una cosa... un cuento... una historia de los antiguos.

- Mujer, no que no será verdad. Pero siempre lo hemos contado y algunos sé yo que se han ido, la noche de San Juan, a la balsa con la granada. Lo que no es mentira es que dejaron muchos tesoros enterrados que todavía están viniendo por ellos desde allí, desde el África o donde sea. Mi abuelo contaba haber visto a un moro venir que contrató a uno del campo con su burra y lo que haría o lo que no haría, que al del campo lo dejó rico riquísimo y él se fue en el mismo barco que lo trajo por Águilas. Y eso es que lo vio mi propio abuelo.

- Pues los chiquillos de la Antonia, la del Colorado, se metieron en una cueva que tenían en el patio, ahí, pegados a San Patricio, y empezaron a andar y, según, que sacaron una espada de los moros y no sacaron más porque empezaron a oír unos ruidos y se tuvieron que salir que en qué se vieron.

- Pues sí, vosotras haceros cuenta que como estamos sentadas nosotras aquí, estuvieron los moros...

- Pues no dices que esto era un hondilón?

- Mujer, ponlos un poco más arriba si quieres...

Cómo lográbamos escapar alguna vez de aquel patio horrendo no lo sé, pero es cierto que mi hermana Huertas y yo conseguíamos evadirnos burlando la vigilancia estrecha de la Morena.

Tal vez, huimos, monjas arriba, hasta llegar a la iglesia de las mercedarias para ver la fiesta de San Blas, patrono de las gargantas de los niños y no sé si de las de los mayores; fiesta muy sonada en Lorca porque siendo el taumaturgo que he dicho y todos saben, las madres solían llevar a sus hijos a que se les tocara el cuello con la reliquia del santo obispo y también a comprar sartas de rollitos de los cuales parece que dejara la receta el mismísimo Santo.

A un lado del altar mayor ponían las monjas la imagen del buen prelado, hecha por las manos de Salzillo, el gran imaginero, tan famoso en los libros de arte como entre el pueblo llano de esta región. Una talla de menor tamaño que el natural, adornada con oros y policromía que se entraba por los ojos dulcemente. A los pies del santo, una mujer le mostraba a su hijo para que lo sanase; un infante rollizo, rubiales, atragantado por algún huesecito de fruta y ya morado por la asfixia.

La iglesia, pequeña, resplandecía de luces eléctricas y de cera. Las monjas, desde el coro alto, cantaban motetes alusivos a la bondad del festejado. Yo, embobado, miraba y miraba los grandes cuadros de las paredes, las imágenes, los relieves del retablo. A la puerta de la iglesia, la tornera y sacristana vendía velas, estampas y unos cordoncillos con terracotas doradas o borlitas para colgarles a los niños en el cuello y al pecho.

Tal otra vez escapamos hasta las monjas de abajo, las clarisas, a gastar unas pesetas que nos habían dado en figurillas de azúcar que las monjas hacían en forma de santitos, nacimientos y pastorcillos. Todas estas escapadas nos costaban regañinas y azotes más que regulares. Dígalo, si no, aquella vez que fuimos por cuenta propia a ver una larga y solemne procesión que organizaron las mismas clarisas en honor de San Francisco, Santa Clara y Santo Domingo. La Morena, descompuesta, iba buscándonos por "toda Lorca" -como si eso fuese fácil con lo gran ciudad que es-. Cuando nos encontró... ¡ay, cuando nos encontró! Aun me acuerdo cómo íbamos casi arrastrados, calle del Álamo arriba... ¡Qué gritos! Las explicaciones se daban a todos los que las querían oír.

- Tan sucios. Y se han escapado sin que los viéramos, como gitanos. Ya llegaremos y veréis. Y vuestra madre sin saber dónde estábais. Anda, anda. El disgusto de nuestra vida...

Y cosas así. Pues en cuanto a las figurillas de azúcar que dije antes, había que oír. ¡Dios Santo! ¡Cuatro pesetas gastadas en aquellas chucherías! Nos armaron una tremenda. Quería la Morena, a toda costa, ir a devolver nuestra compra. Menos mal que sospecharon que las monjas no querrían tal cosa, ya chupaditas y todo como estaban las figurillas.

Algunas escapadas, las más frecuentes, las hacíamos a la Alberca, lugar tan peligroso por los coches. Pero es que la Alberca era tan atractiva... Allí los herradores poniéndoles a las bestias sus hierros como zapatos. Allí la tienda de avellanas y garbanzos; el estanco con sus pirulíes, chocolates y piolas, y las estanqueras con sus lunares peludos. Detrás del mostrador, allá al fondo, se veía por una puerta de cristales la higuera del patio. Los barberos de todas clases; arrieros; tratantes... Y lo mejor: el maestro aperador, formidable, que hacía en el suelo un círculo ahondado y allí metía tacos encendidos hasta que el fuego formaba un redondel misterioso de llamas. En aquél círculo de fuego ponían una rueda de hierro que luego retiraban al rojo para martillearla duramente, con presteza, varios muchachotes y el maestro

que parecía un personaje importantísimo. Admirable ver trabajar a aquel hombrón alto y fuerte al que no ardían los bigotes con tanto fuego.

Un día vi en la Alberca algo más asombroso que los círculos de fuego: un franchute, como decía la Morena, que pintaba en un cartoncillo. Con mucho cuidado me fui acercando al héroe maravilloso. En su cartón blanquísimo iban apareciendo el cielo, las tejas, aquella chimenea, los balcones, el escudo de piedra de los antiguos mercedarios, la casa del tintorero con todas sus lanas de colores puestas a secar. ¡Dios mío, qué bonito! Pero ¿cómo? Los pinceles iban desde una caja de colores vivísimos al cartón, con ligereza, con exactitud. Junto al pintor, una señora de aspecto raro, con el pelo rojo, fumaba cigarrillos y cigarrillos. Fumaba como las tías de las calles altas pero, no sé, de otra manera.

¡Qué lástima cuando el hombre extraño, acabada su tarea sorprendente, cerró la caja, dobló la silleta y se fue! Me quedó una seguridad firme: aquello era lo que yo quería hacer en el futuro. Si no hacía aquello, sería un infeliz. Y tenía la seguridad de conseguirlo como sabía ciertamente que, en siendo mayor, podría leer de corrido y sabría dividir por muchas cifras.

¡Qué bueno cuando pude contar aquella maravilla a la hija del teniente Bolin mientras jugábamos con unas cartas de cinco céntimos encima de un libraco de los "míos"!

Ya no descansé hasta conseguir una modesta caja de acuarelas con seis colores, pincel y papeles. Mi hermana Alegría me los compró. En los papeles de "barba" intenté hacer lo mismo que el hombre aquél: balcones, escudos, cielos, lanas. Lola, nuestra vecina, que era lista, al verme, reconoció el origen de todo aquello:

- Quieres hacer lo que el inglés que había en la Alberca no hace mucho.
- Sí.
- Es muy difícil. Cuando seas mayor podrás hacerlo. Dentro de unos años deberás ir a la academia de don Paco.

Lo que no podrá sospechar nunca aquel acuarelista inglés es que, por el solo hecho de ponerse a trabajar en la Alberca, en un rincón de España, un niño mirón le habría de recordar ya para siempre.

Mis sueños, además de a la Alberca, iban al castillo y al río, pero cuánto tiempo hasta conseguir esas metas! Mientras, hubimos de contentarnos con escapadas más cortas. Una mañana fue calles arriba, hasta San Juan. Debía de andar cercano un día 2 de Mayo porque tanto mi hermana como yo íbamos armados con sendos sables de madera. Primero llegamos hasta el porche de San Antonio, una puerta medieval de la antigua muralla, oscura, húmeda y sucia. Bajo sus arcos apuntados había una imagen del santo, muchas candelas, flores de trapo y un altar de yeso rústico por base de la modesta capilla. Todo defendido por una balaustrada de madera en la que había un cepilllo ("Limosna para San Antonio"), muchos exvotos y en un marco viejo, dorado, el responsorio que recitaba de memoria Josefa la tonta, la que bailaba el fandango con aquellas faldazas antiguas y se levantaba la ropa por menos de un cuarto.

Desde allí, remontando hacia las calles más altas por la Zapatería, como quien va por un laberinto difícilísimo, dimos en otro porche que era el de San Jorge. Antes, habíamos descubierto algo importante: de una carpintería y carbonería salía el sonido que ya conocíamos nosotros: el clarinete de Martín. Y acercándonos un tanto, vimos al mismísimo Martinico en figura de un feo muchacho que estudiaba su lección. ¡Ay, el cuento de la Morena!

El porche de San Jorge era más pequeño que el de San Antonio, pero acaso más bonito. Tenía azulejos con flores y bichos pintados. Por fin, tras de lo que nos pareció mucho andar, dimos con algo mejor que todo: la torre, redonda como un molino, de San Juan.

- Mira, Huerticas, es San Juan ¡Qué bonito! Esa es la campana que dice, cuando toca, Águeda me llamo, cien quintales peso. ¡Cien quintales, nena!

Era muy difícil andar por aquellas tierras altas, amarillas; por todos aquellos pedruscos. Íbamos rodeando la iglesia como podíamos.

Veíamos desde allí la Ribera con sus árboles oscuros y el río, tan pequeño. El molino de Buena Vista y aún el cuartel nuevo, orgullo de los lorquinos por aquel entonces.

- Detrás de aquellos montes, ¿qué habrá?
- Dice la Morena que Águilas y el mar. ¿Cómo será el mar?
- Salado. La copla dice que viva la mar salada.
- Y azul.

Caía sobre nosotros un sol como de Lorca. En el cielo no había una nube y la luz, al reflejarse en la tierra que parecía de azufre, nos cegaba. Desde allí veíamos la torreta de nuestra casa.

De pronto, aparece un niño de doce a catorce años, mal encarado, rubio, llevando de la mano a otro pequeño.

- Que me deis las espadas esas.
- Son nuestras.
- Que me las deis.

La orden era terminante y la cara de muy pocos amigos. ¿Qué habíamos de hacer? Nos rendimos y entregamos nuestras armas llorando y muy asustados. Quisimos volver y no sabíamos ya cómo encontrar la calle justa. Los lanceros -en Lorca se llama así a estos niños que hacen pillerías- desaparecieron y nosotros andábamos de acá para allá gimiendo como si nos hubiéramos escapado del cuadro de las ánimas. Por fin, una buena mujer nos llevó hasta el porche de San Antonio y de allí a nuestra casa fue nada. Pero ¿podrá creerse?; la Morena no sabía nada de nuestra fuga. Jamás ha sabido nuestra aventura.

No sé por qué fechas viene Santa Lucía, pero el día de la conmemoración del martirio de esta Santa, la Morena nos subió a San Juan, a ver la fiesta. Era celebración muy favorita de las gentes de la huerta que subían a San Juan, las mujeres con sus trajes nuevos, de colores chillones; las mocitas cargadas de collares y acompañadas de los novios que les compraban caramelos y ojos de plata de la mártir.

Salía la procesión con el sol dorado del atardecer que hacía brillar más los oros antiguos y la sangre de Santa Águeda a quien asimismo se festejaba en el día con los pechos cortados en una bandeja. Santa Lucía también llevaba sus ojos en un platillo y ambas la mirada puesta en lo alto, como ofreciendo a Dios su martirio. Sus imágenes sencillas, ingenuas y encantadoras.

Algunos músicos iban al rabo de la procesión y, entre ellos, Martinico el duende, creo que más feo y narigudo que si hubiera sido duende de verdad.

- Morena: ese es Martinico el duende.

- Muchachos, callad que si os oye...!

Las campanas daban volteretas en los ojos de la torre redonda:

"Águeda me llamo

cien quintales peso..."

HABLADURÍA XII

Hablan las mujeres de la calle de la Cava. 1925.

- Esto ya no es la Cava ni Cristo que la fundó. ¿Qué queda de la Cava? Nada. Cava, la que yo conocí en mi juventud y ya decía mi padre que no era la Cava. Con que... fíjate!

- Aquellas procesiones que pasaban por aquí. Si esto era la calle principal. ¿Te acuerdas? Mira: la Gloria con el Padre Eterno, se paraba allí, en el Anchurón, y don Carlos, el pobre, que era de los contrarios, porque era muy azulucho, le sacaba al Padre Eterno una sombrilla para el tiempo que tenía que estar parado ahí mientras se organizaba la procesión. Y en el taller de los Castillo, en el obrador, que lo tenían en la calle del Ibreño, les encendían a los veinticuatro ancianos los incensarios. ¡Uy, el pobre don Joaquín con lo blanco que era! ¿Te acuerdas? Esos, toda la familia blanca y los de enfrente, los Barberanes, azules. Entonces eran procesiones. Se arruinaban muchas familias por las procesiones, ¿es verdad?

- Calla! ¿Te acuerdas el padre de Bibiana, la mujer del sordo, cuando se estrenó la Calle de la Amargura? ¡Mira! Iba de Señor con la cruz el Pijín, del Barranquete, y toda la chusma de judíos gente del Barranquete y ¡Mira! se le ocurrió a uno tirar perras chicas y gordas a la procesión... ¡Uy! Todos los del paso cogiendo perras por el suelo. El Pijín tiró la cruz...!Uy, uy! Entonces, como una fiera, se tiró el padre de la Bibiana en medio de la procesión y sacó una pistola y... por poco no pasa una tragedia. Pero entonces era esto una calle.

- Pero eso del padre de la Bibiana no fue aquí que fue en la Corredera.
- Mujer es que me he acordado al hablar de las procesiones.
- Ese no tenía bien su cabeza. Era un locático.
- Y tan locático. No se le parece la Bibiana, pobretica, que es más buena que el pan. Mira que tirar todo lo que tenían, que era de ellos toda la fila de casas de la Alberca, según dicen. ¡Qué familia! Unos, tísicos; otros, desgraciados; otros, locos; y la casa en el suelo. Ahí se paraba la Gloria de los blancos...

Aquél zapatero de quien me contaba mi madre que él comenzaba los repiques de marrillo para avisar a plateros y comerciantes de toda la Cava la llegada de una boda del campo, lo conocí yo cuando el buen hombre era muy viejo. No vivía ya en la casa del San Liborio, que es por donde comienza la calle para los que, viniendo de la Ribera y de toda aquella parte de caserío diseminado que hay cerca de Buena Vista, el molino harinero, entran en la ciudad.

El tío Pedro y la tía Anica vivían, siendo yo niño, en la casa de su hijo José. Ella, la esposa, hecha una pasita, alguna vez salía, o la sacaban, a tomar el sol en el ancho portalón. El viejecito aún trabajaba en aquel zaguán grande, bajo la mirada de su hijo y de una Santa Apolonia, pintada en lienzo, muy antigua, que tenía sus tenazas de martirio en las manos y presidía el taller. También había allí un dibujo, que a mí me gustaba mucho, retrato del abuelo cuando tenía menos años, casi en la mocedad.

Pedro José era para mí un personaje importantísimo. Le tenía tanta admiración como el frailecillo de la linterna le tendría a San Cristóbal, según se veía en el muro pintado, gigantesco, de la Colegiata. Mi admiración nacía de muchos e importantes hechos de los que contaré alguno. El principal de todos, que Pedro José había visto caer del cielo una centella. Esto se decía por toda la vecindad y yo no tenía por qué dudarle. Una tarde de lunes había ido, como solía, hasta la Media Luna de San Diego, se había sentado a tomar el fresco y había visto cómo al atardecer, ya cerca de la noche, una bola de fuego venía

desde la altura hasta cerca de donde él estaba. El mensaje celeste se hundiría, quizá, en la tierra blanda de un bancal, acaso en una acequia o en la arena del paseo. Pedro José buscó el cuerpo extraño, regalo de los astros, lo encontró y lo trajo a su casa. Toda la Cava repetía esta historia y la Morena me la dijo una y otra vez.

Iba yo muchos ratos a sentarme en el portalón de piedra, junto a las grandes maderas pintadas de amarillo, para ver trabajar a los tres zapateros: el anciano, su hijo Pedro José y Daniel, el hijo de Juan José el Perrero, sobrino, por tanto, de Pedro José y nieto del viejo Pedro. Daniel era un muchacho rebelde, no gozaba de buena fama. Cantaba en los de la Aurora y, de vez en cuando, se veía liado en cualquier asunto difícil. Como digo, me iba a verles trabajar y me encantaba la seguridad con que, de un solo golpe de martillo, clavaban las púas y tachuelas; cómo recortaban las suelas con la cuchilla afiladísima. Los cuernos de vaca llenos de almidón y hasta el olor del cuero me gustaban.

¿Por qué Pedro José no trabajaba afuera, con el padre y el sobrino? No lo sabía yo. Él estaba en un cuartito pequeño, separado del zaguán por una ventana grande, acristalada. Allí, bajo el cuadro de Santa Apolonia, le veíamos desde la calle a través de los vidrios no muy limpios.

Perico, su hijo, un niño de mi edad, era el mejor coleccionista de la calle y cuando él sacaba la caja de hojalata donde encerraba celosamente sus tesoros, había expectación entre todos los niños. Bolas de todos tamaños; trompos, los mejores y más bonitos; colecciones de estampas del chocolate que, todas juntas, cada serie formaba la figura de un astro del cine: Rodolfo Valentino, Charlot, Ramón Novarro. No era fácil completar, como Perico, todo el Ben Hur.

Me gustaba entrar en la casa de Pedro José y aprovechaba cualquier ocasión para hacerlo. En las habitaciones interiores había cuadros grandes pintados, muy oscuros. De aquellos lienzos parecían salir, misteriosamente, unas como luces pálidas y tétricas que dibujaban el

rostro adelgazado de un Cristo o la palidez marfileña de la Virgen de los Dolores. Encima de las camas altas de metal dorado o de hierro pintado de negro, estaban estos cuadros que me gustaba mirar.

Un día, en el anchurón se produjo un hecho importante: de las ruinas de la casa de mi bisabuelo salió un animal que a mí me pareció espantoso; un reptil largo como un portal de los más grandes. Una culebra que puso miedo en toda la calle. Se había enroscado en un poste de cables eléctricos, junto al tapial de las ruinas, y mucha gente acudió a mirarla de lejos y a gritar a cualquier movimiento del animal. Entre los que acudieron estaba Pedro José, con su mandil de lana lleno de pegotes y tinte. Miró un momento al bicho con curiosidad, se acercó más que nadie al poste y envió a su hijo Perico al taller para que le trajese unas tenazas.

Los vecinos cuchicheaban interesados y miraban al reptil y a Pedro José que estaba recostado en el muro con las manos en las caderas esperando el momento. Este fue cuando el pequeño volvió con las tenazas sin atreverse a llevarlas hasta donde su padre estaba. El zapatero fue a recogerlas y luego, tranquilamente, se volvió a la culebra, la cogió con gran limpieza por el cuello y la descabezó como si toda su vida no hubiera hecho otro oficio que aquél. Las tenazas, las manos de Pedro José, la culebra y el poste, la sangre, todo esto forma en mi recuerdo una estampa perfecta e indeleble.

El animal descabezado quedó allí, junto al tapial, objeto de la curiosidad de todos; hasta que unos zagalones lo cogieron con una caña y se lo llevaron como en procesión a exhibirlo por otras calles. Recuerdo el gesto de asco de mi padre cuando vino de su trabajo y vio aquello.

Días después, quién sabe si meses, la Morena me llevó a Pedro José para que me arrancase un diente que se movía. Yo no me dejaba llegar porque me daba miedo, pero si quise o no quise, la Morena me plantó en la zapatería de Pedro José y éste me arrancó el diente. Cuando estaba en pie, atenazándome entre sus piernas y metiéndome los dedos en la boca, recordé de pronto la escena de la culebra y me

aterroricé aún más. Por fin, me enseñó el diente entre sus dedos índice y pulgar. Su mano estaba ensangrentada, pero el color de mi sangre era más encendido que el de aquella otra sangre pálida y repugnante.

Cierta mañana, Pedro José estaba de muy buen humor. Su hijo Perico y yo mirábamos estampas cerca de él y, de pronto, el zapatero se arrancó a cantar, cosa que de vez en cuando hacía por lo bajo. La canción de este día era insólita y me hizo romper a reír. La aprendí y ya no la olvidaré nunca. Vean si es graciosa, ya que no delicada:

Mal dolor te dé que rabies
con campanillas por dentro
que las piedras de la calle
se mueran de sentimiento.

- Os ha gustado ¿eh? -preguntó regocijado-. Pues os la voy a cantar otra vez.

Y la repitió hasta tres o cuatro veces acompañándola de gestos cómicos para hacernos reír. Al final, con un grito "feroche", nos espantó:

- ¡Se acabó, gandules! ¡Hala!

Los zapateros descansaban los lunes. Al menos los de mi calle. En la tarde, pues, de esos días, Pedro José poníase ropa limpia, botas lustradas, una blusa de color avellana y sombrero o gorra, según le placía. Agarraba un bastoncillo y allá se iba, por las escalinatas, el paso ligero, solo, camino del canal de San Diego a dar un paseo, a sentarse allí, bajo los árboles a mirar el castillo, el barrio, el agua, los banales con sus lechugas y el tren que pasa. A charlar, quizá, con viejos amigos. Volvía ya de noche y jamás faltaba a su cita de los lunes con los álamos del canal. Quizá iba a esperar otra centella.

Un día impreciso, al volver del colegio, nos encontramos los niños con la noticia: la tía Ana, la abuelica, había muerto. Nos quedamos ante las puertas entornadas de la casa y Perico nos contó cómo su abuela, antes de morir, había visto algo maravilloso: la Virgen de la Cabeza, que estaba en su capilla de Santiago, había venido hasta los mismísimos pies de su cama. Nos estremecemos y a la tarde, después

del entierro, fuimos todos a ver la imagen en su capilla. La abuela había muerto como una santita, ayudada de la compañía de aquella graciosa imagen de ojos mayestáticos, fijos en la lejanía, de la que siempre fue muy devota. Al siguiente lunes, Pedro José volvió a su paseo, enlutado, deprimido, como siempre.

Vistieron de luto también Juan José el Perrero, Daniel y a aquellas hermanas tuyas feas, llenas de pecas y tan escandalosas que eran la vergüenza de la familia. Una de ellas bajaba desde su casa de frente al porche, alguna vez, cantando:

En el culo tengo una rosa.
Cuando me la tocan
se me deshoja.

Y se daba, la desvergonzada, porrazos con la mano abierta en el mismísimo lugar a que aludía la canción.

- Mírala la sinvergonzona -decía la buena esposa de Pedro José. Bochorno me da verla. No sé cómo es nieta de mis suegros y sobrina de Pedro José, mi marido, que es la decencia en hombre.

Y la otra, vuelta a su canción, saltos y porrazos.

También vistió de luto la hermana de Pedro José, María la Guapa, mujer del señor Lorente, el hombrecillo del batín guardapolvo de color amarillo, comerciante de la plaza de abastos. El apodo de la Guapa no era, ni mucho menos, burlesco, sino fruto de la admiración de todos. Ahí era nada María, alta, gruesa, el pelo rizado y recogido en un moño monumental; la cara como una estatua de matrona romana antigua. Y aquella voz para elogiar, en la plaza, sus garbanzos, su arroz y todo cuanto vendía. Contaré algo más de esta imponente hembra.

Por ahora digamos adiós a toda esta familia, o mejor, hasta pronto pues, seguramente, la volveremos a encontrar en esta historia si es que yo sigo escribiendo y ustedes, en el caso de escribir yo, continúan leyendo.

HABLADURÍA XIII

En el barrio de San José se comenta, en un corrillo, a la puerta de un sastre.

- Que el maestro Pérez Casas es de Lorca, no lo saben ni los de Lorca. Anda: pregúntale a cualquiera quién es el maestro Pérez Casas y verás lo que te contesta. Y lo conocen en toda Europa, menos en su tierra. Y claro, como los de Murcia no dicen nunca dónde nació... Nada más que nació en la provincia. Siempre han sido lo mismo con nosotros.

- Y es del barrio de San José.

- De esta calle misma. Yo he jugado con él. Nos hacía pitos de caña y nos sentaba en un banco que había ahí, largo, de cuando las diligencias. Nos hacía aprender músicas que él se inventaba y todos los chiquillos, dirigidos por él, a tocar piezas, venga a tocar. Esa era su manía: la música.

- Si los chiquillos se ve, desde que son pequeños, lo que van a ser.

- Eso no: porque todos jugamos a los toros también y, vamos, no me dirás... A aquél es que se lo había dado Dios y ahí lo tienes. Mira, en cambio, su hermano. El tonto de las culás. No te digo más y tú te acordarás, que cuando vino el maestro Pérez Casas a San Patricio con aquella orquesta y tanta gente para cantar, que fue una cosa célebre, pues a su hermano me lo encerraron para que no le diera el espectáculo. Como venían con él personajes... Y él no creas que preguntó por su hermanico, que ni preguntó. Hizo bien, si él lo creyó que así estaba bien.

- Y luego le mandó un regalo desde Madrid para su hermanica y para él y, como son tan beatos, les mandó un Cristo de Limpias y se lo robaron en el camino y llegó aquí un pedrusco dentro de la caja. Eso dicen. Dinero también les manda.

- Y es verdad lo del pedrusco, que vi yo la caja y fueron a reclamar. Pero vaya usted a la autoridad...

- Pues el maestro Casas no ha venido a Lorca muchas veces.

- Esa nada más. Para lo que hicieron por él...

Aún no ha despertado un niño al mundo de los razonamientos cuando todos los que le rodean se dan a la adivinanza o previsión de su porvenir. Esto puede ser loable y no está de más. Lo malo es la gran diversidad de caminos propuestos al niño, quizá demasiado tempranamente. Por lo regular suelen ser tantos como personas le tratan o tienen algo que ver con él. Aun no tratándole, con sólo echarle la vista encima a un niño, aunque sea por primera vez, cualquiera se cree autorizado a dictaminar sobre su porvenir y facultades más seguras.

Voy a prescindir de la multitud de opiniones que, como todos y cada uno, he recogido de los demás a lo largo de mi vida. Pero sí quiero traer a la memoria aunque sólo sea unos ejemplos de perspicacia de los mayorcitos más cercanos a mí en aquel tiempo. No pretendo que las ideas fueran disparatadas (algunas, claro), o que no casaran con mi modo de ser, no. Digo que cómo se pueden producir tan dispares o lejanas entre sí.

Veamos: músico. ¿A quién se le ocurrió que yo podía ser un gran músico? O un pequeño músico. ¿A quién? Pues ustedes me verán de aquí a unos capítulos midiendo tiempos y haciendo calderones con toda la seriedad del mundo. Supongo que se le ocurrió a mi madre esto de la música.

Sacerdote. Esto a mi madre, seguro. Que un niño sea sacerdote no sólo no es malo, sino que es buenísimo. Aclararé una cosa: entonces todos decíamos cura y lo de sacerdote quedaba para los periódicos ilustrados y no anticlericales y para los predicadores. Y cura está muy bien dicho porque el nombre lo inventaron quienes tenían más fe que

nosotros, los antiguos, y quiere expresar que el que lo lleva está al cuidado de almas, que es cura de almas. Curar y cuidar todo es lo mismo. Decir cura entre nosotros, entre el pueblo, es ver al cura de cuerpo entero, mientras que si decimos sacerdote, resulta espirituado y distante; casi, casi judío. Un cura es un cura y mi madre lo que quería, digo yo, es que su hijo fuese tal cosa y en saliendo de ahí, obispo.

Veán ustedes con cuidado y, si quieren, digan en voz alta: "- Tiene un nene estudiando para cura." "- Tiene un hijo cura." "- ¿Y tu hijo el cura?" "- Ha venido don Manuel, el cura, el hijo de Bibiana." "- Don Manuel es muy buen cura." "- Vaya con el curica!" ¿Ven qué naturalidad? Pongan la palabra sacerdote que tanto gusta o acaba por gustar a tantos y verán cómo ya no estamos hablando nosotros.

Casi todas las madres son madres de cura y todos hemos sido vestidos con una sotanita por la imaginación de nuestras madres. Yo tengo dos fotografías vestido de cura. No de monaguillo: de cura. La verdad es que daba el tipo, hay que reconocerlo. Y cuando una persona da el tipo de cura y luego no lo es, defrauda ásperamente a los demás que le ven fuera de lugar.

Mi madre solía sentarse al borde de mi cama y al dormirme, o también al despertarme, o mientras me lavaba, se entretenía en pintarme con vivos colores mi porvenir eclesiástico. O el suyo, quizá. Ella se veía madre de cura, sentada en una mecedora y respetada, casi venerada, por todos. "- ¡Ay, la madre del cura, qué buena es! Usaría un vestido negro bordado de canutillo, con manteleta, y a sus pies habría cierto calentador que ella sabía. El pelo blanco se recogería en un cuidado moño atrás de la cabeza y no arriba. Don Manuel predicaría y la gente le vendría con el cuento: "- Qué bien predica su hijo, Doña Bibiana!" Y ella no cabría en su pellejo de la satisfacción.

Mi amigo Juanico, el de la calle de los Tintes, también iba para cura. Y aquel sí que daba el tipo. ¡Dios mío, qué cura tan acabado! Ni sé cómo puede ser oficial -quién sabe si ya director- de un banco. Seguro que le preguntarán: "- Usted ¿no estaba de párroco en X?"

Segurísimo. Porque ese tenía que haber sido cura y nada más que cura. ¡Qué sermones echaba desde la escalera de mi patio! Mi madre y mis primas se escondían en el cuarto de costura para oírle. "Queridos hermanos en el Señor..." Ahora, a los clientes del banco les dirá: "Carísimos...", estoy bien seguro. Tenía tal cara... Por ahí sí que iban bien los tiros. Ya sería canónigo. Morenito, carirredondo, chatillo. Ya sé que todos los curas no son así, ni mucho menos, pero vaya usted con cuentos a la gente que cuando ve una cara determinada dice: "Ese tiene cara de curica."

Y ahora vean ustedes: también tuve un voto para sádico matricida. Una vez que no me dejaba lavar, defendiéndome de mi madre a manos y pies, con una rabieta tremenda, vino a estar delante la tía Teresa, la viuda del platero Castillo. Y pronunció su sentencia como un pesado y oscuro mármol: "- Este te pegará." ¡Ay, Señor, y cuántas veces salió a relucir la maldita predicción! En adelante, mi madre, siempre que tenía la más ligera dificultad conmigo, sacaba del corazón la profecía: "-No, si ya me lo dijeron una vez: Este te pegará..." Así hasta llegar a crearme lo que corrientemente, hoy, se dice un complejo.

Tenorio. Ustedes verán más adelante cómo para Tenorio tuve algún voto que otro. Ahora quiero ir a cosas más importantes.

Ladrón: visto bueno para ladrón. Sí, no se asombren; un niño con bastantes votos para cura puede obtener, también, unos cuantos para ladrón, que así es la vida y la gente es así. Y estos votos los conseguí robando cosas. Robando herraduras para bestias, robando dulces... Verán: en la Alberca había dos o tres herradores, alguno de ellos con la categoría de albéitar. Por ante la puerta del taller de estos honrados hombres había esparcidas herraduras viejas de las que quitaban a los animales que les llevan para ponerles otras nuevas. Yo veía trabajar a estos herradores y me gustaba su trabajo. Admiraba también la paciencia de los burros cuando un muchacho les ataba las patas delanteras o las de atrás y cogiéndole otra de las libres se la doblaba y arremetía con unas tenazas a quitar clavos enormes a mi parecer. Luego ponía un hierro nuevo y allí era el clavar y clavar sin que el

animal protestase. Yo creía buenamente que un clavo de aquellos podía llegar al corazón del animal con cierta facilidad. También me asustaba un tanto viendo curar mataduras de forma bien cruel. Pasaba, en fin, largos ratos aprendiendo aquel oficio como quien no sabe por qué caminos le ha de llevar la suerte.

Un día, cuando el herrador dio fin a su faena, yo recogí tranquilamente cinco o seis herraduras viejas y me dispuse a llevármelas. De buenísima fe creía que para nada servían ya. Por allí las veía esparcidas a diario... El herrador había entrado en su taller y una gran cortina de arpillera recosida y sucia no me dejaba verle. Él sí que me veía a mí; así que, en terminando yo de limpiarle la puerta de aquellos hierrajos, salió tras de mí, me cogió por el pescuezo y me hizo dejar el tesoro en el mismo lugar donde lo había cogido. Ahora yo les aseguro que mi intención no fue mala ni buena. Que en cogiendo mis herraduras no emprendí una carrera como quien ha robado sino que, andandito, me fui callejón arriba. Que lo único que me hizo notar que podía parecer un ladronzuelo fue la manaza del herrador en mi cuello y no sé si alguna dura advertencia de aquél honrado hombre acerca de mi triste porvenir si continuaba el camino emprendido.

Lo de los dulces fue así: una prima de mi madre, hija de la tía Teresa y del tío Joaquín, se había casado, casi al tiempo que mi madre, con un buen hombre comerciante de pieles curtidas y útiles de zapatería. Este hombre tenía un carácter fuerte, tanto que hasta hacerme yo un hombre no comprendí que tenía un corazón bueno y que sólo al exterior era violento y duro.

Iba yo mucho a la casa de este matrimonio y jugaba con un hijo que tenían de mi misma edad, Diego. En las falsas o desvanes, Diego tenía un hermoso caballo de cartón casi de tamaño natural, obra maestra, sin duda, de la caballería cartonil. Además, en una salita, había libros con reproducciones bellísimas de pinturas en color y oro, que de vez en vez podíamos mirar. En la habitación de "la Vieja" -una tía de Lumeras que iba y venía por toda la casa sin apenas hablar-, en aquella habitación, un Niño antiguo, con sus corderillos, encantador.

Cuando yo me iba a esta casa invitado a comer, había "pellas" traídas de las monjas de "abajo", que eran unos dulces blancos talmente de forma como los pechos cortados que la Santa Águeda, de la iglesia de San Juan, llevaba en un plato.

En los días próximos a la Navidad, la calle del Álamo se llenaba de puestos de vendedores de turrone, dulces, almendras, alfajores, castañas... También acudían allí las paveras, con sus manadas negras y rojas jululeantes y recoberos con grandes montones de huevos ante sí. La calle se atestaba, como digo, de vendedores y compradores, de gritos, de cajas y jaulas, de panderos y colorines, de sol y de toldos blancos listados de azul.

Mi primo Diego y yo íbamos al mercado este, tan cercano a su casa y a la tienda de su padre. No sé cómo fue el ocurrírsenos -o quizá ocurrírseme- el robar, entre el bullicio, unos alfajores en el puesto de una mujer. Como mi cabeza es bastante ligera, agarré con ellos y los dos chiquillos escapamos con varios de estos dulces liados en papelines amarillos, verdes y rojos. Allí fue ella.

- Fulana, ¡que te roban!

- ¡Ay, los críos! ¡Nene, ladrón!

Nosotros llegamos a la tienda de Lumeras sofocados y perdidos de los ojos de las robadas. Pero el padre de mi primo estaba allí para adivinar lo que habíamos hecho. Y claro que, con culpa entera o mediada, el ladrón fui yo que llevaba los dulces agarrados. Fuera quien fuere el inventor de la cosa, que no hace al caso ni lo recuerdo, a devolver los dulces fui yo cogido de la mano del honrado comerciante.

¡Qué sermón! ¡Qué amenazas! Y las profecías al canto. Por cierto, que lo que más les indignaba era mi carita de bueno. ¡Pero si me habían visto vestido de curita!

- No, si éstos engañan. Parecen una cosa y luego, mira.

Y tenían buena razón. Porque luego... La verdad es que no salgo todos los días, de mala manera, a traer la plaza a mi casa. Pero, ¿quién sabe si de no haber escuchado las consideraciones de Lumeras, que

no recuerdo en absoluto, yo no andaría hoy robando comestibles por esas tiendas?

Quizá los más acertados fueron algunos que, mirándome la cara pasmada, sin querer ni tener con qué responder a sus estupideces, acababan gritándome:

- Pero ¿es que vas a ser tonto?

HABLADURÍA XIV

Cualquier fecha, desde un siglo para acá.

En cualquier calle de Lorca, hablan gentes que no son de la calle de la Cava y hablan de este modo:

- Buena calle la de la Cava para pasar por ella. Buena, buena. Aunque me dieran dinero no paso yo por allí. Les temo como a una vara verde.

- Razón que tienes de sobra. Si es de noche en verano, empiezas por el arco a encontrarte gente sentada a las puertas. Te ven llegar y callan. Te miran de alto a bajo y cuando has pasado comienzan un cuchicheo y unas risitas... ya, ya. Y eso un portal con otro. Aquellas Florencianas, que tienen la piel del demonio. Y las Motas. Y la doña Paca la del Romanones. Pues agárrate a las Soleras de la sombrerería.

- Oye: que entra una persona en la calle y no sabe si saludar o no, ni a dónde mirar y va una dando traspiés. ¿Yoooo? ¿En la Cava? Aunque se fuera al cielo por allí.

- Pues quítate de noche y ponte de día. Visillos que se descorren. Criadas que se te plantan delante a mirarte como si tuvieras monos. Las Montejanas que te miran desde sus cristales. Los críos que te gritan. Vamos, que tienen educación los nenitos de la Cava.

- Y que no te pongan una piola, aquellos lanceros, como le pusieron a la pobre Reala que se dio un susto que le costó una enfermedad. ¡Y que una vez que te metes en lo peor de la calle,

tienes por dónde escaparte hasta que llegas a las escalinatas! Calle del demonio emplumado. Por no faltarle, hasta la Prevención la han puesto allí, para que esté la calle más bonita.

- Pues no se le nota que esté la Prevención, cuando hacen esas cosas.

- A ver: no le vas a decir a un guardia que se han reído de ti. ¡Para que se ría también el guardia!

- Mujer pero las piolas...

- Eso fue una vez. Y a ver quién sabe qué zagal ha sido. Ve tú a preguntar. No: si la Cava ha tenido fama de siempre.

No sé por qué tengo la idea firme de que nada ha de haber en mi modesta narración más interesante que todo aquello que sea concerniente a la Cava y sus personajes. Como, además, nada hay que me guste tanto como recordar y escribir de ellos mismos, creo que no debo hacer cosa alguna en contra de esta inclinación. Así me place desandar un poco y dedicar un nuevo rato a mi Calle, con el debido permiso de mis hipotéticos lectores.

Veamos: yo salgo de mi casa al Anchurón y me pongo de cara a la hornacina del San Liborio bendito y mal iluminado, sin acercarme mucho puesto que es nidal de salamanquesas -recodar siempre esto- y a respetable distancia del muro donde apareció el bicho de hace uno o dos capítulos. Tengamos en cuenta que soy un niño un tanto acobardado. Doy la espalda a don Genaro Cáceres Plá, hermano del Gentilhombre, tío de mi madre y feriante popularísimo, chistoso y bien acomodado. Frente al tío Genaro y bien cerca ya del porche de San Antonio, vive la señora Nicolasa, costurera modesta y acreditada. Cuando se entra en su casa, sobre todo en invierno, se nota el calor de las planchas encendidas y el fuerte olor de los carbones. Es gruesa, socárrona y vieja. Su hija y su nieta llevan asimismo el nombre de Nicolasa. Usa casi siempre una toquilla cruzada al pecho y por todo lo extenso de su ropa negra, hilajos blancos que, hora a hora, le va dejando el oficio. Trata de educarnos a todos y a mí me tiene cierta antipatía desde que me vio dar un mordisco a mi hermana.

No doy la espalda a estos buenos vecinos sino por la necesidad de mirar hacia la Cava. Ellos son vecinos de la calle de Gigante y aunque es muy cierto que el tío Genaro jamás me regaló un juguete de sus ferias y la señora Nicolasa no me ve con buenos ojos, yo no les guardo rencor alguno. En los días del verano y en los del invierno, si hace bueno, Nicolasa saca sus sillas bajas a la puerta y cose, ayudada de sus hijas y parientas, haciendo su dominio de todo el anchurón. Gusta de parar a todo el que pasa por allí y todo el que pasa quiere detenerse con ella a charlar, menos Pedro José, que los lunes tiene prisa por llegar a su San Diego y los demás días no pasa.

Nicolasa es amiga de los tontos deambulantes y allí se entretiene en escuchar los cuentos de la Emperatriz Eugenia; ríe con Josefica la refajona, que le baila la jota chasqueando los dedos y canturreando; y Joaquinito, el tonto afeminado de junto a San Juan, se sienta en una piedra de la acera y le cuenta sus visiones. También, y cómo no, Pascual "el de las Monjas", que le recita el santoral. Pero, en fin, para estar vuelto de espaldas ya es mucho ver. Diré que Nicolasa y la Morena son íntimas y fieles amigas y pasamos a otra cosa.

En la casa del San Liborio vive la señora Patrocinio, aunque la verdad es que está poco tiempo allí. Se la ve casi siempre en el taller de su hija Ramonica, la modista, y la casona permanece cerrada. A continuación está la casa de los Castillos que viven recordando buenos tiempos: mi tía Teresa, su hijo Joaquín y mis primas Juana, Teresa, Concha y Carmen; las demás se han casado ya. La tía Teresa es gruesa y rubia, imaginativa y habladora, poco inteligente y bondadosa. Su casa está empapelada, por las habitaciones altas y desvanes, con pliegos enteros de La Lidia y retratos de antiguos caudillos liberales de cuando las guerras carlistas. También hay por allí unas máquinas extrañas de platería: laminadoras y cosas así; arcas y sandalias de cuando a la Juana le dio por ser monja... Esta Juana está medio loca o loca entera; su manía principal consiste en llenar todos los recipientes de la casa con agua de la fuente del Ibreño. Se levanta de madrugada y trae cántaros y cántaros. Yo la imaginaba, fantasmal y oscura, llenando sus barros

en aquella fuente de mármol, parecida, como casi todas las fuentes de Lorca, a un monumento funerario, con altos árboles y jardinería arruinada alrededor. Juana llena a rebosar todos los cacharros de la casa; después, cuando su madre quiere alcanzar un puchero, se le viene encima el tesoro líquido y la pobre vieja llora con desconsuelo y rabia.

Joaquín es violento, fuerte y moreno. Su cabello es muy rizado, como el de su madre; tiene un carácter cambiable y terrible. De pronto, coge a la vieja por detrás y la levanta en vilo al tiempo que le da un mordisquillo en el cuello mientras la sorprendida protesta sin soltar el cuchillo con que parte el tomate y la lechuga de la ensalada; también, a veces, mientras aguarda la comida, sentado a la mesa, dobla y retuerce nerviosamente los tenedores de plata. Yo le tengo miedo aunque la tía me tranquiliza:

- ¡Tonto!; es muy bueno, ¡tonto! Tu primo es muy bueno.

Como yo recorro la casa a mi gusto, a veces encuentro a Teresa, la hija, a medio vestir, acariciándose los brazos y el cuello ante un gran espejo. Esto me asombra y me conturba. Por el verano, los niños nos bañamos en el antiguo obrador, en el sótano, en una bañera grande, de zinc, con calentadores de carbón. Lllaman mucho mi atención en esta casa las siguientes cosas: un cocio de poner la ropa en lejía, de barro cocido, enorme, que está en el patio; los Amantes de Teruel y la Conversión de Recaredo, amén de un caballero antiguo que conquista a una villana, cuadros que cuelgan en el cuarto bajo y pasillos; las láminas de toros que ya dije; una Purísima pequeña encerrada en un fanal y rodeada de flores de cera; y el gachó del arpa, pintado en una tablita y con grueso marco dorado. También, los cartelones de cine que cubren la boca de la hornilla y que suele traer Pepe, el novio de Concha, que es cartero y por las noches vende las entradas del Actualidades.

Saltando de una a otra acera, como en juego de niños, tenemos una casa contigua a la mía, destartalada y vieja, que suele habitarse por militares de poca graduación que duran casi nada en ella. Ahora,

cuando yo visto de marinero y estoy a punto de salir del colegio de monjas para ir a otro de niños solamente, ahora, que contaré con cinco o seis añitos, en esta casa vive el corpulento teniente Toro, el de la temible correa que gasta frecuentemente en sus hijos Juanito y Agustín.

Sigue una casa caprichosa y de buen aire, estrecha y alta a la que se llama "de las Carramata"; casa cerrada, misteriosa, cuidada, como si toda ella estuviese compuesta de cuartos bajos. Anita y Lola, las señoritas de esta casa, hijas del elegante señor Tornel que usa zapatos embotinados, son listas y guapas, según me parece a mí; me cuentan las cosas más bonitas y quieren enseñarme el modo de vencer al miedo. Lola dibuja muy bien unas casitas con verja.

Aquí, doña Constanza, con aureola de colonias, talcos y medallones para sus niños morenos Antoñito y Antoñita. Allí, la "Chirina"; es una mujer oscura, consumida e histérica. Cierra su puerta contra todo; asoma al balcón en medio filo. Sale muy de vez en vez y luego de observar qué gente anda por la calle; no quiere tropezar ni hablar con nadie; teme a los contagios, a los microbios, a todo. Es viuda desde mucho tiempo. Pues... desde unos años antes que naciera su último hijo. Cuando niño yo no pensaba en estas cosas, pero ahora sí pienso que, necesariamente, alguna vez la abandonarían sus escrúpulos. A su difunto le guardó, eso sí, el aire constante de catafalco y jamás salía sin que un velo negro cumplidísimo la cubriera de tal forma, desde arriba a abajo, que yo apenas si recuerdo de ella más que los zapatos muy entaconados y su andar ligero y cuidadoso como de quien teme pisar nidos de escorpiones. Ante los niños era como un bulto nervioso y huidizo, tal los temía.

En esta otra casa viven don Juan y doña Adela, recién venidos de Totana. Hay gran patio donde jugar con los hijos Pepe y Ángel. El primero hace violines, canta acompañado al piano por su madre y toda la Cava sabe que es hijo modelo. Los solos en la iglesia, cuando las novenas de la Purísima, se le confían. Y él se enamora de todas las niñas de la calle.

El taller de Ramona, la hija de la señora Patrocinio, está adornado con estampas de niñas cogiendo flores. Yo paso muchos ratos sentado en la acera de enfrente, mirando a Ramona. Cuando, más adelante, oigo decir que se casa y se va a vivir al barrio, me da por entristecerme y odiar al novio. Después morirá, apenas pasado un año de su boda. ¿O no? ¿Inventé yo esto de su muerte o lo soñé? No sé. Ahora, frente al taller de Ramona, el viudo señor Pernías y su hija Lola, con novio a la ventana en los atardeceres. Y al lado, una casona de la que no recuerdo sino el cubo de agua sucia que me cayó encima est ando mirando a Ramonica un día que iba yo muy acicalado. Era una casa amarilla, con balcones grandes. Debajo de estos balcones Pedro José, el zapatero, llenando el centro de la Cava con su gran personalidad. Y los Lauret. Gloria Lauret, guapa y morena con sus hermanas grises. Enfrente, las Montejanas, vestidas como Josefica la tonta pero con aseo. Moños en alto. Rodeadas siempre de artilugios para devanar hilos y lanas. Máquinas de tejer, esteras de esparto. Un aire antiguo, isabelino, en todo aquel bajo artesano. Tienen una sobrina guapa y gruesa a la que todos llaman la Nena, que se va a casar con un muchacho que fue vendedor ambulante y que se enriqueció bastante con las telas dadas a pequeños y largos plazos. Un futuro matrimonio muy saludable y de corpulencia.

La casa de la tía Pepa, la del Romanones, ya descrita. La del teniente Álamo: sus hijos tienen un coche grande, de madera y latón, pintado de rojo. Estamos en lo más importante de la calle. Para mí los personajes casi acaban aquí, porque en adelante me parece que la gente se estira y vive distanciada. Quizá sea sólo una falsa impresión mía. Por ejemplo: esta señora que tiene en su balcón un letrero espejado donde se lee "Doña María Pastor, profesora en partos", esta señora, si me encuentra en la calle no me dice Manolico ni me llama ni me acaricia. Es de la segunda Cava. No digamos la señora de Foulquié, doña Mariana, hermana de doña Constanza. Tiene una hija muy linda que no juega con los niños, que mira a través de los cristales de su ventana y se esconde.

Aquí los Jódar y, como la casa es grande, también los Teruel. Allí, doña Virtudes Mazzuchelli, con peluca, viuda, intratable, eterna correctora de toda la Cava, desafiante. Mira desde lo alto despreciativamente a tanta gentuza que dice "míaque" y que no sabe hablar ni comportarse. Vive sola. Sus antepasados vinieron a España cuando don Carlos Tercero (que todo se sabe) y ella parece añorar no se sabe qué grandezas italianas ancestrales.

Después, la casa que ha comprado la Guapa, María, madre de Perico, Manolo y Dios sabe cuántas niñas. Esta casa la están adecentando para venirse a vivir a ella desde el caserón del Ibreño, que huele a cacao y a cebollas de las matanzas de cerdos. La Guapa dirige a los albañiles y el señor Lorente paga.

La Prevención, con sus guardias a la puerta. Las Cerezo, las monjas, el maestro tornero, la pared frontera llena de jaulas de colorines y canarios, el taller del tío Enrique; las Florencianas y los Solera, sombrereros. Termina la Cava en la luz brillante, dorada, tras el arco de la Plaza de la Constitución.

Poco trecho: apenas doscientos o trescientos metros, acaso menos. Sin embargo, la calle no es la misma desde que comienza hasta que acaba. Los Mata, los Solera, los Lillo, todos cuantos viven cerca del arco de la Colegiata parecen ser de otro barrio. La prueba es que cuando por Santiago en la calle se hacen verbenas y fiestas, todas estas familias no participan en absoluto. Además, los de la Cava baja, digámoslo así, motejan un tanto ridículamente a los otros y estos, a su vez, sienten cierto desprecio por los motejadores. La Cava, para mí, remata en el taller del Romanotes y, si me apuran, en la casa de María la Guapa. Puestos a constreñir, en el taller de zapatería de Pedro José. Primera, segunda, tercera Cava.

HABLADURÍA XV

Nicolasa y otras mujeres hablan en el anchurón de la Cava. 1927.

- Es lo nunca visto, el non plus ultra de los circos. Anteayer, nada en el ramblar; hoy, un pueblo entero.

- Si nada más ponerse en la Alberca con una silla y mirar, vale dinero. ¡Señor, qué caravanas de vagones con todo lo habido y por haber! A Murcia, con ser Murcia, no va este circo y a Lorca sí viene.

- Como que todos los pueblos, aunque sean capitales, no tienen las anchuras que tenemos aquí. Todo esto es dinero que entra en Lorca.

- Si no nos trae algo malo... Porque dicen que todos los que vienen son espías que se llevan nota de lo que ven.

- Ya ves tú la nota que se pueden llevar de aquí. Eso es tontería. Son personas que se ganan la vida así. Como que la policía es tonta. El mejor circo del mundo. Dicen que da gloria ver las cocinas... Llevan su imprenta y su periódico que lo hacen todos los días... ¡Yo qué sé! La gente va que parece una procesión por esas alamedas; un ir y venir que no para.

- Esta mañana ha subido por aquí un grupo de franchutas, que serán de las del alambre o yo qué sé. No había quien las entendiera, pero hemos sacado en limpio que buscaban habitación. Como les hemos dicho que por el porche de San Antonio para arriba encontrarían, han hecho un gesto raro y se han vuelto.

- A lo que están acostumbradas ellas, mira tú si les iba a gustar subir por esas piedras sueltas que están las calles para estrellarse. ¡Ya tiene que estar buena Lorca para que suban hasta aquí!
- Quien ha querido alquilar habitaciones, las tiene llenas de gente del circo. ¡Como son tantos! Está Lorca así de apretada.
- Y cuenta los que vendrán a ver el circo, que esos, aunque no estén mucho tiempo, algún dinero dejarán.
- Falta hace. Si esta Lorca tuviera agua...
- No habría venido el circo. En medio del ramblar está... Que según han dicho que si de pronto hay una crecida del río que no se preocupen, que ellos quitan el circo en dos horas.

Supongamos que este anterior recorrido de la Cava lo hemos hecho el mismo día que mi madre decidió sacarme del colegio de las mercedarias y, emperejilándose y emperejilándome, dio conmigo, llevándome de la mano, en el Colegio de la Purísima, al final de la Cava, o al principio -donde las Florencianas y las Solera-, y subiendo por unas escalinatas empinadísimas llegamos hasta un complicado laberinto de salones oscuros. Había en todo el caserón una algarabía grande de gritos infantiles y allí, en una sala con altos balcones grises, estaba dormitando un viejecillo de escasa barba blanca al que no estorbaban para su ensayo de muerte todos los escándalos del mundo.

El aspecto de aquella sala era imponente, como no construida para menesteres de párvulos sino para tránsito de escolares adultos, estudiantes de latines y teologías, becados con larga sotana negra. Para seminario fue levantado este edificio anejo a la Colegiata allá por los años del padre Morote, historiador de Lorca, y el obispo Rubín, esto es, por los del setecientos. La desamortización dejó vacías estas aulas que después fueron utilizadas para acuartelamiento de tropas, escuelas, instituto de segunda enseñanza, liceo y quién sabe en lo que pararán.

El Ayuntamiento de la ciudad en una de sus limpiezas desenfadadas, envió a la Purísima seis o siete cuadrazos pintados en lienzo con las más gloriosas batallas ganadas por los lorquinos a lo

largo de su historia. Allí, en el salón de párvulos, estaban las agitadas efigies de los aguerridos antiguos ganando gloria contra moros no sin la ayuda de celestes apariciones. Allí se renegrían y agrietaban las victorias pasadas dentro de sus marcos de oro sucio y resquebrajado.

Don Manuel Cerezo dormitaba bajo el acto de entrega de las llaves de la ciudad, por un adornado rey moro, a don Alfonso el de las Partidas. A la llegada de mi madre y mía, todos los niños se auparon en un griterío ensordecedor de "buenas tardes, ¿cómo lo pasa usted?" Don Manuel levantó la cabeza, cansadamente, sin destocarse un casquete de terciopelo negro, ribeteado y sucio. En el momento se concertó mi admisión a la escuela y, luego de algunos cumplidos, otra vez el alboroto de los niños con su "Usted lo pase bien" y otra vez las empinadas escaleras que dan al patio extenso de la Cava.

A otro día, pertrechado de pluma, libreta y demás, Manolo Muñoz se presentaba ante la alta autoridad docente de don Manuel. Como todos los maestros de párvulos de entonces y aun los de ahora, don Manuel delegaba su autoridad en un grandullón que, armado de una palmeta, iba de un lado a otro tomando lecciones y moderando alborotos. En esta escuela, el grandullón era Ceferino, un muchachito de cara avispada.

Yo estaba allí aturdido, quizá atemorizado por los nuevos compañeros, muy distintos de los que tenía en las monjas y venidos de muy diversos lugares. Ceferino vivía saliendo ya a las afueras de la ciudad; Perán en las mismísimas Huertas, cerca del santuario; el Patete allá en la Ribera. Éste, carirredondo, llevaba en la cartera una salamanquesa disecada.

Mediada la mañana, mi vista había recorrido cuidadosamente todas las batallas antiguas y quizá a causa de esta asistencia espiritual a tantos hechos guerreros formidables, noté cierta desazón que, contenida durante largo rato, me hizo prorrumpir en llanto amargo. Don Manuel alzó un poco la cabeza y, mirando a Ceferino, le pregunta señalándome:

- ¿Qué le pasa a ese?
- ¿Qué te pasa?- me preguntó Ceferino.
- Quiero mear.
- Quiere mear, don Manuel,
- Bájalo.

Ceferino me bajó por el laberinto oscuro y me señaló el lugar justo que ustedes, lectores míos, pueden visitar, si van en grupo turístico, no sé si algo reformado ya. Recuerdo al muchacho esperándome a respetable distancia, los brazos cruzados y con la cara de impaciencia del que ha sacado al perro para que evacue sus necesidades. Llevaba calcetas hasta arriba, de hilo negro, y una bufanda de lana de colores.

Debí sentar fama de persona buena y obediente, digna de la confianza de todos, porque me recuerdo protegido de Ceferino y aun designado para empresas de cierta importancia. Dígalo, si no, la comisión que se nos dio sólo a algunos, capitaneados por Ceferino, de ir a recoger los nuevos retratos de Su Majestad don Alfonso, que presidían las aulas. Fuimos todos, los cinco o seis muchachos, orgullosísimos, a la casa del cristalero donde se nos hizo entrega de los flamantes cuadros. Y recuerdo cómo hicimos un descanso en el porteo, dejándolos apoyados en la verja de la Colegiata y sentándonos en unas doradas piedras para contemplarlos a nuestro gusto y hacer disquisiciones acerca del uniforme, casco, cruces y armas de nuestro gallardo rey.

No quiero asegurar, de ningún modo, que ayudé mucho en el traslado porque teniendo tan pocos años, mis fuerzas serían escasas. Más bien Ceferino querría que fuese con ellos para traer los cordones y clavos o cosa así, pero nada más.

Por este tiempo hubo en la ciudad tres acontecimientos importantes: acampó el Circo Krone de que ustedes habrán oído contar o lo verían también; se engalanaron las calles en honor del señor ministro de Fomento y, por último, hubo Misiones. De los tres

sucesos guardo un recuerdo claro, inseparable de la escuela y de don Manuel Cerezo.

El circo llegó, con su gran aureola de gigante espectáculo nunca visto hasta entonces, y acampó o sentó sus reales allá en las afueras, en lugar lejano y desconocido para mí: el ramblar de Santa Quiteria. Toda la ciudad vivió intensamente esta visita fantástica y espectacular y no se habló de otra cosa en muchas semanas anteriores y posteriores al paso del gigante.

Los niños de las escuelas fuimos llevados en formación hasta el gran pueblo errante, complejo y colosal. Recorrimos sus cocinas y zoo, sus grandes pistas, los inmensos palacios de lonas multicolores ornados de las banderas del mundo. Recuerdo las serpientes monstruosas tras de sus rejas tupidas y finas, las malolientes fieras amodorradas. Después, acabada la mañana, calurosísima, vino el rompimiento de las filas escolares y comencé a deambular entre las infinitas tiendas, pasando bajo las cuerdas tensoras y ante las empalizadas rojas y blancas, oyendo hablar lenguas extrañas y sorprendentes.

No sabía volver a mi casa. Jamás había pisado lugares tan lejanos y la aventura me parecía descomunal. Rompí en llanto y caminé sin saber, alejándome del gran circo. De pronto vi ante mí una figura conocida; un viejecito que caminaba lentamente con la ayuda de un bastón. Don Manuel Cerezo. Me llevó, cogido de su mano, alamedas adelante, hasta la mismísima Cava donde también él vivía en un caserón destartelado, junto al convento de las monjas.

Lo del Ministro de Fomento, la verdad es que no sabré decir si fue visita o celebración de fiestas en su honor con motivo de alguna concesión de esas que tanto alegran a Lorca: promesa de aguas. Algo de esto sería puesto que los niños fuimos llevados en filas de a dos hasta la Corredera, que es la calle principal de Lorca, y allí vimos grandes luminarias y adornos, gentes y banderas. En el mirador grande del Sindicato de Riegos, un letrero de bombillas multicolores rezaba:

"Viva el Ministro de Fomento". Los músicos iban y venían alborozándolo todo.

Por aquel entonces, en la ciudad se cantaba con música de tango y por ciertas gentes modestas:

Lorca no tiene
agua pa regar
por eso se muere
esta gran ciudad.

Después he vuelto a escuchar muchas letrillas de ese jaez porque el gran tema de Lorca son siempre las aguas y el lorquino suspira por unas linfas lejanas que transformen sus tierras en fértiles y abundantes.

Lorca, hermosa ciudad,
"pedir" por las aguas
Castril y Guardal.

Por entonces también se preparó una gran Misión. Como antes el circo, ahora ocupaba las conversaciones de todos este nuevo tema y las mujeres llevaban en lenguas los nombres de los buenos padres misioneros que vendrían.

Eran tiempos de la Dictadura, tiempos de insuflación religiosa en el país. Así, no tiene de particular que en la escuela de don Manuel Cerezo los niños cantásemos letrillas en las que se mezclaba lo patriótico con lo religioso-combativo. Vean, si no:

Fuera, fuera protestantes,
viva, viva la Nación,
que queremos ser amantes
del Sagrado Corazón.
Y también la conocidísima:
Con el Ángel de María
Sus grandezas publicad...

Todo esto a gritos tremendos. Creo recordar que se nos adiestró algo en la conjunción de las voces para salir a encontrar a los misioneros.

Ese día lo recuerdo claramente. Fue confeccionada una gran multitud de banderillas con papeles de colores, con cruces y corazoncitos que los niños agitábamos por encima de nuestras cabezas cuando íbamos camino de la Alberca a esperar allí la llegada de los padres.

Era el atardecer. El lugar, sombrío por los altos árboles, estaba atestado de gente; de otros niños de otras escuelas también con banderillas; de cruces parroquiales, devotas enmantilladas y gorgoritantes, hombres de la huerta, con sus estandartes, autoridades, párrocos y curiosos. Las campanas de las torres de la ciudad volteaban. Las banderitas de los niños de don Manuel Cerezo se agitaban cerca de los botijos colgantes de una cacharrería. Allá, en medio de la carretera, entre las gentes apretujadas, se veían las sotanas negras de los buenos misioneros que agitaban sus brazos. Sonaron campanillas, calló la gente y hubo una larga arenga.

Luego, a San Patricio. La gran iglesia entenebrecida, apenas iluminada por unas velas y bombillas eléctricas de poco voltaje, se me aparecía fantasmal y atrayente, magnífica, como si encerrase dones ingentes de algo misterioso e inefable que me asustaba y atraía. Los gigantescos cuadros del presbiterio se alzaban oscuros, dejando apenas adivinar colores y formas agitadas. Santos cabalgadores con mantos rojos al viento; Cristos de carnes pálidas, en la cruz o triunfantes; apóstoles sorprendidos por la ascensión de María. Figuras de niños de madera dorada sosteniendo las lámparas antiguas y barrocas.

Los padres, desde el altar mayor, despedían a las gentes. La Morena nos arrastró casi, a mi hermana y a mí, hasta uno de los misioneros:

- El primo, el primo. Este es primo vuestro.

Me sentí acariciado con cierta indiferencia y halagado por aquel parentesco, pero jamás he vuelto a saber de aquel primo misionero que sacó de su manga nuestra Morena, no poco aficionada a traer por los pelos, o así, relaciones familiares insospechadas.

HABLADURÍA XVI

Decir de un pueblo que siente gran afición por el teatro, no creo que sea cosa muy notable ni nueva. Ni creo que haya aldea, villa ni ciudad donde esa afición no florezca y, en mis andanzas, estas manifestaciones las he encontrado hasta en los lugares más apartados, en los campos casi desérticos donde arriban compañías modestas que consiguen un auditorio de hasta cien o doscientas personas venidas de los alrededores para verles representar las historias truculentas de los antiguos bandidos.

En Lorca, podríamos decir que esta afición ha estado siempre viva y, no hace muchos años, un viejo erudito, gran amigo mío, me mostraba una larga lista de gastos, del tiempo de don Enrique IV, en la que se consignaban los que se habían hecho para una fiesta del Corpus con los cómicos que habían salido en los carros y que, en las calles más principales, habían dicho los autillos.

Pensar que el cinematógrafo, recién nacido cuando yo era niño, y aún ahora, podía anular esta natural inclinación de las gentes, es pensar naderías. Por entoneces, en Lorca, el Salón de Actualidades difundía las creaciones de Mary Pikford, John Gilbert, Los Barrimore, Charlot y Rodolfo Valentino. Todos acudían a llorar y reír con aquel cine mudo impresionante. Pero esto no quiere decir que olvidasen el teatro. Y lo que a la gente le gusta más del teatro, seguramente, es la posibilidad de hacerlo ella misma. La calle de la Cava era uno de los focos teatrales más importantes de la ciudad. No porque su labor trascendiera, sino por la constancia en transformar patios y salones en lugares de representación.

Ya mi madre solía contarme de cierto teatrillo que, siendo ella joven, tenía montado don Manuel Cerezo -mi primer maestro- en un amplio almacén de los bajos de su casa. De las cosas que se veían allí no hay sino asegurar que eran casi mejores que las que solían admirarse en el Guerra, y ya es decir. Compañías infantiles y de mozalbetes cantaban zarzuelas y recitaban dramas remedando a la perfección las actuaciones de los experimentados profesionales de entonces. Decir los apellidos de los Jódar y los Cánovas es como levantar recuerdos solemnes en los fastos teatrales de Lorca. Y esos apellidos eran muy de la Cava.

Así, no hay cosa de particular en que la Cava guardase, como guardaba, sus aficiones teatrales dejándolas renacer de vez en cuando, en actuaciones más o menos lucidas. Tal vez era el patio de don Juan y doña Adela el que se tornaba refugio farandulesco gracias a la disposición de unas sábanas y colchas colgadas con cierto arte y a un montón de sillas recogidas por la vecindad. Tal otra era una habitación espaciosa. En uno de estos escenarios improvisados, veo a mi prima Carmen, vestida de Colombina y cantando una cancioncilla, hasta que un atranque de memoria la hacía quedar quieta como un pasmarote y murmurando:

- Pero si no lo sé. Si no me acuerdo.

Todo se perdonaba y las veladas se repetían una y otra vez. Los niños, que todo suelen recogerlo e intentar imitarlo también -y esto es y será siempre- buscábamos trapos viejos y, disfrazándonos a nuestro gusto, montábamos pequeños espectáculos, bien en mi patio estrecho y terrible, bien en el más amplio de María la Guapa, en su casa cerca de la fuente del Ibreño.

Este último patio, lleno de calderas enormes de cobre, de trébedes y barriles, ahumado por las lumbres frecuentes de la fabricación de embutidos, fue el escenario de una representación extraordinaria y, sin duda, la más célebre que recuerdo.

Como ya dije, las hijas de María la Guapa eran muchas y poco parecidas a su madre. Todas tenían bastante del señor Lorente y bien

poco de aquella matrona, colosal y majestuosa como una Teodora, que las había parido. Pero eran tan dispuestas y mandonas, y en esto sí que salían a la madre, que arrastraban toda la calle tras de ellas. A estas hijas de la Guapa se les ocurrió la organización de la representación teatral a que me quiero referir.

Los estudios de la obra imaginaria se hicieron en mi patio, bajo la mirada rectora de la criada Morena; trama y declamación fueron surgiendo espontáneas como en las viejas comedias del arte. Todos los chicos de la calle estaban metidos en el negocio, si bien unos entraban como actores y otros se habían de limitar a reunir monedas de cinco céntimos con que pagar el precio, no muy subido, de la entrada. Yo estaba, bien a mi pesar, entre estos últimos.

Los varones de la Guapa, Perico y Manolo, serían encargados de la portería y cobro. Los actores se entregaron a la obligación de buscar en las arcas de cada casa trajes antiguos y adminículos tales como sombreros, paraguas, abanicos, colgantes, velos y, en fin, todo cuanto puede desearse en la guardarropía del mejor dotado teatro.

El día fijado para la representación, madrugaron los Lorentes a desvalijar los rincones de su casa y a hacer traslado y colocación de todo en el patio. Ya dije y repito que en aquel patio y en toda la casa aquella había siempre un penetrante olor de muy diversas cosas tales como canela, pimentón, cacao para la fabricación de chocolates y cebollas almacenadas en espera de ser convertidas en parte importante del relleno de las morcillas. Como el industrioso matrimonio tenía mucho empleo de su tiempo en la plaza de abastos y, además, llevaba adelante la obra de la casa nueva, apenas si paraban en la del Ibreño, gozando los hijos de una envidiable y sana libertad, madre de las más nobles aficiones.

Fueron tendidas cuerdas de las que pendieron, en breve, sábanas y colchas de todas las camas de la casa. De los balcones se trajeron macetas grandes y pequeñas. Todos los muebles transportables se dieron cita en el patio, digo los más ligeros: mecedoras, rinconeras,

mesitas, sillones de mimbres, lámparas y hasta cuadros. El telón fue improvisado con unas colgaduras que la Guapa tenía dispuestas y planchadas para cuando la procesión del Resucitado. Platos, vasos y fuentes se repartieron por todos aquellos rincones. Como en la obra a representar había comilona por no sé qué obligaciones de cierta marquesa, se rebuscó chocolate, avellanas, pan, vino, queso y quién sabe cuántas cosas más.

A las tres de la tarde, los actores se encerraron a piedra y lodo para distribuirse las vestimentas y colocárselas a gusto y capricho. Los demás niños quedamos en la plaza del Ibreño esperando el dichoso momento en que las puertas oscuras del recinto se abrieran un poquito para dejar pasar, uno a uno, a todos los ansiosos espectadores.

Divertíamos la espera corriendo unos tras otros por toda aquella plaza de la fuente blanca, bien cabalgando sobre los viejos hierros de la cerca. Los aguadores llenaban allí, pacientemente, sus cántaros que, en carritos y burros, repartían después por la vecindad, salvando la casa de mi tía Teresa ya que este menester lo cubrían con creces las escapadas nocturnas de la Juana. Quizá interrumpíamos el juego para considerar las gruesas palabrotas con que se insultaban unos a otros, y aun a otras, por si estaba yo antes y tú después. O dábamos caza a las avispa que acudían al agua derramada.

Al fin, las puertas rompieron la clausura y todos entramos en el patio sin que hubiera un estricto orden en aquello de la paga, ya que unos dieron sus céntimos y otros solamente tributaron en especie, esto es, con bolas, el trompo, la cuerda o la estampa, que de todo tomaron los aprovechados hermanos Lorente.

Entre si se abrió o no el telón; si se asomaba un actor por las ya no muy limpias colgaduras, la cara embadurnada con negro de tapones ahumados y rojos sacados, al parecer, de papeles coloreados; entre si se gritaba más o menos o nos disputábamos una silla más alta; entre alzar subrepticamente las faldas del escenario y salir apescozonado de la aventura; entre todo esto, bien se irían los tres cuartos de hora antes de que saliera Angelina la Guapa a darnos anuncio del comienzo

de la función que ya, sin más preámbulo ni gasto de tiempo, principió. No pondremos dentro del capítulo de "gasto de tiempo" el empleado para descorrer las cortinas, que fue bastante ya que el ingenioso artificio ideado para ello funcionó sólo a medias y fue preciso andar con tirones, cañazos y otras ayudas no menos divertidas que caían de lleno dentro del significado amplio de la palabra "función".

La escena, en fin, quedó descubierta del todo y dio comienzo el ir y venir de los actores diciendo sus razonamientos muchas veces dirigidos al menudo público en frase airada; por ejemplo, cuando proferían un enérgico "¿Queréis callar?" ayudado de un fuerte pisotón en el suelo alfombrado de mantas. Pero allí éramos tan actores los de fuera como los de dentro del escenario y el barullo cada vez era mayor. No obstante, la representación continuaba y se acercaba el momento más importante de ella, que fue del modo que cuento ahora.

Como dije, cierta marquesa de la trama organizaba una merienda en honor de sus invitados. Todos reunidos, la señora agitó una campanilla y criados y criadas entraron en grave cortejo, vestidos de muy diversos modos, llevando sendas bandejas en que venían vasos llenos de un chocolate muy sospechoso, pastas y diversos manjares de que suelen hacer uso frecuente los marqueses. Anfitriones e invitados tomaron asiento en torno a una estrecha mesa muy emperejilada y ya se disponían a tomar el refrigerio cuando las cortinas del lateral derecho se alzaron lenta y majestuosamente dejando ver la figura colosal y arrogante de la Guapa madre.

Ustedes recordarán la escena del banquete del Convidado de Piedra, o Don Juan. Pues así, más o menos, fue aquello, sólo que en aquel caso la piedra pasó a los comensales porque María la imponente miró desde su altura de perfil romano, ora a los actores, luego al público respetable y, sin pensarlo más, hizo su entrada en la escena. Tomó asiento en una de las mecedoras de rejilla y se balanceó en ella lentamente, dando con los dedos de sus gruesas manos tamborileos en los brazos del ligero mueble.

Todo el senado aquel se redujo a silencio. Los que comenzaban su merienda, se miraron angustiados y hasta alguno quedó con la boca llena sin atreverse a mover las mandíbulas.

María la Guapa se volvió a los actores, con aquel su aire, y les conminó:

- Seguir, seguir. Por mí no lo dejéis.

Su mirada recorría los cortinajes, las sábanas, los muebles, el chocolate.

- Seguir.

Ahora miraba las ropas de los actores.

-¡Que sigáis! ¿Estorbo? ¿No puedo sentarme en mis mecedoras?

- Mamá -se atrevió la mayor de las hijas- estamos haciendo un teatro.

- Un teatro... ya lo veo.

- Es que...

- ¿No puedo ver yo el teatro? -Sus ojos se encendían-.

- Pero es que...

La mecedora había ido adquiriendo, por instantes, movimientos más acelerados. De pronto paró en seco. María la Guapa se alzó formidable, puesta en jarras.

- ¡Pero es que, pero es que! ¿No son mis mecedoras? ¿No son mis sábanas? ¿No son mis colchas? ¡Se acabó!

¡Dios mío! Actores y espectadores habían ido reculando, huyendo del muy extenso y posible radio de acción de la Guapa, la cual, profiriendo su potente "Se acabó" dió término a la serenidad y capacidad de aguante, si es que la había, de todos. Desde el grito hasta el vacío total del patio de butacas mediaron unos escasos segundos. Allí quedó la imponente matrona teniendo delante a sus hijas y a los pocos actores que no habían podido escapar. La chiquillería, fuera ya de los dominios de aquella fiera leona, respiró fuerte y muchos quedamos a la puerta del patio escuchando con cara pasmada cierto tráfigo interior que denotaba borrasca extraordinaria.

Tengo intención de buscar, en alguna buena historia del teatro universal, datos sobre posibles persecuciones y martirio de los amantes del arte escénico. Si no los hay, remitiré a mi excelente amigo, el celeberrimo Valbuena, este capítulo para que ponga el nombre de la Guapa en el principio de la lista de los tiranos enemigos de Talía.

HABLADURÍA XVII

En la Casa de la Cruz, de la Toma del Agua, la familia de campesinos labradores habla mientras todos parten almendra.

- Otra vez tiene preñada a la María el señorito Pepe. Pobretica.
- Pobretica, pobretica. Se pondrá ella, digo yo.
- Sí que se pondrá con el aquel de que se case con ella.
- Está lista esa si se ha creído que se va a ver casada con el señorito. Ese es un pájaro libre y si se casa, que no lleva camino, será con una de perras, de la ciudad.
- Y ese angelico, que tiene toda su cara, a quedarse sin padre, eso es. Sin padre. Está muy bonico. Los señoritos son los señoritos. Entre nosotros todo va bien. Una tiene un crío y se sabe de quién es, y tarde o temprano, a la iglesia que el cura los case.
- Pues la Señora quiere que el señorito se case con la María o que se la deje.
- Que se la deje querrá.
- O no lo querrá; que mucho que quiere al nene y si no lo tiene con ella es por el qué dirán. Y ya está ella mucho tiempo en que se lo quiere llevar y es a ver si teniéndolo allí, en Lorca, él le toma cariño y se casa con la madre.
- Vamos y que la María saca mucho de todo esto. El empezó con regalicos de medias y de colonias y después no creo yo que le dé mucho. Cuánta desgraciada. Sirviendo aquí y allí. Al infierno con alpargatas. Si es mi hija la mato.
- Lo que pasa es que el señorito, de trabajar en algo, de eso nada.

En cuanto y que se viera casado tendría que apencar y de eso... nada. Y el capital es lo que se ve aquí, que todos sabemos lo que es el pedazo que le tocará cuando se muera la señora. Y él de trabajo... lo que yo digo, nada.

- La señorita Lola, como ella tiene ese carácter detrás de toda su risa... ella es la que más quiere que se casen y siempre está con toquecicos, que no hay que comérsela de vista. La otra, no. La otra es más... repuntá.

Mi contribución a la aventura teatral de los Lorente fue mayor de lo que yo creí en un principio. Cuando, días después del acontecimiento, fui a buscar en el grandísimo armario de pared de la habitación de costura mi cajita de acuarelas, no di con ella. Rebusqué afanosamente sin mayor resultado y fue tal el escándalo que armé que mi hermana Alegría decidió poner en claro el asunto. Resultó de su sabia indagación que nuestra hermana menor, Huertas, había repartido a todos los actores las pastillas de color para que con ellas se pintasen las caras. Así pues, los que yo creí adornados con restregones de papeles de sedas no lo fueron sino con mis propios fondos de pigmentos para las frecuentes producciones artísticas. Como los más de los colores no sirvieron para las mejillas de los Talmas improvisados, aún tuve ocasión de ver en manos de muchos niños de la calle mis preciosas pastillitas. Júzguese de mi rabia.

La promesa de mi hermana mayor de comprarme otra caja más grande me calmó un tanto y, a poco, la murria se fue del todo al ser invitado por mi hermana Carmen a ir con ellos a la Toma del Agua a pasar unos días. La Toma del Agua es el mismo lugar, si recuerdan, en que se hizo aquel castillo de fuegos artificiales. El anuncio de este viaje levantó en mí todas las posibilidades de ilusión y alegría a que puede aspirar un niño, que no son pocas.

El día antes de la marcha, recogí todo cuanto era de mi pertenencia y pudiera correr la misma suerte que la caja de acuarelas. Vacíé, pues, el gran cajón dividido en compartimentos que en tiempos más felices fue casa de muñecas de quién sabe qué niños; lo limpié de las

innumerables figuras de santos de barro que la Morena me solía traer de los mercados y busqué un rincón del patio donde esconderlos de las manos liberales de mi hermana, incapaz de entender los más elementales principios de la propiedad privada.

En mi equipaje metí solamente un San José de un palmo de altura, pieza predilecta entre todas, y un libro de escuela en cuya portada aparecía Moisés, en medio de una tormenta rojiza, llevando las tablas de la ley. Bien que mi empeño era cargar con todas las figuritas, pero hube de contentarme con el escondite de ellas y la compañía viajera del Patriarca.

Pepe, el hermano de mi cuñado Pedro, nos llevó hasta la finca en su coche Ford, de segunda o tercera mano. Doce o trece kilómetros de mal camino en la dirección del pantano. Como ya dije, íbamos mi hermana Carmen, su hijito primero, mi cuñado y yo, amén del conductor, dentro del coche saltarín y desgovernado, rodeados de cestas y bultos que se movían y acomodaban a placer con los saltos del vejestorio. Yo agarraba mi bulto de equipaje casi con temor de que escapase por la ventanilla, si es que el Ford no era todo ventana. Mi cuñado tomaba a ratos a su pequeñín y cantaba:

Anda, mamá,
llévame a los toros
que quiero ver torear
a Pepito y a Manolo.

Supongo ahora que esta cancioncilla, en boga por entonces, se referiría a los Bienvenida, Pepe y Manuel, pero venía muy bien a los nombres del niño y mío y me sentía muy divertido de escucharla.

En la Toma del Agua nos esperaban ya doña Luz y sus hijos, doña Aurora con los suyos y también doña Margarita, la abuela de todos y madre de Pedro y sus hermanos. La casa que llamaban de la Virgen, era grande y había cabida para muchos. La había construido un cura Hibernón, beneficiado de la Colegiata, rico, tío de la doña Margarita, en el siglo pasado. Todos estos detalles y otros, naturalmente,

son fruto de conocimientos posteriores, que entonces poco o nada se me daba a mí de fundadores y títulos.

Había allí reunidos, para pasar el verano, niños de todas las edades y aun muchachos, los mayores de doña Luz. De la mía, poco más o menos, eran Paco, el menor de esta señora y de don Victoriano, y también los de don Miguel y doña Aurora, Jesús, Paco y Miguel. Niñas, había dos hermanas de éstos últimos y las hijas del labrador de la finca. Muy distintas, todas, a Marujita Bolín.

La abuela, doña Margarita, era muy anciana y gruesa. Pasaba los días en la recogida salita del Gaitero y, al atardecer, salía a la plazoleta donde nos contaba historias viejas y divertidas. O bien nos hacía brujitas con un garbanzo por cabeza y un trapito por túnica. En la punta de una caña cabalgaban aquellas muñequitas y los chiquillos corríamos con ellas alegremente.

Encima de la puerta delantera de la casa había una hornacina con una virgen de yeso que le daba nombre al edificio. También aquí, alrededor de una luz de carburo que se colgaba junto a la ventana grande, había salamanquesas inquietas que me torturaban. Una noche, cuando doña Margarita dormía repantigada en su mecedora, una avispa le fue a picar en la lengua y del accidente se habla hasta el día de hoy en la familia, aunque de ella sólo queden ya algunos de los que éramos niños y los que aún no habían nacido.

La casa tenía, para mí, grandes atractivos. En la despensa, que despedía un olor fuerte y agrio de higos secos, vino y aceite, había pegados por las paredes hasta cubrirlas totalmente grabados antiguos de las guerras carlistas; pero, al contrario de lo que ocurría en los desvanes de mi tía Teresa, de la Cava, aquí los retratados eran los héroes de la Tradición y las batallas más célebres que ganaron. Cabrera; el fusilamiento de la madre de Cabrera... En la puerta y de buen tamaño estaba una litografía espléndida, que me parece ver ahora, del gran Zumalacárregui con las manos apoyadas en la espada y una gran boina con borla que bajaba hasta el hombro. Todos estos papeles amarillentos y comidos por los gusanillos, pues estaban pegados con



harina y agua. Zumalacárregui me parecía un personaje formidable e impresionante.

Pero había allí, en un cajón de cierta mesa antigua y oscura, algo superior a todo y en extremo alucinante: un aparato negro, de madera, cartón y cristales que, desdoblado, formaba unos a modo de prismáticos o gemelos grandes. Junto a este aparato raro había ciertas postales de cartón grueso con imágenes dobles que puestas dentro de aquel ingenio, y frente a los cristales, adquirían relieve. Se trataba, quizá, del primer tipo de estereoscopio lanzado a la curiosidad y asombro de las gentes en el siglo pasado. El mundo fantástico de aquellas postales me traía de golpe a la imaginación unos seres prodigiosos y terribles en su quietud -seres de otro mundo- que yo nunca había podido conocer. Encogían mi ánimo aquellas niñas sorprendidas corriendo en el jardín, jugando con un aro e inmovilizadas para siempre, el pelo suelto al viento mientras la madre, peinados sus cabellos en dos bandas, al modo romántico, miraba el juego con un niño cogido en sus brazos. Quizá lo más espantoso era verles en relieve, en mayor relieve que tienen las cosas reales, en superrelieve.

Entre aquellas postales había visiones de cuevas tenebrosas pobladas por esqueletos que danzaban, iglesias famosas, escenas familiares y de costumbres. Algunos de los cartoncillos, agujereados en los puntos precisos, se encendían en llamas, velas y fulgores extraños en las concavidades de los esqueletos, en las cuencas vacías de las calaveras. Mirábamos los pequeños el aparato maravilloso y doña Margarita, también, algunos ratos se entretenía complacida con el juguete científico-recreativo de su niñez. Y ahora, yo, sueño con el encuentro sorprendente de alguno de estos aparatos negros, con sus postales dobles, para sentir otra vez la emoción de su imposible relieve fantasmal, de su color muerto, de su pasmosa quietud antigua.

Frente a la casa estaba, y quizá esté aún, el pino más grande de todo el contorno. A su olor y a su sombra jugábamos y aun dormíamos todos. Desde allí, en las siestas con zumbidos de chicharras, mirábamos el molino cercano, caserón de muchas ventanas, y las cuevas misteriosas

de más allá del río. Las anchas riberas con eucaliptos y adelfas. Me parecía que los montículos cortados en vertical por las aguas de tantas avenidas formaban enormes catedrales, columnatas como las que había visto reproducidas en los libros que mi tía Vicenta llevó a casa. Todo, encendido por el fuerte sol de la tarde que avivaba los amarillos de aquellas piedras terrosas.

Cerca de la Casa de la Virgen, pasados la era y algún estrecho camino, estaba la casa de la Cruz llamada así por una grande, pintada de negro, que había adosada a su pared frontal, junto a la puerta. Allí vivía el tío Paco, un viejo fuerte y reseco que pasaba mucho de su tiempo recogiendo esparto y haciendo sogas. Sabía de mudanzas del tiempo y de las estrellas. Predecía lluvias y tormentas. Gustaba de andar por los alrededores contando maravillas a los niños.

Un día todos los pequeños andábamos de aventura, capitaneados por Paco, el de doña Aurora que ya tenía doce o trece años. Como casi todos sus hermanos, estaba condenado a la ceguera y llevaba unos gruesos cristales en las gafas. Cogían todos almendras tiernas y a mí se me ocurrió imitarles. Alcancé una rama haciendo caer las almendras. Cuando me inclinaba a recogerlas, Paco me gritó:

- ¿Por qué coges almendras? ¡Déjalas ahí!
- Estáis cogiendo vosotros -respondí aturdido-.
- Entonces, si el dueño de un árbol coge fruta de él, ¿tú también cogerás?; porque ha cogido el amo, ¿no? Nosotros somos amos de ésto, tú no.

Todos me miraban con caras de amos. Ya no me olvidé de aquello que me dejó una profunda sensación de tristeza y humillación. Y mi hermana -pensaba- ¿será ama de algo aquí? ¿O los amos eran los otros mayores? Los amos... Ya no sabría dónde poner mi figurita de San José que no la pudieran ladear o tirármela de un puntapié. Sentía, de pronto, una amarga antipatía hacia la doña Aurora y sus hijos, hacia todos los que había allí menos doña Margarita, la vieja simpática, y mi hermana Carmen. Zumalacárregui, sus guerras, el estereóscopo

y el paisaje, nada tenían de común con los demás y continuaban, asimismo, incólumes en mi afecto.

Los muchachos mayores de doña Luz me bañaban en el río alzándome a veces sobre sus espaldas, cosa que me hacía encogerme de miedo. Esto les producía risa y me capuzaban una y otra vez.

Deseaba volver a mi casa cuanto antes. Una tarde, el tío Paco, el de las estrellas, me llevó, siempre con su sogá entre las manos, hasta cierto lugar lejano de la casa. Una altura pedregosa. Nos sentamos y, luego de un buen rato de hacer él sogá y yo mirar matujas, piedras y montes lejanos, me señaló con el dedo hacia cierto punto de las montañas.

- ¿Ves la torre, nene?

- ¿Qué torre, tío Paco?

- La torre del Castillo de Lorca. La Alfonsina, la que mandó hacer el rey que conquistó Lorca a los mismísimos moros prisioneros. La torre Alfonsina. Mírala por allí.

Me alcé curioso. Sí: allí se veía el torreón dorado de mi castillo de Lorca, iluminado por los últimos rayos del sol de la tarde. Creció en mí el deseo de volver a la ciudad.

- ¿Cómo es de grande la torre Alfonsina, tío Paco?

- Grande como seis u ocho casas de la Virgen.

- ¡Tanto!

Me parece que por aquellos días comencé a encerrarme en un mundo propio y lejano de los demás. Grandes y pequeños se reían de mi San José y mi Moisés dispuestos monumentalmente en un rincón. Durante una salida a cualquier otro lugar, en un día de aquellos, Pepín me dijo:

- He encontrado una Virgen, Manolico. Pero no la verás. La he encontrado entre unas peñas.

Una Virgen en aquel monte. ¿Había algo más maravilloso? Lo creía yo firmemente y la quería ver enseguida.

- Una Virgen de piedra. ¿La quieres? -y me mostraba un bulto envuelto en su propia camisa-.

El tío Paco daba cabezazos arriba y abajo, socarrón, mientras hacía su sogá.

- Una Virgen... sí.

Pepín apartó la camisa y cogiendo la piedra la arrojó peñas abajo. Me entristeció ver cómo tiraba aquella piedra redondeada que, si quisiera, podría yo dibujar ahora en su forma casi exacta, tal como la vi en el aire antes de rodar entre los tomillares. Tan quieta como en el estereoscopio negro y con forma de mujer alargada y suave. Se entiende que, con un niño así, no hay otro remedio que burlarle, reírse de él.

Quizá por eso, mi cuñado, un día de tormenta, al cesar la lluvia, desde dentro de la casa me envió a un eucalipto de la plazoleta a recoger algo que había debajo del árbol. Cuando ya estuve a punto, tiró de una cuerda de colgar ropa que se amarraba al tronco y el agua de las hojas cayó sobre mí mientras todos reían. Pero ni ésta ni la broma de la Virgen de piedra, me parecieron nunca cosa digna de anotar en la página empezada de los rencores. Y aún borré de esa página, bien pronto, la estupidez de los amos de las almendras. Pero entonces yo era un niño y quería volver a mi casa.

Fue el tío Paco el encargado de volverme a Lorca, en su burra, cabalgando sobre las aguaderas cubiertas por una manta de rayas multicolores. El bultillo de mi equipaje, con San José y Moisés dentro, iba entre las muchas cosas que el tío Paco llevaba al mercado. El viejo caminaba junto a la burra y de vez en cuando subía a ella también. En alguna venta del camino tomó algún trago de anís. Canturreaba a veces monótonamente. Dejamos la carretera y bajamos a un camino arenoso del río, por entre higueras y baladres. Luego volvimos a la calzada polvorienta. Pasado el molino de Buena Vista comencé a ver la ciudad cercana, el puente, la iglesia pequeña y bonita de San Juan con su torre como un molino de viento.

Era la primera vez que yo sentía el regocijo de volver a estar entre los muros queridos. Desde el camino miraba, contento, la áspera escarpadura en cuya cima se recortaban los perfiles de las antiguas murallas y de la torre edificada por el rey que conquistó a Lorca.

HABLADURÍA XVIII

Cuando regresé de la Toma del Agua, la casa de la calle de la Cava era, otra vez, toda nuestra. Los Bolín habían encontrado mejor alojamiento en la Cuesta de Santiago, no muy lejos, pero, dadas las costumbres de mi casa y el rigor de la Morena, resultaba tal como si hubiesen ido a vivir a otro pueblo alejado. Para nosotros, ir a jugar dos calles arriba o abajo era una aventura colosal e impracticable. La marcha de los Bolín me afectó entristeciéndome y anduve mohíno durante muchos días, sentándome en las escaleras a recordar a la niña. Ahora, pensando en mis escasos siete años de entonces, me asombro de aquellos arranques amorosos que yo supongo no serán muy corrientes a tan corta edad. Pero, además, parece como si mi corazón fuese entonces el de un Don Juan en miniatura, porque la misma atracción que sobre mí ejercía Marujita Bolín parecía obrarla aquella otra niña misteriosa a la que sólo veíamos los niños de la calle a través de unos cristales: la hija de doña Mariana, de la Foulquié. Una chiquita delgada, rubia, de ojos azules, blanca. Me parecía tan frágil y delicada como las princesas de Velázquez que solía encontrar en los libracos de mi tía Vicenta.

Mis aficiones más sobresalientes, según lo que se desprende de mis recuerdos, eran: enfrascarme en los libros y mirar, una y otra vez, sus estampas; enamorarme de las niñas, o sea, sentirme tocado por una especie rara de apasionamiento que me llevaba hacia ellas y que me hacía, principalmente, recordarlas siempre (por turno, claro está); y, por último, ver pintar y mirar pinturas todas las que me salían al

paso. Esto último podía hacerlo cumplidamente devorando los espectáculos artísticos que me ofrecían los templos. Ahí están mis tres inclinaciones principales de aquellos años.

Satisfacer mi inclinación a los libros ya se sabe que no ofrecía dificultad alguna. Importa poco que no pasasen del centenar los de mi biblioteca, puesto que jamás me cansaba de ellos. Volvía a sus páginas una y otra vez sin hastío y encontrando siempre nueva delectación en ellas. Dicho está que apenas leía y que lo más era mirar sus estampas. ¿Quién creará que los cuadros de Esopo y Menipo, de Velázquez, me causaron mucha más fuerte impresión vistos en las páginas de aquellas revistas encuadradas que luego cuando, años después, vi las telas auténticas en el Prado? Mucha más emoción, también, en las rayas de lápiz sobre el pliego de papel de barba, intentando la reproducción de aquellas cabezas, que la posteriormente experimentada cuando, pertrechado de lienzo y colores, me he puesto a pedantear en el Museo haciendo el don Diego. Puedo leer ahora, si me place, la Divina Comedia en su idioma original (bien modesta presunción), pero el pasmo y la devoción de aquellas primeras contemplaciones no tienen igual ni pueden ya volver. Ya jamás estaré tanto tiempo mudo ante una línea, un verso traducido y su hermosa ilustración: "Y caí como un cuerpo muerto cae". Mis ojos desorbitados miraban huir, entre las negras nubes de humo y entre cientos de condenados, aquellos dos cuerpos desnudos de los amantes, enlazados. Para nada herían mi inocencia aquellos dibujos, o mejor diré mi indiferencia, ya que dudo mucho que, en caso de existir, se prolongase mucho la inocencia de un niño. Lo que ocurre, quizá, es que no sabemos ver claramente desde qué punto se fue mezclando, por necesidad y por respeto humanos, el conocimiento con la hipocresía.

En cuanto a los afectos, ahora veo que cuando era niño, insensiblemente, descartaba a las personas de exterior feo. Así, niños y niñas me atraían por su perfección física e igualmente las personas mayores. Ahora bien: dudo si a muchas de estas personas mi imaginación no las vestiría de belleza para amarlas. Porque también descubro que muchas de las que quise bien no eran, ni mucho menos,

agraciadas. Ciertamente, las niñas de que me enamoraba, eran lindas y no han traicionado después esta predilección mía, estoy bien seguro. Aunque no he vuelto a ver a muchas de ellas.

Mi afecto, mi apasionamiento por Marujita Bolín no fue anulado por otras niñas, pero sí otras niñas me atrajeron al desaparecer de mi vecindad Marujita. Así, las dos hijas del maestro armero que fueron a vivir a los bajos de la casa de don Genaro. Eran rubias también y no recuerdo sus nombres. Algo largas y mayores que yo pero, aun sabiendo que no eran tan lindas como mi antigua amigueta, yo iba hasta su ventana a tirarles papeles doblados en los que antes había dibujado un frutero o un árbol; y aún después algunos en los que había escrito con torpe letra: "Te quiero". Indiferente era cuál de las dos hermanas lo cogiera. Lo malo fue que uno de ellos cayó en manos de la madre, una señora delgada y antipática, que hizo agrios comentarios por toda la calle de la mala inclinación del niño Tenorio. Otra vez fui la risa de todos y hasta, una noche, sentados a la puerta de las Carramata, Lola me dijo:

- Manolico, ¿es que quieres buscar novia? Pues esta noche no paso contigo por donde están las salamanquesas; porque si saben las del maestro armero que tienes miedo, no te van a querer. Mi prima Carmen Castillo me cogía la cara y decía:
- Si va a ser curica. Manolico va a ser cura.

Yo callaba a todo y seguía teniendo un miedo tremendo. Y continuaba, también, enamorándome un poco de casi todas las niñas a la par que el hijo de doña Adela y don Juan, Pepe el cantor. Bien que él me llevaba por delante unos años y me anulaba como demostró ante las dos niñas venidas desde "el mar y sus olas" y que tanto me gustaron. Como aparecieron se fueron y sólo quedó de ellas en la calle alguna canción nueva de corro o de saltar a la cuerda:

En el Monte Gurugú
ha nacido una amapola
con un letrero que dice

Viva la Reina española.
Que vengo del moro
que del moro vengo...

Ver pintar era lo más difícil. No todos los días había en la Alberca un inglés con su maravillosa caja. Ni siquiera caían con frecuencia pintores de mercado de los que hacían aquellos garabatos tan simpáticos, en menos de un decir Jesús, y que luego rifaban. Había que contentarse con los libros, los templos y todo cuando era reproducción de obras maestras, Había que correr hasta el estanco, comprar pliegos y pliegos de barba y herir su blancura con rayas y rayas. Nada bastaba a mi insaciable afán y todo lo copiaba, pero como tenía un gran temor al ridículo nadie veía mis dibujos que escondía, como una urraca, en los más rebuscados rincones: bajo el montón de ropa del armario, bajo los fanales con flores de cera de aquel cuartito, entre los libros... Un día me encerré cuidadosamente y, mirando el viejo retrato grande de la primera mujer de mi padre, intenté reproducirlo con todo detalle. Aquella obra admirable y secreta fue a parar debajo del armarito filipino de la tía Vicenta y allí estuvo largo tiempo hasta que la Morena, limpiando, dio con ella y haciéndole tres dobleces lo metió en su bolsillo del delantal. Luego me preguntó qué era aquello, y como yo le respondiera que se trataba de la madre de mi hermana Alegría, puso cara de mucho pasmo; la volvió a mirar y me dijo asustada:

- Yo lo guardaré, Manolico, para que no lo vea tu padre. Déjame, déjame, te lo guardo yo en mi cofre. Mira que si lo ve el papá...

Yo no sabía que copiar aquel retrato estuviera prohibido. Quedé conforme con la criada y atemorizado por el riesgo que sin pensarlo había corrido. Para eso -pensaba-, si lo llega a descubrir la tía Dolores en alguna de sus visitas... Me estremecía al imaginarlo.

La Morena era para todo así y a todo le daba una carga de misterio apabullante. Pues no quieran saber cuando le pregunté, una vez, dónde estaba mi hermano Joaquín cuyo retrato, en traje de militar, había encontrado en cierto cajón dentro de un sobre.

- ¡Calla, muchacho! No vuelvas a preguntar eso. Está... por ahí.

Y no dijo más. Pero puso tal gesto para reprimir mi curiosidad que no quise volver a la pregunta ya nunca.

Un día vi algo importante. Cerca de la fuente del libreño vivía un hombre que sacaba al balcón su caballete con un lienzo y pintaba. Desde que descubrí esto perdí la tranquilidad y, cuando podía, escapaba calle abajo a mirar aquel balcón casi siempre cerrado. Otro día, cuando iba con la Morena no sé a dónde, a comprar, le pregunté quién vivía en aquella casa.

- Don Paco, el loco -me respondió-. El de los azuluchos.

-¿El de los azuluchos?

- Sí nene; el del manto de los azuluchos.

De allí no pasó la Morena en su explicación y con este galimatías en la cabeza me hice un lío tremendo y formé una idea descabellada de aquel hombre. Pero como a mí, desde lo del inglés, cualquiera que tuviese un caballete delante y pinceles en la mano me parecía un ángel, don Paco el de los azuluchos se me antojó, también, un hombre maravilloso.

Más tarde descubrí algo mejor o, a lo menos, más asequible: en mi propia iglesia de Santiago otro hombre pintaba. Los curas Carrasco, dos hermanos encargados de la parroquia, le habían traído desde lejos para hacer diversas obras: un gran cuadro del martirio del santo titular, un retrato del Papa felizmente reinante y un gran monumento para la Semana Santa. Aquello era como un festín para mí y entonces sí que mi madre creyó que lo del hijo cura era una cosa cierta. Mis escapadas a la iglesia eran frecuentes cuanto podían serlo, y tan seguras que hasta la Morena abrió su dura mano sabiendo que, infaliblemente, me encontraría allí siempre.

No parecía gustarle mucho al pintor la presencia de los niños durante su trabajo, pero yo me las ingeniaba de tal modo que no resultase molesta mi asiduidad curiosa. Lo malo era cuando la pesada y grandísima puerta de la sacristía estaba cerrada. Levantar aquella

pesada aldaba de hierro era como decir, a porrazos, aquí estoy. Esperaba, pues, que alguna devota, o uno de los curas, o el sacristán, entrase o saliese para escabullirme maderas adentro. Una vez allí, me arrinconaba cerca del balcón grande y soleado y desde mi discreto puesto miraba al pintor del batín que, sin hacer gran caso de mi presencia respetuosa, pintaba su grandísimo lienzo del martirio. No sabía el hombre que allí estaba quién le medía uno a uno todos sus toques, sus pinceladas, sus errores y virtudes, porque el pequeño Manolo, embebido de reproducciones de sus libracos, sabía juzgar cuándo la expresión de los atormentadores y del propio santo se volvía ridícula, o cuándo el color era feo como el de las estampas malas. Y esto es tan cierto como recuerdo las censuras mentales que ponía a la obra desde mi rincón. En fin, que aunque, a mi modo, admiraba a aquel hombre, entre el verle copiar de estampitas -ni más ni menos como yo- y el no contentarme su trabajo del todo, acabé teniéndole en menos que a Velázquez y a Ribera y pensando que el inglés acuarelista de la Alberca tenía más arte y salero que el pintor de nuestra parroquia.

A pesar de estas apreciaciones, yo envidiaba aquel descomunal lienzo, las brochas y la gran paleta y ya muchas noches, antes de dormirme, confié a San Liborio bendito mi gran deseo de verme un día empeñado en la realización de algún martirio tremendo de aquellos.

La compra de papel a las estanqueras de los lunares se multiplicó en razón directa de mis encuentros con cualquier pariente munífico o de los donativos de mi hermana Alegría que, a trueque de tenerme quieto en aquel cuartito de la señora del medallón, sacrificaba a gusto unas monedas cada dos o tres días.

HABLADURÍA XIX

Un grupo de mujeres, en la plaza de abastos, ante la caseta del señor Lorente, habla de las guapas de Lorca. Cualquier fecha de los años veinte al veintitantos, o después, es lo mismo.

- Ahora parece que nacen nada más que feas. Te parece a ti si las hijas de María la Guapa. ¡Con lo que ha sido y es su madre!
- Y que lo digas. Lorca que siempre ha sido la mapa en mujeres. Mira tú si la Débora.
- ¡La Débora, la Débora! Tú porque eres de los azules, pero la Débora no ha sido tan hasta allá. Guapa la María. Pues no el año que salió de Reina Ester la de don Evaristo. Esa sí que...
- Mira: vamos a dejarnos las peleas de blancos y azules, que eso en su tiempo está bien.
- Como tú enseguida sacas a la Débora...
- Y tú a la reina Ester.
- Anda que la del panadero de la calle del Álamo. A esa venían a pretenderla desde todos sitios.
- Pues la del confitero Méndez... Y eso que va teniendo años. Pero es que ha sido de lo que no hay.
- Y tonta como ella sola.
- Mujer, vamos a guapas. También es tonta la de don Evaristo.
- En mi tiempo había un mujerío... ¡Qué mujerío! Está María la Guapa, ahí donde la tienes, con un puñado de críos, y mírala... Nada, mujer; que estamos diciendo lo guapa que has sido.
- Y lo que soy, o ¿es que no soy? Todavía si éste se muriera, con todos los zagales a cuestras, tendría los mejores partidos.

- ¡Mírala qué graciosa! La de siempre. Ahora no hay. Había que verla en los quince años. Así de pechera, alta, con esos ojos. Si eso parecía... una reina.

- ¡La reina Ester!

- Pues la reina Ester, ¿y qué? Siempre os tiene que salir la envidia a los azules.

- ¿Envidia? ¿Envidia los azules y de guapas? Si tenemos lo mejor de lo mejor... ¡Mírala, la blancucia!

Perico el de la Guapa era en todo distinto a su primo Perico el de la zapatera. El de la Guapa era libre y desaliñado, como sus hermanos, puesto que vivían un régimen de libertad y autonomía, consecuencia de la ocupación constante de sus padres en la plaza de abastos. El niño del zapatero era, por el contrario, recogido y aseado, coleccionador y cuidadoso. Nada de coleccionista tenía su primo que, en dicho de su tía y aun de toda la Cava, era un verdadero barrabás. Entre un hombre justo y un barrabás, la humanidad, que no cambia mucho, elige siempre al barrabás. Así, yo, que tenía un carácter tímido, apocado y miedoso, prefería a Perico el de la Guapa como amigo antes que a su primo, porque quizá veía tras de esta amistad peligrosa mayores horizontes.

A Perico el de la Guapa no hubo quien le encerrase por mucho tiempo en mi patio y la Morena le acusaba de ser el responsable de ciertas desapariciones que arruinaban nuestro tesoro jugueteril, pues a él atribuía la ausencia repentina de tal pelota, aro o santito de barro.

Llevaba puesto el niño éste, casi siempre, un guardapolvo amarillo, tal como el de su padre pero en pequeño, bien corto, que le dejaba al aire las piernas de alto a bajo sucias y chorreteadas. Usaba botas y dentro de ellas se entiende que irían comidos los calcetines, aunque nadie lo podía asegurar. En las rodillas solía llevar unas a modo de corazas naturales, quiero decir formadas por la costumbre de andar por todo lugar haciendo su santa voluntad. La cara no solía ir tan sucia como las piernas, pero nunca desentonaba del todo de ellas. Tenía los ojos vivos, la nariz chatilla y el pelo cortado a rape con un tupé delante o flequillo arremolinado muy característico.

Este niño, en los días de matanza en aquel patio de la plaza del Ibreño, era un espectáculo casi heroico. Todo el babero, guardapolvo o lo que fuere, se le llenaba de manchas sanguinolentas y muy diversas y como los matarifes le solían dar, o él se las tomaba, las partes menos aprovechables de los cerdos sacrificados, allí se veía al Perico y a su hermano Manolo sentados en aquel ancho portalón y royendo grandes quijadas, rabos asados, orejas chamuscadas y quién sabe qué más.

Naturalmente, Perico, como todos los niños que se crían sueltos, sabía de la vida cuanto hay que saber y gastaba en la suya diaria los mismos tacos y expresiones fuertes que solía oír en la plaza a tratantes y compradores. Jamás me atreví a repetir tales frases, pero es muy cierto que me causaba gran admiración oírse las decir.

A este Perico confié, tácitamente, la difícil labor de iniciarme en los principios de libertad tan ansiados por mí, niño sometido a largos y crueles encierros. Al lado de tal conductor, además, bien podía adelantar tranquilo ya que no había miedo de que grande ni pequeño osase hacer frente a aquél caudillo terrible.

Mi protector y amigo, dadas sus relaciones con la gente importante en el gremio de los matarifes, conseguía cosas difíciles como grandes cuernos de vaca o de toro, banderillas auténticas de torero, ya usadas, claro está, y prestigiadas por las manchas oscuras de la sangre del animal lidiado. De no sé dónde sacaba telas rojas y arpilleras de saco para hacer capas y grandes piezas, de hasta dos palmos, de corcho excelente. Con todo esto, tablas, ruedas y algunas púas se había construido un toro sintético, esquematizado y rústico, amén de todos los apechusques necesarios para la organización de una corrida de toros. No faltaban, naturalmente, niños para el juego y así, todos, nos encaminábamos a un claustro antiguo en el convento de la Merced, en la Alberca cercana, y allí nos adiestrábamos en el arte que suelen llamar de Cúchares o de Pedro Romero.

Aquel claustro que había sido de mármoles y que en sus muros había ostentado un día los grandes lienzos que yo había visto en las Mercedarias de mis primeras letras, estaba ya, cuando nuestras lidias,

reducido a la triste y lamentable condición de patio grande y sucio, ruinoso, desde que un noble rico había comprado arcos y columnatas llevándoselos a un cierto palacio suyo de las cercanías de Sevilla. Aquí necesariamente repito lo de los conocimientos posteriores sin que insista ya más en ello.

Este patio de muros agujereados y oscuros era paso desde la Alberca a la calle de los Tintes y las buenas gentes que utilizaban el atajo, y más los hombres, se paraban a mirarnos en nuestros juegos y no dejaban, a veces, de cogernos las capas de arpillera y la muletilla roja para adiestrarnos en la perfecta manera dando sus pases al torito de tablas y corcho. Con lo cual se demuestra, bien claramente, que jamás dejamos de ser niños. Y aún lo que más me asombró fue que una cierta mañana vino a pasar por allí el herrador que me cogió por el cuello en aquella memorable ocasión y, viéndome dar mis pases, comenzó a gritarme jaleándome con oles y palmas y dándome la seguridad de que yo era mucho más torero que Marcial, cosa que me enorgulleció y consiguió que olvidase lo pasado. La emulación hizo que Perico me arrancase el trapo de las manos y comenzara una serie de lances para superarme, pero el entusiasta ya había traspuesto y quedé por entonces triunfador y ufanísimo.

Otro de los grandes descubrimientos que hice en la compañía del pequeño mentor, fue la gran posibilidad de distracciones que se podían encontrar en las ruinas del antiguo muro medieval de junto al porche de San Antonio. Guiado por Perico y por otros niños, de muy distintas y variadas condición y vecindad, andábamos por entre aquellas piedras seculares buscando escondites, huecos y alturas convirtiéndolos en molinos, baluartes o almacenes, según la necesidad que cada momento y juego requería. Poco a poco fuimos atreviendo más nuestras escapadas, tanto como la Morena descuidaba sus deberes alcaidales, llegando así hasta alcanzar el temible cerro de la Velica donde remataban, en siglos pasados, las fortificaciones de la ciudad. Utilizado posteriormente como cantera, quedaba cortado a pico y barrena en más de su mitad -como que de él quizá salió toda la fachada

de San Patricio- formando una cresta rocosa en cuya cima afilada se alzaban aún los restos gloriosos de un trozo de muralla. Hasta esos restos mismos llegamos una mañana dándome tal espeluzno el verme en aquella altura, a mis pies el fiero barranco, que resolví seguir a Perico en aventuras menos difíciles.

Tal otra vez, cuando mi maestro descubrió a mis ojos vírgenes la extensión de la Ribera desde bajo los mismísimos ojos del puentazo de piedra del barrio de San Cristóbal. Fuimos calle abajo, por San Ginés y los Tintes hasta una rinconada de murallas de aquel puente en las que se abría un túnel oscuro y breve, a cuyo final estaba la madre del Guadalentín, o su ancho lecho, tan sin peligro de que alguien se ahogue allí como escasos son los caudales de algunos hilos de agua que por él corren. Aunque en tiempos un fraile de la Merced contaba haber pescado truchas en tal lugar y tal río; pero eso fue dos o tres siglos atrás. Allí las posibilidades de juego eran casi ilimitadas, pero la principal la daban las tierras húmedas, las arcillas más o menos limpias y finas que, hechas montones, se prestaban a despertar en nosotros todas las iniciativas y sugerencias escultóricas que nuestros pocos años podían concebir.

El juego más frecuente era hacer unas tortas grandes, como las manos abiertas, y que adelgazadas y escupidas en su centro eran lanzadas violentamente contra alguna piedra grande o a las costras agrietadas por el sol de la ribera, estallando con una explosión nada temible y graciosa que rizaba el barro en forma de flor. Había discusiones por cuál había conseguido mayor torta, mejor ruido y más rizado roto. Un temor reverencial y cierto espíritu de justicia daban siempre el honor del triunfo a las tortas de Perico.

Volvíamos hasta el anchurón de la calle de la Cava con nuestro tesoro húmedo de bolas de arcilla y allí golpeábamos sobre las losetas de las aceras y en los portales, dedicándonos luego a la confección y modelado de figurillas totémicas, sillas, mesas y tantas monerías. Lástima que los mayores no quedasen contentos de nuestras actividades y nos viésemos lanzados agriamente de los mejores lugares de trabajo,

de los más anchos portales, de las más limpias losas. Pensar en que aquellas materias primas entrasen en mi patio era excusado, por muy primas que fuesen.

Otro conocimiento provechoso en alto grado fue el de Jacobo, un hijo del sacristán de mi parroquia, muchacho mayor que yo, avisado y emprendedor. Como su padre descansaba en él ciertos menesteres de su competencia, cuando había entierro o fiesta me permitía acompañarle hasta la torre y me maravillaba con su soltura en el manejo de tanta cuerda y en el volteo de las campanas. Estaba yo encantado con la nueva amistad, conseguida en la frecuentación de la sacristía-taller, y de la que me prometía el descubrimiento de mundos estupendos hasta entonces ignorados. Alturas de torres y cúpulas, pasadizos y caminos en los tejados de las iglesias y quién sabe cuántas cosas más. Pero no todo ha de salir como se quiere y un día se hubo de acabar la amistad de Jacobo. Fue así: el muchacho fue enviado por su padre para hacer un repique gozoso a la salida de cierta procesión en la iglesia del Rosario. Era este templo grande, con muy ricos retablos y pinturas y en él cantaban, una vez al año y durante la misa mayor, todos los pájaros de los alrededores llevados allí en sus jaulas y colgadas éstas de las adornadas pilastras. Como antes de la desamortización había sido capilla conventual de los dominicos, en las paredes se veían pintadas glorias del Santo Rosario, santos de la orden y la batalla de Lepanto con barcos dorados que me encantaban. Pero Jacobo no iba allí a contemplaciones sino al repique y nos encaramamos al campanario un buen rato antes de que saliera una imagen de la Soledad, enlutada, con penitentes, estandarte, bandera y acompañamiento de fieles, en traslado para un novenario a otra iglesia. Como desde un repique a otro pasaba tiempo, nos fuimos el Jacobo y yo por encima de las bóvedas del templo, por debajo de los tejados, saltando vigas y cogiendo polvo y telarañas; y fuimos a salir al mismísimo barandal de la cúpula cuyo cascarón interior, visto por mi timidez, me pareció lo más colosal del mundo. Allí veía pintadas grandes figuras de santos arrebatados y a mis propias espaldas temerosas tenía a San Luis Beltrán, con un gran pistolón del que

brotaba un crucifijo en recuerdo de un milagro. Yo que entonces no sabía cosa alguna de historia religiosa, quedé sorprendido por aquella arma puesta en manos de un santo. Me estuve mirando encantado todas aquellas glorias dominicas, santos y ángeles descomunales, sin perderme cosa alguna de todo lo contenido entre aquel barullo de nubes y radiaciones celestiales. Jacobo daba la vuelta a la cúpula, bien agarrado al barandal, cuando desde la iglesia subió un coro de siseos y gritos a media voz. Chistaron tanto las buenas almas que aguardaban la procesión que, en fin, reparamos que era a nosotros y que, asustadísimos, nos ordenaban salir de la cúpula.

Con esto escapamos a las bóvedas y a la torre, dimos el último repique y pusimos la procesión en movimiento. Apunto ya de salir la bandera con su Pascual al asta, como el balconcillo era estrecho y no nos permitía estar en pié dentro de él, nos tendimos en el suelo, bajo la campana, y por entre los hierros asomábamos dispuestos a repicar gordo cuando la imagen saliera del templo. En esto, como la iglesia venía a estar junto a la carretera, no lejos del escenario de mis hazañas toreras, vino a pasar bajo la torre un coche limpio y cuidado, de lo mejorcito de aquella época, y al Jacobo no se le ocurrió otra cosa que arrancar un duro ajezón, o trozo de yeso secular, y tirarlo certeramente contra la representación de los avances mecánicos del día. Con tal acierto fue a hacerlo que el casi pedrusco dio en el pimpante motor del coche, esto es, en su cubierta brillante, haciendo un ruido de todos los demonios y la consiguiente abolladura. Paró el lustroso coche, bajó su dueño y comenzó la busca airada del asesino siendo su pasmo grande al no ver a su alrededor sino piadosas almas cantoras, devotos alumbrantes, venerables sacerdotes y honrados músicos; miraba a los pocos balcones que por allí había y sólo encontraba viejas enmantilladas y orantes. No se le ocurrió, ni por un momento, mirar hacia la torre o no nos enteramos, pues ya estábamos tras la procesión, abandonadas las campanas, más muertos que vivos.

A quien no engañamos fue al bueno del sacristán padre, o tío quizá, del Jacobo que luego de hacer el disimulado ante el irritado

conductor del automóvil, arrancó contra nosotros maltratándonos y echándonos en cara las andanzas de las techumbres, correrías de cúpula y atentado posterior. De lo que resultó el no atreverme a ir otra vez a repiques tristes o alegres, y no volver más a nuevas andanzas jacobeanas.

HABLADURÍA XX

Confieso que a mí, en realidad, lo que me gustaría sería trazar un retrato y hasta enderezar una buena biografía de Lorca. Son estas cosas imposibles, porque carezco de la información y documentos suficientes ni tengo, tampoco, aptitudes de erudito. Además, al vender cierto pariente próximo toda la querida biblioteca de la tía Vicenta como papel viejo para adquirir con el producto de la venta unos bellísimos tomos de cierta vistosa enciclopedia popular, he quedado sin la facilidad de recurrir a numerosas publicaciones del gentilhomme don Francisco Cáceres y Plá y de otros buceadores afortunados de nuestra historia que, lo digo con orgullo, por esto o por aquello tienen algún parentesco conmigo. Por otro lado, a uno, que es un romántico más que regular, le parece y se le antoja que puede levantar oleadas de cariño en los lectores trayendo al papel unos recuerdos que acaso solamente tendrán interés para el que los escribe y que a éste sólo le parecerán amables porque están ensartados en el hilo de su niñez. Tirar de este largo rosario de recuerdos será, tal vez, fastidio y cansancio para todos los que repasen estas líneas y a los que importará tanto Lorca como los problemas de gobierno de Andorra.

Pues yo, a pesar de todo, he de escribir y dejar constancia de cuantas cosas más había en la Alberca y aun en otros lugares de Lorca y de si me gustaban o no. Y léalo quien quiera.

Y digo que bajando por las escalinatas desde el anchurón de la Cava y desde enfrente del taller de las Nicolasas, ya se veían los altos plátanos de hojas apretadas y era una hermosura; y antes de acabarse

estas escalinatas, a la mano izquierda, estaba la taberna del tío Blas y allí se podían comprar todos los vinos de la región y hasta algunos de muy lejos. Esta taberna no era para borrachos, sino que el tío Blas vendía sus caldos a todos los vecinos de los alrededores y a otros taberneros de menos monta o con menos capacidad de almacenaje. Como el tío era ya muy viejo, tenía en el despacho de los vinos a su sobrina Catalina, moza sin gracia alguna y rostro agrio, la menos indicada para desatar las lenguas de los que iban a traer o llevar vinos. O a catarlos, que el rigor no llegaba a extremarse con personas conocidas y de buena fama.

Había dentro de esta "famosa invención" toneles más o menos grandes, unos en posición horizontal, otros en vertical. El amo se estaba repantigado en una silla de aneas y morera, muy metido en sus calzones de pana, en su grueso chaleco y apretado por la cintura con una ancha faja de lana oscura. Cada tonel, por su tamaño, dejaba adivinar lo que contenía y los más grandes eran para el Jumilla y los menores para los moscateles y Málagas. Para apagar la sed de los viandantes que venían del puente o se disponían a pasarlo, allí tenía el buen hombre también aprestadas sobre una leja, forrada de papel de color, botellas altas con zarzaparrillas, jarabes de limón y otras cosas del estilo para hacer refrescos, cosa que jamás acabarán de creer los detractores de Lorca que al llegar a esto pensarán que se escribe de un pueblo muy distinto. A la puerta, en fin, había una cortina cumplida de tela fuerte, blanca, con rayas azules y flecos, que se hinchaba y deshinchaba con el ir y venir del viento en su llevar y expandir olores entre la vecindad. Y a fe que la taberna de Blas se olía gratamente desde bien lejos.

La Morena solía ir a comprar allí los vinos de la casa, que eran pocos y casi siempre los mismos. Pero con la botella grande ella llevaba otra mediana, escondida bajo el delantal y destinada a solaz y delectación propia. Se acusaba a mi criada de usar de más el recipiente; pero lo cierto es que ella hacía vida a contrapelo de todos y su despena era tan extraña y particular que yo no recuerdo haberla visto comer

sino muy rara vez. Cuando la vecindad de la Cava dormía, ella volcaba sus cazuelas y ollas, disponía plato y vaso en el balcón, sobre una silla baja, y salíase al fresco, en verano, a chupar sus caracoles con tomate tan unidos al vino como la hiedra al muro, como ya ustedes saben si comen caracoles. Esto era todo. Luego, se cuenta que cuando la llegada del teniente del Álamo y su familia a nuestra calle éste, que gastaba pocos colchones por falta de sueño, oía una y otra vez un susurro de besos que le llegaba en el silencio de la noche sin que él supiera de dónde. Decidió averiguarlo y saliéndose a la calle comenzó a pasear lentamente, venteando, hasta dar con los imaginarios amantes que no eran otros que la Morena y sus caracoles.

Frente por frente del tío Blas y su sobrina Catalina, había una talabartería llena de cinchas, látigos, monturas y otras cosas propias del oficio. Sentados trabajaban dos hombres, decidores y preguntones, a uno de los cuales lo asociaba yo con la banda municipal y muy razonablemente, puesto que en ella tocaba el trombón. En la misma esquina de la talabartería y a la altura de ciertos balcones de hierros muy adornados y retorcidos, se abría una hornacina con imagen de la Soledad, o las Angustias acaso.

Dando entrada a la famosa calle de los Tintes estaba el no menos famoso tinte del maestro Diego, conocido en Lorca y en toda la región. Puestas a secar estaban las madejas de lanas multicolores, en las puertas, en las ventanas y en las terrazas, colgadas de maderas largas y redondas como cañas y aun en cañas y cuerdas, haciendo el rincón más bonito del mundo como verían en Inglaterra al llegar el inglés con su acuarela. Los hijos del maestro Diego salían en los carnavales en aquellas comparsas de lo fino, las del "Carnaval seductor..."

Pasando desde este tinte a la otra acera, bajo los árboles de enfrente, estaba y estará la no menos famosa avellanería del Cojo, con sus canarios en la puerta y dentro, los grandes capazos rebosantes de garbanzos torraos, cacahuetes que allí llaman avellanas y las medidas para venderlos. Sobre los capazos, en la enjalbegada pared, no faltaban unas devotas estampas antiguas de la Virgen de las Huertas, patrona

de la ciudad, y de nuestra Señora de la Amargura. En esta modesta, pero ya he dicho que famosa tiendecita, llenaban sus pañuelos los campesinos y huertanos para llevar a sus familias y también los que cruzaban el puente en cualquier sentido. Esto explica que fueran famosos también los grandes capazos de perras chicas y gordas que recogía el Cojo y que le permitirán hoy no dejar que nadie le llame por el apodo en sus narices.

De aquí en adelante no pondré ya pájaros en las puertas de mis tiendas modestas de Lorca, pero los lectores irán poniéndolos a su gusto y con libertad donde lo crean conveniente ya que en casi todas los había bien cuidados, en jaulas de distinta invención y colorido. Pueden poner a razón de seis o siete jaulas grandes y pequeñas, con machos y hembras a discreción, y cuando falten ya no pongan más. O si se cansan, déjenlo también. Lo mismo haría con la Morena, pero entiendo que será mucha molestia; así no tendré otro remedio que seguir poniéndola y quitándola yo donde fuere menester.

Veamos un pequeño ensayo: pongan ustedes jaulas en la puerta del tío Pijorro, junto a la avellanería y cerca del maestro aperador. Este Pijorro era un astroso hombre cuyo establecimiento estaba a tono con el dueño y debió montarse a la moda de los primeros años del reinado de don Alfonso XII y a la moda, claro está, de estas arrinconadas provincias. Pasado el maestro aperador y el estanco, había otra barbería amplia, no muy moderna pero limpia y abierta ya en nuestro siglo. La diferencia de precio debía ser notable pues me recuerdo defendiéndome fieramente de mi Morena que me llevaba, como a galeras, a la barbería del primero y menos recomendable. Yo, que había oído decir de las fechorías de aquél maestro, gritaba a plenos pulmones:

- ¡El Pijorro no! ¡El Pijorro no!

Y la Morena que veía al hombre en la puerta esperándonos, me tapaba la boca con toda la fuerza de sus manos para ahogar mis gritos.

Es verdad que mi natural miedo a las barberos era y sigue siendo grande, hasta tal punto que cierta vez mi madre decidió arreglarme el cabello ella misma y consiguió tal cabeza que todos me notaban la

mano. La zapatera, mujer de Pedro José, recuerdo que llegó a preguntarme:

- Nene ¿quién te ha pelado?

- Mi madre -respondí-.

- ¡Ah! Es que Bibianica lo hace todo: ella corta, ella cose y ella...

Ya se ve.

Como noté cierto acento raro, ya no volví a dejar que me tocara la cabeza mi madre, pero tampoco permití que el Pijorro lo hiciera sino aquel otro barbero que tenía el establecimiento muy parecido, no sé por qué, a los andenes de las estaciones de ferrocarril.

La Alberca, según la vamos viendo, acaba y remata en dos palacios antiguos o casas solariegas de principios del siglo diecisiete, muy hermosas y las dos de noble piedra, al menos las fachadas, puestas la una enfrente de la otra. En tiempos lejanos serían únicos señores arquitectónicos del lugar con el convento de la Merced; la antigua iglesia del Rosario, que ya está en la calle que se estrecha y entra en la ciudad, otro convento con iglesia que hoy es garaje y un caserón que llamaban de los Saavedra. Ni la Merced ni el convento, ni el Rosario, ni siquiera los palacios, albergan ya a las familias o comunidades herederas de los fundadores, inútil es decirlo. La Merced, como sabemos, está repartida entre posaderos, herradores y almacenistas de granos; el convento es depósito de abonos; la casa de los Saavedra una pensión económica. Los palacios están habitados por alguna familia amante de las viejas glorias y con ciertas pretensiones y por, también, otras indiferentes que no tienen casa más al día en que habitar. Quedan, sí, los escudos, las guirnaldas, pilastras, cariátides y gárgolas; torres y cúpulas; columnas y estatuas devotas; todo mezclado con carros, casuchas modestas, animales para herrar, motocicletas, camiones, anuncios de ruedas para automóviles y otros de bebidas, un jardinillo municipal y raquítico, frondosos árboles y el tráfico creciente cada día.

La imaginación gusta, a veces, de recrear una Alberca de siglos atrás con caballeros cabalgando nobles animales, frailes y sesudos

varones, en docta conversación, paseando bajo los árboles; huertos cercados, frondosos; niños jugando a navegaciones fantásticas con barquitos y galeones de corcho puestos a las ondas tranquilas del agua de las balsas; aldeanos, campesinos, mujeres con cestos camino de la ciudad... Pero no es este mi cuento. Vamos, otra vez, con la Morena ahora camino del lavadero público.

Ella va cargada con un gran bulto de ropa y yo, en una cestita, llevo la comida de los dos. Vamos Alberca adelante, por ante las barberías y la tienda de avellanas y una larga fila de casuchas iguales, modestísimas, donde hay más barberías, otra taberna y alguna tienda de comestibles. Cerca del puente se empina, acristalado y sucio, pintado de azul claro, el estudio de un fotógrafo en cuya puerta están de muestra los rostros de mis primas y de mi hermana Alegría, el de un almibarado poeta lorquino que apoya su testa pensadora en una mano cuidada y artística, y también los cuerpos enteros de varios matrimonios y soldados cogidos a como salga, con rinconeras, puros y flores. Niños de primera comunión con fondos góticos.

Todo este conjunto de casas y taller fotográfico suben en alto desnivel en acera frontal a la vieja Merced. Luego está el puente y, dejándolo a un lado, sin pasarlo, la Morena y yo bajamos por lo alto de un muro de contención hasta la Fuente del Oro. Junto a ella está el edificio moro que mandó hacer nuestro Ayuntamiento en el año de mil ochocientos noventa y tantos; sólo que por ahorrar viaje a los alarifes africanos, se hizo todo por manos de albañiles de Lorca dirigidos por algún maestro que conocía la arquitectura mora por cierto sentimiento ancestral. No tiene de particular que lo árabe de este lavadero resultase un tanto convencional y falso. Mas, ¿qué hace eso a la imaginación de un niño? Para mí era tan moro como para su constructor, esto es, tanto como los palacios de la Alambra. Así, tenía por grandes los días en que conseguía que la Morena me llevase con ella bajo los arcos, entre aguas y jabones, lejías y ropas puestas a secar.

Acudían allí muchas mujeres con sus grandes canastos y se mezclaban los dichos, las murmuraciones y los canturreos con el ruido

de las aguas al entrar en las balsas. Bajo los techos musulimes azotaban y restregaban sus sábanas las lavanderas y en las terrazas altas hacían los tendidos de sábanas blanquísimas como banderas de paz puestas entre cristianas y moras. No faltaban otros niños y niñas para correr y jugar con las aguas azuladas por el añil y mojarnos a gusto.

Las comidas en esos días solían ser según las costumbres de la Morena y eran de panes abiertos y aderezados con aceite, pimienta molido y sal y rellenos con algunas sardinas saladas o de conserva; además, huevos duros, queso, tocino y cosas así, fáciles de llevar. Vino y guindillas picantes no faltaban, pero mi criada no solía permitirme el abuso de estas cosas.

Acabada la faena, cargaba la mujer con toda la ropa limpia y volvíamos a casa no sin antes coger buenos puñados de aromos amarillos, redondos, porque a mi madre le gustaba meterlos luego en los armarios, entre las telas, para darles un olor agradable.

Y estos son, sin extenderme más, muchos de los recuerdos que tengo de una Cava que no sé si existirá. Ya no me refiero a las personas, que esas seguro que no. Me refiero al talante de sus habitantes, a la manera en que la vida fluía; me refiero a un modo de entender la vida que muchos echamos en falta y que quizás no era tan malo. La Cava seguirá en el recuerdo de mucha gente conocida y no tan conocida por mí, pero desde luego vivirá si los que la vivimos tal y como era la seguimos recordando para los que no tuvieron la suerte de ver pasar las procesiones por este lugar entrañable de Lorca.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 17 DE
MARZO DE 2012, FESTIVIDAD DE SAN PATRICIO,
PATRÓN DE IRLANDA Y DEL ANTIGUO
REINO DE MURCIA, EN LA IMPRENTA
DE CAYETANO MÉNDEZ DE LA
CALLE DEL ÁLAMO DE LORCA.

- 1.- *Ficción poética de El marinero de amor*
Eliodoro Puche
- 2.- *Ausencia compartida*
Joaquín Mateos
- 3.- *Lorca bajo el signo de Baco*
José Alcázar
- 4.- *Narradores de hoy*
Fernando Cuadrado, Miguel Franco, Joaquín Mateos,
Antonio Moreno y José Pallarés
- 5.- *Estéticas de la complicidad*
Antonio Ortega Fernández
- 6.- *Por la ruta de Eliodoro*
Ed. de Pedro Felipe S. Granados y Joaquín Mateos
- 7.- *La sonrisa de Tristia*
Joaquín Mateos
- 8.- *Ficción Poética de El marinero de amor - 2ª ed.*
Eliodoro Puche
- 9.- *Las acacias del Macabe*
Juan José Gallego Tribaldos
- 10.- *Una voz ronca y profunda*
Antología de Eliodoro Puche
- 11.- *Por la ruta de Eliodoro - 2ª ed.*
- 12.- *Dame una sonrisa*
Gloria Pacheco
- 13.- *Eliodoro Puche. Análisis e interpretación. I.-*
Actas de las Primeras Jornadas de Información
y Estudio sobre el poeta.
Varios autores. Ed. José Luis Molina
- 14.- *Las alas en el aire*
Eliodoro Puche
- 15.- *Poemas. Antología Breve*
Carlos Mellado. Ed. José Luis Molina
- 16.- *Manos cruzadas sobre el halda*
José María Castillo Navarro
- 17.- *La poesía de Musso Valiente como egodocumento*
José Luis Molina
- 18.- *Eliodoro Puche: Aportaciones Bibliográficas.*
Cuestiones in(soslayables). Poesías inéditas
Ed. José Luis Molina
- 19.- *Eliodoro Puche. Análisis e interpretación. II.-*
Actas de las Segundas Jornadas de Información
y Estudio sobre el poeta.
Ed. José Luis Molina.
- 20.- *Sombra de lo vivido*
Rafael Sánchez Campoy
- 21.- *Torre de Silencio*
Miguel Gimeno Castellar
- 22.- *Amor, Tiempo, Tierra.*
Juan Cano de la Fuente
- 23.- *Carceleras*
Eliodoro Puche
- 24.- *Habladuras*
Manuel Muñoz Barberán



FUNDACIÓN CAJAMURCIA

www.fundacioncajamurcia.es



1 357884 015741

Manuel Muñoz Barberán

Pintor y escritor.

(Lorca 26 Mayo 1921–Murcia 1 Diciembre 2007)

Artista de amplios registros y estilo definido, tuvo como norte estético la pintura figurativa dentro del postimpresionismo, y a la luz como aliada para modelar volúmenes, sugerir planos y dotar a sus creaciones de una particular atmósfera. Notable su aportación a la pintura religiosa murciana, los géneros pictóricos por los que es más conocido se centran en el paisaje en todas sus vertientes, el retrato, el bodegón y las escenas costumbristas, a las que incorporó novedosos puntos de vista y formatos. Su faceta de escritor e investigador histórico la desarrolló, principalmente, a través de colaboraciones en prensa. Redactor de la *Historia de la Región de Murcia*, en su bibliografía merecen especial mención los libros *Sepan Quantos...*, *Ventana al Ayer*, *Nueva Biografía del Licenciado Cascales*, *De la vida murciana de Ginés Pérez de Hita* y *Sobre el autor del Quijote Apócrifo*. Por su obra, y entre otros, recibió los siguientes premios: "Paisaje Madrileño" (1965); Palma de Plata de la Bienal (Elche 1966); Villacis (1967); Laurel de Murcia (1967); y Medalla de Oro del VI Salón Nacional (Murcia 1968). Fue académico numerario de las de Alfonso X y Santa María de la Arrixaca y Cronista Oficial de Murcia. En 1990 Lorca le nombra Hijo Ilustre y le otorga la Medalla de Oro. En 2003 se le concede la Encomienda de Número de la Orden del Mérito Civil y en 2008, a título póstumo, la Medalla de Oro de la Región de Murcia.